DANI LA CHEPI

LO IMPORTANTE ES SER FELIZ

Planeta

Lo importante es ser feliz

Lo importante es ser feliz
Lo demás es cotillón

Dani La Chepi

Ilustraciones de Isa

Índice de contenido

Portadilla

Legales

¿Quién soy? Una instagramer y… ¡la autora de este libro!

Semana 1

- *Que nadie te cague el lunes.* Celular + madre + lunes = caos
- *Casi pero no.* Almuerzan hoy con la señora Mirtha
- *Me indigna.* Criticar es gratis
- *Querida amiguis.* La vueltera
- *Filosofía urbana.* Mi viejo, el poeta de Boulogne
- *Chongos.* No me acuerdo de mi primera vez
- *La Sagrada Familia.* Hombre y mujer

Semana 2

- *Que nadie te cague el lunes.* Pura furia
- *Casi pero no.* La gente que te clava
- *Me indigna.* Todos conocemos gente negativa
- *Querida amiguis.* La generosa
- *Filosofía urbana.* Chiquito
- *Chongos.* Mi novio el manipulador
- *La Sagrada Familia.* Criar con la verdad y en libertad

Semana 3

- *Que nadie te cague el lunes.* «Ya salió»
- *Casi pero no.* Mi viaje con Dei
- *Me indigna.* La amiga que reclama
- *Querida amiguis.* La hipocondríaca
- *Filosofía urbana.* Gente que no
- *Chongos.* Que un pedo no te arruine la cita
- *La Sagrada Familia.* Ser mamá

Semana 4

- *Que nadie te cague el lunes.* Bendita guardia
- *Casi pero no.* Por culpa de Jennifer López

Me indigna. Reírse de otro
Querida amiguis. La superada
Filosofía urbana. Todo vuelve
Chongos. Los celos, una enfermedad curable
La Sagrada Familia. Hija de padres separados
Semana 5
Que nadie te cague el lunes. En la dulce espera
Casi pero no. Un lobo vestido de cordero
Me indigna. Gente larguera
Querida amiguis. La negativa
Filosofía urbana. Los opuestos se atraen
Chongos. Mi perro el justiciero
La Sagrada Familia. Mágicas vacaciones
Semana 6
Que nadie te cague el lunes. Me cortaron el polvo
Casi pero no. Un cachetazo en la nuca
Me indigna. La queja
Querida amiguis. La alcohólica
Filosofía urbana. Regalar y ayudar
Chongos. Y un día él se puso de novio
La Sagrada Familia. Los mandatos familiares
Semana 7
Que nadie te cague el lunes. Lunes… y encima te está por venir
Casi pero no. Uno de sus gatos me persigue
Me indigna. Amigo intenso
Querida amiguis. La afirmativa
Filosofía urbana. Gente que sí
Chongos. El surfer de Boulogne
La Sagrada Familia. «Con la nena no»
Semana 8
Que nadie te cague el lunes. El robo del celular
Casi pero no. Vencer el miedo y animarse
Me indigna. ¿Estás cansada? ¿De qué?
Querida amiguis. La hiperactiva

Filosofía urbana. La magia del 2x4 .
Chongos. A mí finita no me va
La Sagrada Familia. Isabella
Epílogo

Dani La Chepi
Lo importante es ser feliz / Dani La Chepi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Planeta, 2019.
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-6675-3
1. Humor. 2. Maternidad. 3. Autoayuda. I. Título.
CDD 158.1

© 2019, Daniela Viaggiamari
representada por José Mauricio Levy

Edición a cargo: Graciela Gliemmo

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: mayo de 2019
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6675-3

A Isabella

¿Quién soy?

Una instagramer y… ¡la autora de este libro!

Mi nombre completo es Daniela Viaggiamari. Mi viejo me quería poner Marina, pero me puso Daniela (dato que no suma). Vos fijate lo raro, ¿no? Quería ponerme Marina, pero me puso Daniela… Una cosa inexplicable.

Nací en la Clínica Olivos hace 39 años. Muchos. Y llegué a este mundo con mil quilombos de salud.

Al mes de salir del sanatorio, maso, me pintó volver al Hospital de Niños, donde pasé casi entero mi primer año de vida.

Nací con un uréter acodado. Después parece que no era eso, que era un bicho que tenía la forma de la pata de una cabra. Después vino un curandero y dijo que tenía la «yiguela», y no sé qué novela más que me contó mi vieja. Cuestión que me dieron la extremaunción porque no la contaba, pero salí al tiempo. Y después entré muchas veces al quirófano, siempre al borde de la muerte. Porque si la hacemos, la hacemos bien. «Para el orto pero parejito», decía mi viejo.

Arruiné la infancia de mi hermano mayor, porque mi mamá tenía que estar siempre a mi cuidado. ¡Pobre Gonza!

El más chico, Muqui, vivió varias situaciones de despedida de su hermana (yo) siempre por cuestiones de salud.

Mi viejo se vació todas las góndolas de vinos del chino para soportar tanta desgracia y mi mamá «lloraba».

Tuve casi todo lo que un niño no debería tener. O sea, para resumir, nací con un cartel de «loser» en la frente.

Mi vida se trata de esto básicamente:

1- Fracaso.
2- Afronto el fracaso.
3- Para volver a fracasar.
4- Me vuelvo a levantar.

Me crie en Boulogne, en una casa humilde, que en la época del Turco mi viejo logró remodelar. Éramos los pija del barrio. Pero la vendieron, y nos volvimos a mudar. Es la historia de nuestra familia. Nos aburrimos, ¿viste?

Mi familia:

Padre facho/ cana/ milico/ cuida/ machista/ poeta de barrio.

Madre dedicada a sus tres hijos, dejó de trabajar cuando se casó con mi viejo.

Hermano mayor, Gonzalo, gerente, vive en Chile, el capo exitoso de la familia.

Hermano menor, Marcos, un soñador, antirreglas, vive en España.

Y yo… La piba que se crio en Boulogne, invitada a retirarse de varios colegios por hacerse la canchera y discutir con las monjas. Mamá de Isabella. Luchadora, remadora y, por sobre todas las cosas, SIN FILTRO.

La realidad es que a mí me cuesta mucho ponerme a leer un libro. Es cuestión de apoyar el ano en el sillón para que Isa venga a pedirme agua, aceitunas, papas fritas. Suena el teléfono y es mi vieja. La vecina toca el timbre. Y están el gato, el perro, los de Wi-Fi, en fin… ¡De verdad es una misión imposible!

Así que escribí cada capítulo de este libro pensando en la practicidad que necesito yo personalmente para poder leer más de dos capítulos seguidos de un libro.

Te lo ordené por días. ¿Cómo por días, Chepi? ¡Sí! Por cada día de la semana.

El lunes te leés un QUE NADIE TE CAGUE EL LUNES. ¿Por qué? Porque los lunes son una bosta y yo lo sé. Así que acompaño tu malestar.

El martes deleitate con un CASI PERO NO. Por todas esas veces que estabas casi casi casi logrando algo que tanto deseaste, pero NO se dio.

El miércoles clavate un ME INDIGNA. Sacate la bronca que te generan la caza indiscriminada de koalas hasta las inteligentes preguntas que hacen las mamis en el grupo de WhatsApp del jardín.

El jueves devorate un QUERIDA AMIGUIS. Dedicale un tiempo a esas hermosas personitas que despiertan tanto amor como odio. Pero que, pase lo que pase, nunca las dejarás de querer.

El viernes consumí FILOSOFÍA URBANA. Abrite un vinasi y acompañalo con estas reflexiones *made in Boulogne*.

El sábado frotate con CHONGOS. Si ya no sos habitué de esta actividad, vas a pegarte un viaje hermoso al pasado. Y si sos de las que le da a la matraca seguido, también.

El domingo reunite con LA SAGRADA FAMILIA. Los ravioles en la casa

de la vieja pueden ser un martirio, pero no podés negar que cada raviol tiene una historia que valió la pena.

Esta es mi sugerencia. Ahora, tras estas simples instrucciones, elegí tu propia aventura. Y ojalá disfrutes de esta recopilación de anécdotas que, desde mi humilde y transparente lugar, espero que te sirvan para no sentirte tan sola en esta ruta corta, loca y mágica llamada VIDA.

Semana 1

Que nadie te cague el lunes

Celular + madre + lunes = caos

Hoy es feriado y aprovecho para visitar a mi vieja. No sé si es la mejor opción, considerando que es lunes y los lunes son igual a pisar mierda descalza. Pero igualmente voy.

Mi mamá, seguro, es como la tuya. Siempre tiene un problema con el celular. El celular conspira contra ella, es como si tuviese vida. Es el mismo celular que tuve yo antes del actual, y nunca falló, pero en sus manos tiene más fallas que un Renault 12 modelo 76.

Ingreso en la casa y huelo a tuco, pero no cualquier tuco… ¡El tuco de tu vieja! Es la misma receta qué haces vos. Le pone las mismas cebollas que vos, el mismo orégano y el mismo laurel, pero en sus manos es mágico. En fin, pareciera que las manos de mi vieja tuvieran «una de cal y una de arena» cotidiana.

Disfrutamos juntas las tres —Isa, mamá y yo— de sus fideos con tuco, pero de postre ella ya tenía preparado un celular lleno de dudas…

«¿Cómo se cambia la foto del perfil de WhatsApp?»
«Intento mandar audios, pero se me cortan…»
«¿Cómo hago para borrar de acá esto que me aparece de Facebook?»
«¿Cómo hago para subir el volumen? Suena bajo, anda mal.»
«Cuando me mandás fotos de Isa, ¿cómo las guardo?»
«¿Por qué me aparecen publicidades todo el tiempo?»
«Quiero que me manden factura para avisarme qué tengo que pagar, no quiero mensaje. ¿Llamás vos?»

Yo creo que hasta pagándole de mi bolsillo la asistencia diaria de un servicio técnico a domicilio no se le podrían resolver todas las inquietudes tecnológicas que tiene.

Probé llevándola a un servicio técnico pero el tipo que nos atendió tuvo dos intentos de suicidio.

Es mi vieja, sé que cada visita va a implicar una o varias consultas de estas. Y también sé que, en un abrir y cerrar de ojos, voy a ser yo la que le rompa los ovarios a Isa preguntándole sobre mi celular. Todos envejeceremos algún día. Pero como aún no envejecí (tanto) prefiero disfrutar del tuco un lunes y cagarme otro día de la semana.

Por eso, llenate de paciencia y arreglale el celu a tu vieja, que es una de las tantas maneras de demostrarle cuánto la querés.

¡Y que nadie te cague el lunes!

Casi pero no

Almuerzan hoy con la señora Mirtha…

Empecé cantando en restaurantes y parrillas varias. Todos lugares muy pedorros. Lo de Hugo. Lo de Aníbal. Lo de Esther. De esos en los que el olor a achura te queda encima durante una semana y no te lo podés sacar del pelo. Es un viaje de ida. Cantás en una parrilla y vas a oler siempre a chinchulín.

Y como toda cantante, hice todos los eventos habidos y por haber. Casamientos, quinces, empresariales, Bar Mitzvá, batmirzba, balizas, todooo. Siempre esperando y soñando que llegara un evento donde alguien me viera y me descubriera. Pero nunca pasaba nada.

Canté para Maradona, para Suar, Codevilla, Susana Giménez. Para todas las figuras del espectáculo. Todos me saludaban y me felicitaban, pero nunca pasaba más que eso.

Siempre con esa sensación de «Es hoy», pero NO. Hasta que un día llega ESE evento.

Me dice el que era mi jefe en ese entonces que tengo que animar, cantar y hasta conducir la fiesta de fin de año del Costa Galana de Mar del Plata. Un hotel a todo culo. Y que iba a estar repleta de famosos.

Dije «esta es la mía, hoy se me da». Estaba convencida de que iba a poder cautivar a algún productor o famoso artista para que me diera un empujón o, aunque fuera, un dedo de su mano para poder dar el paso.

¡Qué nervios tenía! Desde que me subí a la combi con los músicos, no pude pegar un ojo. Mis compañeros roncaban como morsas y yo, desvelada, mirando las vacas de la ruta.

Llegamos al hotel. Me maquillé tres horas antes del *show*. Cuando se hizo la hora me tuve que volver a maquillar entera. Recé hasta la Torá. Le pedí a Buda, al universo, a Bruce Lee y al Gauchito Gil que me dieran una manito.

Cuando está a punto de empezar el *show*, espío detrás del cortinado. Veo a Graciela Alfano con Matías Alé. Veo a Teté Coustarot y, de lejos, visualizo a Mirtha Legrand. Sentada al lado de ella había una señora muy anciana. Después me enteré de que era su hermana melliza, Goldi.

Primera entrada de la noche, un éxito absoluto. Canté y animé como una leona. ¡Qué orgullo sentía! Te guste o no, la señora Mirtha de artistas sabe mucho y me aplaudía con ganas y una gran sonrisa.

Para la segunda entrada estuvimos esperando una hora. De los nervios no tenía hambre, y le metí a un par de copitas de tinto. Mis compañeros me decían «comé algo porque te vas a agarrar un pedo tremendo y vas a terminar mostrando las tetas en el escenario al grito de ¡MIRTHAAA, TE AMO Y A TU HERMANA TAMBIÉN!».

Pero yo no escuché y seguí apagando mi ansiedad con esas mini copitas de vinito de primer nivel que le servían a la gente y nosotros nos hurtábamos de la mesa de la recepción.

Segunda entrada, yo ya era un despojo humano. Mi cara era la de Graciela Alfano, pero sin maquillaje. Igualmente hice un gran trabajo. Eso creía yo. Hasta le canté la canción de su programa y la señora Mirtha aplaudía.

Cuando terminamos, siento que me llaman de atrás.

—Nena, nena…

Me doy vuelta y ¿quién era? Sergio Company. El decorador del salón y del programa de la señora. El que va a todos lados con ella. Su *company* siempre. Y me dice:

—Nena, nena, ¿cuál es tu nombre?

—Daniela —le digo—. «Mema» para los íntimos.

—Dice la señora que cantás hermosísimo y que sos bellísima también.

«Wouuu», dije yo. «Gracias, Gauchito Gil, gracias por tanto.»

—Aunque te sugiero algo y esto es mío —agregó—. Maquillate como tu compañera. Delineate los ojos, por lo menos. De lejos no se te veía la cara, las luces te comieron.

—Ah, bueno. Gracias por decirme, Sergio. La señora Mirtha…

Y antes de que termine la pregunta me dice:

—Y otra cosa… En la primera parte estuviste excelente. En la segunda no pronunciaste una sola ese.

Casi casi, pero NO. Por unas copitas de tintito la recagué. ¡Pero qué tinto, eh!

Me indigna

Criticar es gratis

No sé si te pasa. Eso de tener días en los que decís «no sé si quiero seguir haciendo lo que hago». «Tengo que cambiar de laburo.» «Tengo que salir más.» «Tengo que cambiar a mi hija de colegio.» «Tengo que vestirme diferente.» «Tengo que.»

Y ahí parás y te preguntás «pero ¿por qué?». «¿Por qué me pasa esto? Si me gusta lo que hago, si me gusta cómo soy. Tengo cosas que cambiar como todos, pero yo disfruto de hacer lo que hago.»

Y es que hay gente que te quita las ganas de todo. Hasta de lo que te gusta. Esas personas que 8 a. m. te escriben un mensaje porque te ven en línea, y te preguntan «¿adónde estás yendo?». Y ahí arrancan con la perolata.

«¿No te parece que es demasiado?»

«¿No te parece que tenés que…»

¡Tenés que! Basta un comentario para lograr llenarte de bronca.

«Y… quizá deberías pensar más en la nena y hacer algo más normal. Un trabajo como la mayoría de las mamás, más rutinario.»

Son como chupadores de energía. Aspiradoras… Detectan tu bienestar y ahí arrancan.

Y están en todos lados. ¡Ojo! Puede ser que te los encuentres en una verdulería, en la fila de un banco. Y también puede ser tu pareja, tu vieja.

¿A quién no le pasó alguna vez? Estar en una reunión y de repente se te da por comentar… «Voy a cambiar el auto. Me quiero comprar tal…» Y ahí está esa persona, que sin que vos hayas preguntado qué piensa, opina, arranca…

«¡Ay! ¿Ese auto te vas a comprar? ¡Me dijeron que es malísimo! Falla al toque…»

Ni la más puta idea tiene de autos, pero ella opina igual.

«¿Ahí te vas a ir de vacaciones? No va nadie ahí, por algo será…»

¿Quién te preguntó? ¿Quién te pidió opinión?

Pero igualmente logran que vos recules y te quedes pensando… «¿Tendrá razón?» «¿Será cierto lo que dice?» «Capaz tengo que cambiar de trabajo…» «Capaz que ese auto no es tan bueno como pienso…» «Quizá a ese lugar no vaya nadie porque es peligroso…»

Te replanteás toda tu vida en un segundo, solo por un comentario.

Seguro te pasa habitualmente. Algunos hacen oídos sordos. A esos los aplaudo, pero a los otros, como a mí, nos afecta muchísimo y más si viene de alguien a quien apreciás o querés.

Y siempre que me pasa esto, de cruzarme con personas así, porque convivo con personas así de negativas, me acuerdo de mi viejo. Mi viejo me decía: «Hay dos maneras de hacer las cosas. La tuya y la del resto. Vos siempre elegí la tuya».

Suena soberbio, pero tenía razón.

La gente te critica porque hacés lo que la mayoría de la gente no hace, y es porque vos estás eligiendo tu camino. Ese es el que tenés que tomar. Tu camino.

Y si te equivocás, te cruzás de calle y retomás otro. Pero así aprenderás solita qué va y qué no va. Qué te sirve y qué no.

Caminá el camino que vos elijas. Criticar todavía es gratis.

Querida amiguis

La vueltera

Estas líneas son para ti, que tienes un máster en ser vueltera.

Das vueltas para cualquier decisión que debes tomar en tu vida. Sea simple o compleja, da lo mismo.

Te acompaño a comprar ropa y de antemano ya sé que no vas a comprar nada. Desarmas el local solamente para probarte 16 pares de zapatos y no llevar ninguno. Te pruebas 6 bikinis, sin la bombacha debajo como corresponde, y cuando te pregunta la vendedora si te gusta le dices: «Me parece que voy con la enteriza». Cuando nos vamos, me tengo que curar el mal de ojo del odio que me quedó pegado de todas las empleadas que te han atendido durante las cinco horas que estuvimos dentro. Paso caminando en la semana y me escupen de la vereda de enfrente.

Organizar un viaje contigo es una pesadilla.

Primero: propones un viaje de mochilera a Europa. Al rato, me mandas un WhatsApp con la información sobre un hotel que encontraste en Ushuaia y a las dos horas me llamas y me dices que has visto una promoción para un crucero por el Caribe. Las últimas vacaciones las perdimos porque te propuse ir a Brasil con un dólar a 12 y te decidiste con un dólar explotado a 40. Por la misma plata, hoy apenas nos alcanza para una carpa al costado de la ruta 2 o para algún camping de jubilados.

Y para salir con alguien… Bueno. Eres una calesita. Te encaró en una matiné en City Hall en el 94 y te animaste a responderle cuanto el tipo ya tiene en su haber cuatro hijos y dos divorcios. Que si es rubio, que si es morocho, que si tiene las manos grandes puede ser que tenga el miembro grande y tú eres estrecha. Mejor evitemos consultas vergonzosas con el ginecólogo. ¿En serio, amiguis?

Se te escapa la vida dando tantas vueltis.

Te lo digo porque te quiero. Y porque no voy a ir más contigo a comprar ropis.

Atte. Tu mejor amiguis.

Filosofía urbana

Mi viejo, el poeta de Boulogne

Mi viejo Alberto fue un tipo que me marcó en la vida. Un tipo que siempre vivió como él quiso. Tuvo sus cosas buenas y sus cosas malas. Como todos los padres, pero me dejó un legado increíble y quiero compartirlo con vos.

Mi viejo me decía «Mema», porque yo tomé la mema hasta los 18 años jajaja.

Era un tipo perceptivo, como todo cana. Él se daba cuenta de todo lo que pasaba a su alrededor. Y tenía el don, según él, de hacerse el boludo. Decía que siempre es mejor pasar por boludo, y no hacerse el sabelotodo y quedar como un boludo literal. Y tiene razón, ¿eh? ¿Viste que te cruzás con un sabelotodo y decís… «qué pelotudo, se cree mil»?

Y mientras mi viejo se hacía el que no veía, veía igual.

Yo nací con un don: me encanta acurrucar forros/ vividores/ vagos en mi regazo. ¡Levante la mano la que comparte mi don! ¡Vamosss! ¡Quiero las manos arriba! Porque es un don, ¿eh?

Y yo estaba tan enamorada de un pibe que era muy bueno, de esos pibes que quieren hacer las cosas bien, pero hay algo que se los impide. Como que hay una pared imaginaria delante de ellos que no los deja avanzar. (Esto es unisex.)

Y a mí me encantaba más aún. Porque sentía que yo podía cambiar esa situación, ayudarlo de alguna manera. (Es muy de mujer, creo, este sentimiento.)

¿Te pasa que te enamorás de alguien y decís «ay, yo lo voy a ayudar a cambiar esto y lo otro»? Y en realidad, nadie nos lo pidió. Ese instinto de mamá… o qué mierda será no lo sé, pero pasa.

Y lo amaba. Él tocaba la guitarra, cantaba, era súper talentoso, pero… Siempre hay un PERO. No podía hacer una bien.

Y estaba yo sentada a una mesa, llorisqueando por enésima vez, porque nos separábamos una vez por semana… (También es un don que tengo.) ¡Cuántas relaciones conocemos así! Y ahí se acerca mi padre, me mira y me dice:

—Mema, ¿estás mal con tu novio?

—Sí, papá.

—Bueno, yo te voy a explicar en pocas palabras qué es lo que pasa con

este chico. Pensá que vos sos un Mercedes Benz y él es un Renault 12.

El Mercedes tiene una salida increíble, pone primera y le da para adelante como loco. El Renault 12 es un auto muy lindo, pero no tiene salida. Quiere el autito, pero no puede, Mema.

Hizo una pausa, me miró profundo, tomó aire y me dijo:

—Entonces, yo te pregunto. ¿Vos creés que el Renault 12 algún día se puede convertir en un Mercedes?

«¡A la mierdaaa!» pensé yo. «Si le cambio las ruedas, el chasis, las ópticas… Bueno, no. Pensándolo bien, NO. ¡Es imposible!» Entonces le respondí:

—No, pa. Es imposible.

Él se acomodó los bigotes, se llenó el vaso de Coca hasta el borde, empinó un sorbo y con esos ojos saltones y llenos de esperanza me dijo:

—No insistas más. Es al pedo empujar cuando la pija es corta.

Una frase hermosa, que es unisex y podés utilizarla en cualquier momento de la vida. Con el plomero, con el gasista, con tu vieja.

Te doy un ejemplo que, seguro, vivimos muchas. Una charla más o menos así:

—Amiguis, ¿te arreglaste OTRA VEZ con tu ex?

—Sí, amiguis. Estamos viendo qué onda.

—Pero amiguis… ¿Cambió algo de lo que tanto mal te hacía?

—No, amiguis, aún no…

Un momento así es el ideal para que la mires fijo y le digas con ternura:

—Amiguis, dejá de insistir en algo que hace un año no cambia. Es al pedo empujar cuando la pija es corta…

Anotala, no falla.

Chongos

No me acuerdo de mi primera vez

¿Todos se acuerdan de la primera vez? Doy por hecho que sí y, en mi caso, durante muchos años también lo di por hecho. Pero un día, como pasa en todo grupo de amigas, arrancamos a contar cada una de nosotras cómo fue la primera vez.

Algunas se explayaron por minutos, otras quizá media hora, ¡y yo metí una anécdota de 1.30! Sin remate. ¿Y por qué? Porque no me acuerdo. Ya sé lo que estás pensando. No, no había tomado nada. Lo qué pasó fue lo siguiente.

Coprotagonista: Juan, de apellido Talarga, Juancho para los amigos. Un morocho de La Plata despampanante. Esos pibes de barrio cancheros, altos, cogedores, apodado en el barrio como «Filtración» porque por donde pasaba generaba humedad.

18 añitos teníamos él y yo.

Nos conocimos en un programa patético, que se llamaba «Los más más». Las de casi 40 deben recordarlo y si no, metete en YouTube y deleitate con el peor programa del mundo.

Éramos todos muy jovencitos. Aún estábamos en quinto año de la secundaria, mientras trabajábamos en el legendario Canal 9.

Al toque ya me puse de novia, típico mío. Enamorada del morocho peladito de La Plata.

Pasaron los meses y solo había besos y manoseos genitales entre nosotros. Yo, chocha. Él estaba por abrir una sucursal de lácteos en cualquier barrio porteño.

No es que yo me hiciera la difícil, simplemente pasaba que en mi casa mis adorados papis tenían un discurso preparado en lo que respecta al sexo. Por un lado, mi viejo, el tierno de mi padre, me formateaba con sus reflexiones paternas del tipo «al que te toca lo mato». Por el otro, mi vieja me taladraba con metáforas increíbles sobre el sexo, bien de manual: «Los tipos solo quieren eso».

Yo quería, tenía más ganas de hacerlo que el Chavo de clavarse una torta de jamón. Pero me hacía desear. Así me habían criado. «Vos hacete desear, que si espera vale la pena.»

Para ponerte en contexto, te estoy hablando de una niña (yo) que nunca se había depilado las cejas ni las axilas porque no me dejaban

hacerlo con cera, así que imaginate cómo estaba el bosque. Caperucita se hubiera perdido a los dos segundos y al lobo le hubiera dado paja buscarla.

Hasta qué un día… llegó el día.

Nos mandan del canal a General Rodríguez para grabar una novelita para ese programa. Nos arman carpas para dormir y cada uno dormía con su pareja o amiga. En mi caso, me instalo con mi morocho, el Juancho.

Llega la noche y arrancan los arrumacos. Beso por acá, mano por allá, ¡Qué caliente estaba! ¡Cómo me calentaba el morocho de La Plata! Y él explotaba como fuego artificial en Navidad.

—¿Tenés preservativos? —le pregunté canchera.

—Sí, obvio —me contestó con una sonrisa que le tapaba la cara.

Se puso encima mío y, cual sargento Cabral, desenfundó el sable. Era algo que nunca había visto, literalmente. Había visto pelis, pero en vivo es otra historia.

Ya empecé a sospechar que quizá ese tamaño era demasiado para mí. Nunca en mi vida me había puesto un tampón. De ahí la frase «más cerrado que culo de muñeca». ¡Y lo que tenía enfrente eran veinte tampones juntos!

Cerré los ojos, respiré profundo y metí diez padrenuestros en doce segundos.

Lo único que recuerdo de todo lo que pasó es que salí de la carpa en puntitas de pie para no despertar a nadie. Fui directo hasta la carpa de una de las chicas que era amiga mía, y con los ojos llenos de lágrimas le dije:

—¡No tengo agujero! ¡No tengo agujero!

¿Ves? ¿Dónde está escrito que la primera vez es única y nunca te la vas a olvidar? En mi caso, ni siquiera sé si realmente tuve una primera vez.

La Sagrada Familia

Hombre y mujer

Muchos me preguntan «¿por qué la Chepi?». Creo haberlo dicho en varios lugares, pero igual voy a contarte acá, por si no lo sabés, el motivo del apodo. Me lo puso un productor de un programa de radio que yo hacía: «Rescatados», con Homero Petinatto. Pero más allá del apodo, bien puesto, quiero contarte por qué ellos vieron en mí a un «che pibe».

Vengo de una familia muy machista. Incluso mi vieja, a veces, lo era. Tanto mi papá como mi mamá, con sus errores, como todos los padres, han sido excelentes, pero… Siempre hay un PERO, ya te lo dije antes.

Desde chica quise ser un pibe más, y con terapia entendí por qué. Porque yo quería ser respetada y halagada como mis hermanos. Mejor dicho, como mi hermano mayor.

La frase «Dani, pasá la aspiradora vos que Gonzalo está estudiando» era mortal.

O «Gonzalo puede ir a bailar porque es varón».

O «Shhh, esperá a que Gonzalo termine de contar lo del trabajo y después hablás vos…».

¡Eran diarios ese tipo de mensajes!

«No eructes. ¡Sos una nena!»

«Vestite más femenina…»

Y cuando ya era más grandecita: «No digas ME GARCHÉ A TAL, eso déjaselo a los varones».

«No te acuestes con alguien en la primera cita, van a decir que sos una putita.»

¿Por qué? ¡Porque así parece ser! O parecía ser…

Y me esforcé DEMASIADO en demostrar que yo estaba a la misma altura que mi hermano mayor. Y que yo podía con mi arte comprarme una casa como él, un auto, manejar, ir a bailar y cuidarme tanto o mejor que mi hermano.

Y mientras hacía eso, me fui encontrando con la realidad que se vivía fuera de mi casa. En los laburos… ¡todos tipos! Operadores de radio, productores, columnistas, etcétera. Todos tipos.

Entonces, quizá inconscientemente, me obligué a parecer un pibe más.

Me dije varias veces… «¡Qué loco que los tipos se rían de mis comentarios! ¿No? Quizá, si fuese más femenina, al decir las cosas no

causaría tanta gracia.»

Y lamentablemente es así. Y sigue siendo así.

Un día fui como invitada a un programa de radio, y al rato llega un invitado más: un actor, un varón. Cuando terminamos, sacan una foto y el conductor me dice:

—Vení, Daniela. Ponete vos también.

Claro, yo también era una invitada.

Suben esa foto a las redes sociales del programa y veo que yo solo salía en la foto. No había ninguna mención sobre mí, ni siquiera aparecía mi nombre. Era como si yo no hubiera estado… ¡Qué loco! ¿No?

La gente empezó a comentar la foto y en varios comentarios pusieron: «Che grasas, etiqueten a la Chepi».

¡Vos fijate el nivel de machismo! Una actriz y un actor. Pero solo nombran al actor…

Así pasé por miles de situaciones de machismo inexplicable y estúpido.

¡Qué miedo tienen al ver a una mujer que puede hacer reír, y hasta a veces quizá más que un varón!

¡Qué miedo da que una mujer pueda ser el sostén de una familia, y además ser exitosa y respetada!

Y seguramente, a vos que estás leyendo esto te pasa lo mismo en tu círculo de laburo, familiar.

Si te separás y te ponés de novia meses después… «Alta putita resultó esta… Ya está poniéndola por ahí en vez de ocuparse de su hijo.»

Ahora, si tu ex se pone de novio… «¡Ay, está de novio con una chica divina! ¡Menos mal que encontró pareja!»

¿En serio? ¿Posta?

Sí. Lamentablemente hay gente, y joven, que sigue pensando así.

«Vestite como una mujer.»

«Dejate el pelo largo.»

«No te hagas tatuajes.»

«No hables mal.»

«Dejá que el tipo te busque. Vos no lo pases a buscar con tu auto.»

«Las uñas impecables siempre.»

«Ponete mejor una pollera.»

«Cocinale, porque un hombre bien comido es un hombre que no te caga.»

¡Triste, pero real!

Semana 2

Que nadie te cague el lunes

Pura furia

Lunes otra vez. No llueve, se cae el cielo. Esos días que decís «no me levanto ni en pedo de la cama».

Quisiera meter Netflix violento, de corrido hasta que sea martes. ¡Pero no! Lamentablemente hay que arrancar. Me espera un hermoso trámite en el microcentro a las 9 a. m.

Despertar a Isa fue letal. Utilizó frases como «te odio», «mamá mala», «mamá caca», «dejame dormir».

Después de luchar incansablemente para que se pusiera la calza térmica, cuatro pulóveres, una bufanda, guantes y piloto, logro salir de casa.

Llegar al auto que estaba estacionado a media cuadra fue una aventura fatal. «Mami, me mojo.» «Me despeino.» «Mami, hace frío.» «Se me cayó el osito en el charco.» «Mami, caca.» «Mami, pis.»

Nos subimos al auto, y me lleva otros diez minutos hacerle entender que tiene que sentarse en la sillita con el cinturón de seguridad puesto. Llantos desconsolados, que son calmados con la promesa de «si te ponés el cinturón, a la tarde te llevo al pelotero».

Cuando voy a poner el auto en marcha, lo único que me sale decir es: «¡La reconcha de la lora! ¿Por qué a mí? ¿Justo hoy me tiene que pasar?».

El autito de poronga no encendía. ¿Y por qué no encendía? ¿Porque es viejo? ¡Nooo! Porque quien escribe dejó las luces encendidas toooda la noche sin darse cuenta.

La bronca se apodera de mí. Comienzo a sentir odio hacia todos los que pasan cerca, por la vereda. No se salvan ni los gatitos callejeros que duermen debajo de mi auto.

No me queda otra que volver a casa.

Otros quince minutos me lleva bajar a Isa, bajar las tres carteras llenas de juguetes que decidió llevar, ponerle nuevamente el piloto, la bufanda y los guantes. Chapoteando sobre los charcos de lodo bajo el grito de «¡mirá, mamá, soy Pepa!» entramos en casa.

Me tiro de palomita sobre el teléfono de línea que solo se utiliza para hacer reclamos que van a ser extensos, o atender al intendente de tu municipio prometiéndote pelotudeces que ni él las cree.

Con la tarjeta del seguro en la mano, estuve esperando durante veinte

minutos que me atendieran. Después de haberme paseado por indicaciones como: «Marque 1 si no le enciende el auto. Marque 2 si quiere asistencia. Marque 3 si quiere asistencia rápida. Marque 4 si sigue queriendo asistencia veloz. Marque 5 si aún quiere…».

¡Ay, Dios mío! Después de tanto boludeo, ni Buda puede mantener la calma.

Por fin me atiende una señorita. Su voz de ano contra natura se notaba a través del tubo del teléfono. Percibí instantáneamente que ella no estaba pasando por un buen momento en su vida, por lo cual traté de mantenerme en paz y armonía, y sonreír mientras le hablara.

A pesar del esfuerzo y la onda que le puse, evidentemente el día de la recepcionista era demasiado horrible y no pude lograr que estuviera dispuesta a solucionarme el problema con cariño y amabilidad. En un momento, sentí que estaba hablando con una máquina. Ella repetía constantemente «sin el número de póliza no puedo gestionar el reclamo».

Hasta ahí llegó mi paciencia.

EXPLOTÉ. Me convertí durante cinco minutos en el ser más despreciable de toda la Tierra.

¿Por qué? ¿Qué le pasa a la gente? Si me lo debitás todos los meses de la cuenta… Me pediste todos mis datos. Los del auto y los de mi vieja, mi viejo y mi hermano, que vive en España. Te pasé hasta mis tres gustos de helados preferidos y todo fue totalmente al pedo.

Entiendo que la gente te trate mal o que se la agarren con vos por el funcionamiento de mierda de la empresa en la que laburan. Pero dale, locaaa, no podés negar que le puse mucha onda y hasta te tiré algún que otro chiste de Corona.

Reclamos telefónicos y trámites de todo tipo no son saludables para comenzar una semana en paz. El auto, el reclamo y el microcentro pueden esperar que sea martes. Y así lograr que nadie te cague el lunes.

Casi pero no

La gente que te clava

Era diciembre del año 2015 y me quedé sin laburo. De un día para el otro, se esfumó la comodidad de tener un sueldito de poronga, pero, en fin, un sueldo. Una obra social que me pagaba la empresa para mí y para Isa. La rutina de cumplir con un horario laboral. Me quedé sin nada.

Me sentía tranquila y a gusto con lo que hacía. La radio. Arrancaba muy temprano: 5 a. m. ya estaba manejando, yendo al microcentro a compartir experiencias LOSERS como me caracterizan al aire.

Cuando termina el programa, me dicen: «Dani, acercate a la oficina que queremos hablar con vos». Y así, como si nada, sin vaselina, me la mandan: «A partir de hoy, no sos más parte de esta empresa».

Las lágrimas no me dejaban ver el pasillo de la radio. ¡La desesperación que me dio! La pregunta que todos nos hacemos ante una noticia así: «Y ahora… ¿qué hago?». Pleno diciembre. Las demás radios ya habían cerrado la programación del año siguiente.

Yo sabía que me esperaba un año nefasto. Igualmente trataba de pensar positivo y convencerme de que algo iba a salir durante el verano. Pero no pasó. Ni ese verano ni durante todo el año.

¡Qué angustia! Mandar mensajes a todos mis contactos sin recibir respuesta de nadie. Me han llegado a bloquear de WhatsApp por la cantidad de *curriculum vitae* que mandaba. Pero yo seguía con la esperanza de que alguien dijera «tengo una changuita para vos».

Y un día llegó. Un flaco que había abierto un bar cerca de mi casa me escribe. Alguien le había comentado que yo cantaba y estaba sin laburo, básicamente no tenía para morfar.

Recuerdo ese día como si fuera hoy.

Me despierto y tenía un mensaje enviado a las 6 a. m. ¿Viste que los que laburan de noche no se fijan en la hora y mandan mensajes como locos?

El mensaje decía: «Hola Daniela, me pasó tu contacto Juan Cruz, quería arreglar con vos para ver si podés cantar acá el día de los enamorados, no hay mucha guita pero quizá te sirva».

«No hay mucha guita» es una aclaración argentina que se puso de moda con Alfonsín. Sigue siendo tendencia. Haya mucha guita o no, hay que ponerlo en la oración de todos modos.

«Qué me importa —pensé yo—. Que me alcance para pagar las expensas ya me haría feliz.»

Le contesto 10 a. m.

«Hola, con gusto, ¿a qué hora sería y de cuánta guita estamos hablando?»

Lo lee al instante y no contesta.

Dejo pasar una hora y vuelvo a escribir.

«Hola, si podés te llamo y hablamos.»

Lo lee y no me contesta.

Dejo pasar tres horas y le vuelvo a escribir.

«Hola capo, ¿querés que arreglemos?, porque faltan 3 días y debería organizarme.»

Me clava el visto y no me contesta.

¡Pero la recincha de la lora en pelotas! ¿En serio? Me escribís con una buena noticia. Me escribís vos, sabiendo que estoy desesperada por laburar. Me escribís vos, yo no te escribo. Y me clavás el visto.

¿Te arrepentiste? Ponele que te arrepentiste, por lo menos poneme «se murió mi bisabuela de Suiza y tengo que cerrar el bar», y yo no te jodo más. Inventame algo. Pero no me hagas esto.

¡No me CLAVES EL VISTO! Y mucho menos si ese visto afecta de lleno mi necesidad y urgencia. Porque si vos me decís que me clava el visto un chonguito ante la pregunta «¿me venís a destapar la cañería hoy?», listo, yo disparo para otro lado. Pero capo, a la altura de tu visto ya no me quedaba ningún cartucho.

Esa era la dimensión del drama que significaban para mí esas dos malditas √√ celestes ante mis mensajes reiterados.

Estaba ahí, ahí de conseguir un laburito. Ahí de volver a cantar, de subirme a un escenario. Ahí de juntar un manguito para llevar a casa para comprarle la leche a mi hija.

¡Que bronca! Siempre ahí, casi casi… pero NO.

Me indigna

Todos conocemos gente negativa

Chicas, levante la mano quién no tiene un amigo, un pariente, un compañero de laburo, una pareja que siempre le ve algo malo a todo, en vez de lo bueno. Está minado de estas personas. Te las podés cruzar en el chino, en un baño. ¡Y hasta podés convivir con ellos! ¡Y qué difícil es!

ESCENA 1: le contás que, por fin, después de meses de malaria, conseguiste trabajo.

—Conseguí laburo de 19 a 22, un currito que me viene bárbaro porque no tengo ni para morfar…

—Ah, ¿y qué vas a hacer con la nena?

Hola, primero felicitame, dame un abrazo, y después te cuento el plan que tengo, ¿no?

No lo pueden evitar, es más fuerte que ellos. Es como si tuvieran un demonio dentro que no los deja ver lo bueno.

ESCENA 2: una situación cotidiana, menor.

—¿Le cortaste el flequillo a la nena?

—No, le hice el dobladillo. Sí, se lo corté… ¿Por?

—Mm, tiene remolino… ¡El laburo que te va a dar peinárselo!

Bue, ¿entonces tu mejor opción es que renunciemos para SIEMPRE al flequillo? ¿No es mucho?

ESCENA 3: otra bien cotidiana.

—¡Adoptaste un perro! ¡Qué lindo! Pero ahora sí que vas limpiar caca todo el día, eh…

Los negativos tienen el PERO en la punta de la lengua. ¿Te vas a casar? PERO… ¿Te compraste una casa con una habitación más? PERO… ¿Tenés cinco autos? PERO… ¿Tenés las millas para recorrer Europa? PERO… Son los dueños del PERO.

Podría escribir cien páginas con miles de ejemplos de situaciones típicas, que vivimos a diario, porque todos tenemos gente así al lado. Al principio me hacía muy mal. Pensaba «¿cómo puede ser que, con lo que me quiere esta persona, me tire la peor onda?». Y después de años de

terapia, entendí que no lo pueden evitar. Pero vos sí podés evitar enroscarte, te lo aseguro. ¡Hay que cortar rápido con esta gente!

Para mí, que soy de contar tooodo lo que me va pasando en la vida, es súper práctico visualizar la respuesta que puedo recibir de estas personas. Es fácil y difícil a la vez, pero es un ejercicio que hay que hacer. Es como aprender una coreografía. ¡Entonces vamos de una vez con los cuatro pasos de este baile antimufa!

Primer paso: Ver a ese tipo de personas lo menos posible.

Segundo paso: Contar solo cosas que no incluyan proyectos o logros.

Tercer paso: Si se lo contaste porque se te escapó, cuando te tire la pálida, decile: «¿Sabés que tenés razón? ¡Uh, qué tarde se me hizo! ¡Me tengo que ir porque sale la nena del jardín!».

Cuarto paso: Si la persona no es tan cercana, mandala a la mierda y no la veas más. Esta es la coreografía más fácil.

La gente negativa no suma, resta siempre. Seguro estás de acuerdo con esto: che, si te cuento algo copado, primero felicitame y después, quizá, tu opinión negativa me interese y la tome para mejorar.

Y ahora el antídoto más poderoso: ¡besitos a toda esta gente! Y si acaso sos una de ellas, ¿no tenés ganas de cambiar?

Querida amiguis

La generosa

Estas líneas son para ti, que eres una máquina de dar. Te aclaro, amiguis, que tienes un corazón enorme y eso está bueno. Pero a veces hay gente a la que le das el muñón y te agarra hasta el intestino delgado.

Tu casa es la casa del pueblo. Tiene llaves hasta el último pediatra que visitaste a los doce. Tu novio de los 15 todavía pasa por tu casa con su copia a sacarte una birra de la heladera algún que otro fin de semana.

Tienes un monoambiente y logras que quince amigos duerman cómodos un fin de semana largo. La última vez tiraste una frazada en la bañera para dormir ahí acurrucada, con tal de que cada uno estuviera cómodo.

Eres la prestamista de cuanto deudor se te cruce por delante. Le prestaste plata al chapista para que arreglara tu propio auto. Aún te debe el arreglo, la plata y el asado que les pagaste a los seis empleados del taller.

Tu casa siempre es el lugar elegido para reunirnos. Y siempre vamos TODOS. No importa el festejo, la religión ni la ideología. Si se trata de Navidad, Reyes o Hanuka. Porque, como dices tú, siempre hay lugar para uno más y terminamos siendo 44.

Después todos vuelven a sus respectivos hogares, mientras tú comienzas lavando platos el 25 de diciembre y finalizas a principios de abril, en plenas Pascuas. Y mientras sigues lavando, ya caen con la rosca y los huevos de chocolate.

Amiguis, como dice Fito Páez, «dar es dar», pero tampoco la pavada.

Atte. Tu mejor amiguis.

Filosofía urbana

Chiquito

Tengo un amigo varón y no le di. Nunca en la vida se me cruzó por la cabeza darle.

Lo conocí a los 17 años. Tengo casi 40 y seguimos siendo amigos sin haber intercambiado fluidos de ningún tipo.

Él conoció a casi todos mis ex y yo a las de él. Sus novias no entendían cómo podíamos ser amigos y no sentir algo más allá de la amistad. Cosas inexplicables de humanos.

Él siempre tuvo ese sueño de andar en un mega auto, con cadenas de oro a lo Cacho Castaña, de tener dinero para ir a comer a los mejores lugares, motos de agua, lanchas… Y toda esa gilada que no te convierte en una mejor persona.

Mi viejo lo adoraba. Lo trataba como a un hijo. Y como todo cana, tenía tal olfato que olía un pedo a cuatro cuadras a la redonda.

Un día me dijo:

—Chiquito está en la joda.

—Naaa —dije yo.

No hay nada más tedioso para una nena que tener un padre cana. Para él todos son delincuentes hasta que se demuestre lo contrario.

Yo salía con Chiquito a todos lados.

Fue quien me prestó su auto para que yo fuera a un telo con Juan, mi primer noviecito, y yo ni siquiera tenía registro. Chiquito es el tipo más bueno que conozco. Bondadoso como pocos.

Hasta qué un día vamos al río. Paró su camioneta y me dijo:

—Quedate acá. Esperame que hago algo y vuelvo.

Por el espejo retrovisor vi que le daban algo a escondidas. Fue un segundo y enseguida se subió a la camioneta. Me pareció raro, pero no dije nada.

Cuando llegamos a la isla de Tigre, adonde íbamos, todo era lujo.

—¿Y esto de quién es? —pregunté impresionada.

—Es de un amigo que trabaja en un boliche.

«Mierda —pensé—. ¡Cuánto gana alguien metido en relaciones públicas, eh! Me equivoqué de carrera.»

Al rato cae el flaco con dos chicas. Si tuviese pene, se me hubiese parado no bien cruzaron la puerta. Dos bombas que se meten en la

habitación con él. Me sentí muy incómoda y le pedí que me llevara a casa.

Apenas llegué, no aguanté y le conté a mi viejo.

—Chiquito está en la joda y si no para, va a terminar mal —dijo mi viejo sin el menor rastro de duda.

—Ay, papi, no puede ser… Él no… —le largué la típica respuesta de pendeja.

Dicho y hecho. No supe más de él durante tres meses. Hasta que me llama en Navidad. Adiviná desde dónde… ¡Desde el penal de Devoto! Sí, Alberto tenía razón. Chiquito estaba en la joda. Consumo de drogas y venta de pastillas en fiestas electrónicas.

Cuando me contó, pensé que era un chiste. Él solía hacer esos chistes negros. Pero después le creí. Me tuve que sentar en la vereda. Mientras hablábamos, estaba paseando a Simón, mi perro.

—El martes próximo te voy a ver —le dije. Los martes eran las visitas de mujeres.

El trámite que hice para verlo fue peor que sacar la ciudadanía española. Empezó antes de llegar al penal. Me tuve que comprar ropa y corpiños especialmente para que me dejaran entrar. No podías ir con corpiño de aro ni de colores. No podías llevar nada azul ni negro porque te podían confundir con un vigilante. Los colores tenían que ser fuertes. Si ibas con jean, tenía que ser ancho. Remera larga. Sin celular. Sin pertenencias, salvo el documento.

La espera en la puerta fue realmente triste. Las madres con sus hijitos, algunas embarazadas. A veces se encontraban las esposas con las amantes de los mismos presos y se armaban unas roscas que tenías que rajar porque la ligabas vos.

Entrar era de película. Te hacían una revisación para ver si tenías algo escondido en el ano o en las tetas. Fila para todo. Y después había que pasar por once puertas hasta que llegabas al patio del pabellón.

Carpitas armadas una al lado de la otra. Algunas como la de Juan para mí o para sus viejos. En otras se escuchaba cómo le daban matraca al lado tuyo.

El llanto del final de la visita era desgarrador. Los niños, que no querían soltarse de los brazos de sus papás. Las mamás llorando. Todo era tremendo.

Y Chiquito… ya no era Chiquito. Demacrado, medicado como para dormir a un elefante y poder soportar ese tiempo en cana.

Iba martes por medio a verlo. Nos turnábamos con su mamá, que nunca dejó de ir a visitarlo. Pero en un momento yo dejé de ir. Chiquito se había puesto de novio con una mina que conoció por teléfono. Una mina que trabajaba en el Poder Judicial. Chiquito tenía ese no sé qué. Las minas morían por él.

Hoy sigo viendo a Chiquito. Salió libre de culpa y cargo. Se comió un

año y once meses adentro. Sigue siendo el mismo, soñando tener más de lo que necesita. Bondadoso, pero siempre de joda. Por suerte, ya no está metido en eso que tanta angustia les provocó a él y a su familia. Y cuando salió, hablamos largo y tendido y me dijo algo que me quedó grabado y que ojalá te sirva. Me dijo:

—Amiga, mis viejos nunca se dieron cuenta de que me drogaba. Yo venía de gira, sin dormir cuatro o cinco días, y nunca sospecharon nada. Me fumaba un porro en mi casa y nunca me dijeron nada. Lo negaban. No querían verlo. No culpo ni en pedo a mis viejos por la cagada que me mandé, pero si me hubiesen pegado dos cachetazos e internado para que me recuperara, ellos se habrían ahorrado el quilombo y yo sería otro Chiquito. No este que está lleno de sabiduría, pero hubiese preferido adquirirla en un centro de recuperación y no con violadores, estafadores y cuidándome el culo todas las noches para que no me lo rompieran.

Y yo pensé: «¿Y si yo le hubiese dicho a mi papá todo lo que veía de Chiquito? ¿Y si yo hubiese escuchado a mi papá que SÍ se dio cuenta de que Chiquito estaba en la joda? ¿Si yo hubiese hablado con sus padres, por más que después él no me hablara nunca más? ¿Habría evitado que fuera en cana? ¡No lo sé!».

Lo que aprendí con Chiquito es que, como mamá, siempre le daré a Isa la confianza para que me diga lo que necesite y, si no me lo dice, yo debo ser valiente para ver la realidad, aunque me resulte dolorosa, para así ayudarla a salir de lo que sea.

Como madres, hay que hacerles sentir a nuestros hijos que no serán juzgados, sino acompañados siempre. Ese es mi deber como mamá de Isa.

Chongos

Mi novio el manipulador

Estábamos sentados en el sillón del *living* de su casa, como siempre, porque teníamos menos salida que rastrojero en segunda, y me llega un mensaje de una vecina amiga: «Dani, saliste en una revista, te nombran como una de las mujeres *influencer* que hace humor en las redes».

«Ah, no… —pensé—. ¡Qué emoción me corre por las venas!» Salto del sillón y le digo:

—Ahí vengo.

Y salgo ilusionada a buscar la revista. Cuando la abro, eran solo dos renglones. Bueno, peor es nada, amiga. ¡Alguien sabía que existía y me nombró!

Vuelvo a su casa, y le digo cual niña de 4 años:

—Cerrá los ojos… Tengo una sorpresa…

Él cierra los ojos con cara de nada. Y yo sigo.

—Ahora abrilos… Taraaannn… ¡Salí en una nota!

Su cara no fue de felicidad absoluta, pero tampoco tenía que sentirla, ¿o sí? Bueno, en fin, me pongo a leerle los dos renglones en los que me nombraban.

Se queda callado y me mira fijo. Yo pensé: «Ok, lo enamoré más. Siente que soy lo más y me va a abrazar y me va a decir que no importa que fueron dos renglones, que lo importante es que me tuvieron en cuenta». Bueno, no pasó eso. Me dijo:

—Mirá, ponen que tenés 250.000 seguidores y tenés 500.000. ¿Ves que ni siquiera deben saber quién sos? De hecho, Belu Lucius hace humor y tiene miles más que vos… Ni chequean. Lo deben haber sacado de Google y la primera que salió la pusieron.

¡Apaaa! ¡Qué manera de bajar a alguien del quinto piso al subsuelo sin escalas! ¿No? ¡Qué talento, hermano!

En realidad, esa no era la primera vez que me bardeaba. Este flaco me tiraba frases como…

«¡Qué quilombo que tenés ahí abajo!» (refiriéndose a mis dientes).

«¿Y esas zapas? ¿Son para retardadas?»

«¿Por qué no te hacés las tetas? Quizá así se te van las estrías…»

«Te salió celulitis de golpe, ¿no? Porque no tenías tanto cuando te conocí.»

«Saliste en una nota en revista VIVA. Fijate que pusieron “Danila” en vez de “Daniela”. Ni siquiera saben quién sos. Además, tiene más seguidores la otra chica que vos…»

A veces yo le decía:

—¿Por qué me decís eso? ¿Por qué siempre hacés lo mismo?

Él me respondía:

—No entendiste lo que te quise decir. Todo te lo tomás mal.

Y yo, de a poquito, me iba convenciendo de lo que él me decía.

Me tapaba el trompetero para ir de la reposera al mar escondiendo mi celulitis.

Averigüé para hacerme las tetas. Llamé a un cirujano y pensé en la manera de pagarme dos pelotas de gomas para estar a «su altura».

Le regalé a mi vieja las zapatillas esas.

Me sentía menos que todo el mundo, convencida de que él estaba en lo cierto.

Hasta que un día me cansó, y lo dejé.

—Pero ¿por qué? —me preguntó—. ¿Así… de un día para otro?

¡Ay, Dios! ¡Ni siquiera registró lo que me hacía!

Después de esa relación, lo único que quería era descubrir qué mierda funcionaba mal en mí, qué confite me faltaba en el frasco para bancarme una relación así.

Me quedé sola un tiempo, un largo tiempo, y volví a terapia. ¿Viste que uno vuelve a terapia cuando se separa, por ejemplo, cuando se muda o cuando está por morir alguien o ya murió? ¡Error! ¡Nunca hay que dejarla!

Hablaba de esto y me preguntaba cómo no le respondí, por ejemplo:

«Hablemos de tu pene… o de cada vez que intercambiamos fluidos, ¿creés de verdad que siempre gritaba de placer o que algunas veces lo hice solo para que estuvieras contento y te sintieras el macho más capo del mundo?»

«¿Viste cuando me decías mal cogida? Bueno, estabas hablando de vos, papi…»

¡Pero no! Yo no me quería convertir en la mierda que era él.

Después de que cortamos, tratando de entender por qué elegí a este pibe tan parecido a otros que también tuve a mi lado, entendí algo. Que él era un manipulador. Y el manipulador te necesita débil, sumisa, insegura, para poder conseguir lo que quiere.

¿Qué quería él? Eso. Que yo me sintiera menos, que yo sintiera que solo él podía quererme. Así, con celulitis, fracasada, usando zapas desagradables y con las tetas llenas de estrías. Necesitaba que yo estuviera emocionalmente necesitada, con ese pensamiento pelotudo que a veces tenemos de ser aprobadas por los demás, que nos quieran.

Quise tratar de cambiar esa actitud en él varias veces. Fueron muchos meses intentando. Y él a veces pedía disculpas, pero lo volvía a hacer.

Porque así era él, así funcionaba.

Tomar distancia de estas personas complicadas mejora tu salud. ¡Posta! Es como dejar de fumar: al otro día ya el aire pasa mejor.

Metete un corte de pelo, mandate un flequillo, hacete los claritos, tragate veinte capítulos seguidos de alguna serie de Netflix o anotate en algún curso de reparación de calefones. Lo que sea que te distraiga para no volver nunca más con un espécimen así.

La Sagrada Familia

Criar con la verdad y en libertad

En mi casa no se hablaba de sexo, era mala palabra. Salvo cuando hablaban Gonzalo o Marcos de las minas que se curtían. Yo llegaba a decir algo referido a «eso», como le decía mi mamá, y ¡Dios mío y la Virgen! «¡Para qué te mandamos a colegio privado!»

Entonces me costó (me cuesta) muchísimo el tema de las relaciones íntimas. Ya te conté que, de hecho, mi primera vez fue un fracaso, como la de muchos. Y la primera vez que me autosatisfice o me ajusticié fue a los 30. Una amiga me dijo: «¡Metele, flaca, así descargás! Ponete una porno y vas a ver…».

Me costó muchísimos años de terapia. Y si me costó, no fue porque no me contaron cómo se hacía, o sea el procedimiento. (Además, vi muchas películas de gente teniendo relaciones.) Me costó porque me daba culpa. ¡Ay, mi Dios! ¡La culpa que tenía cada vez que sentía placer de estar con alguien! Sentía que los estaba defraudando. A mis padres, claro.

Y cuando yo me ajusticiaba, se me aparecía la cara de mi mamá (tipo la madre de Rapunzel), que me decía: «Ahora seguro te va a dejar».

Mi hermano: «Los tipos mentimos para ponerla.

Mi papá: «Daniela, con tu marido nada más».

¡A los 21 era una bobaaa!

Aclaremos algo: yo no soy partidaria de que a los niños haya que responderles la primera pregunta —«¿Mami, cómo me hicieron?»— con ciertos detalles. Por ejemplo, no le diría: «A ver, Isa… Tu papá introdujo su pepino…». ¡No, no! Hola, es chiquita aún. Pero cuando los pibes crecen, hay que blanquear las cosas arriba de la mesa. Sexo, drogas, alcohol.

Yo creo que empecé a fumar porque mi viejo me dijo «te veo con un pucho y te mato». Ah, ¿sí? Bueno, ¡tomá! Empecé a fumar.

Es como cuando son bebés. Les decís «no se toca eso», y van y lo tocan. También podés decirles «andá, tocalo, y vas a ver que te vas a quemar». «Si te gusta quemarte, ¡sé feliz, hijo!» (No entra la opción de meterse dentro del horno.)

Me hubiese encantado que mis viejos fueran más compinches. Siempre poniendo límites de hasta dónde yo podía llegar, pero blanqueando las cosas.

Quizá hoy no fumaría (o sí, no lo sé).

Quizá hubiese disfrutado más de mis momentos «íntimos» antes de ser madre (ya que ahora estoy una vez cada seis meses con un humano).

Me hubiese juntado y no casado, porque con el verso de «solo con tu marido», me fui a los 21 para tener un poco de libertad. Y después el divorcio es un bardo mal. Repartir bienes, el chabón te odia, vos a él. Todo malísimo.

Si hubiese convivido nada más… ¿No va? Ok, vos a tu casa y yo a la mía, y nos vemos en Disney. Todo hubiese sido más fácil.

Por eso trato de criar a Isa blanqueándole todo, siempre considerando la edad que tiene y hasta dónde y cómo decirlo. Por ejemplo:

—Esas dos chicas se están besando, ma.

—Sí, hija, porque dos chicas pueden gustarse y dos chicos también y nadie puede decirte qué gusto de helado te TIENE QUE O DEBE gustar. De hecho, esas chicas pueden adoptar a uno o más niños (si los trámites fuesen más rápidos en nuestro país) y ser excelentes madres. Y dos varones también. ¿Y sabés por qué? Porque una familia NO TIENE QUE O DEBE SER una mamá mujer y un papá varón. Una familia es una familia. Un grupo de personas que se cuidan, se aman y se respetan sin importarles el sexo, el color, la religión o la orientación sexual.

Claro que hay familias «tipo», como la que tuve yo: mamá, papá, hijos. Y aunque no es el caso de la mía, sí existen muchos que formaron una familia «tipo» y, sin embargo, abandonan a sus hijos, les pegan, los maltratan, los lastiman. Entonces, ¿por qué alguien te diría «eso está mal?». «Cada uno hace de su culo un pito», como decía mi viejo.

Ir de frente, con la verdad, nunca falla.

Semana 3

Que nadie te cague el lunes

«Ya salió»

Yo entiendo que el *delivery* tiende a garpar más en las noches de viernes, sábados y domingos. Pero para mí, meter uno el lunes por la noche es un mimo que me ayuda a arrancar la semana con una sonrisa. Con lo que cuesta ponerle onda a un lunes, saber que el día termina con unas empanadulis grasosamente fritas, con una catarata de queso que chorrea por el repulgue más cerrado, es todo.

Baño a Isa, me baño yo… Bueno, básicamente nos bañamos juntas. Y llamo a mi amada bodeguita, salvadora de mis lunes.

—Lo de siempre —le digo a Beatriz, la dueña.

—Cristian no está, ¿podés venir a buscarlas?

¿Quién es Cristian? El chico del *delivery*. Para mí, Papá Noel. En el mismo viaje, te puede meter una entrega en Banfield, Olivos y Mar del Plata en menos de treinta minutos. Pero Papá Noel también se enferma.

¡Qué bronca me dio! Pero nada que no pueda solucionarse googleando el teléfono de alguna pizzería de la zona.

Del hambre que tenía, ya me costaba ver con claridad los números del teléfono. A todo esto, Isa pidiéndome provisiones varias, mientras yo lograba hacer el pedido. Tomates cherry, queso, huevo, aceitunas…

Me atiende un señor. La rapidez de su voz ya me ponía nerviosa.

—¿Qué vas a pedir? ¿Dirección? Hasta luego…

No me dejó ni preguntarle cuánto era…

Me dispongo a esperar.

A la hora de haber hecho el pedido, las empanadas brillan por su ausencia. Llamo para reclamar y el señor «rápidamente», sin siquiera chequear mi dirección o mi pedido, me dice:

—Ya salió.

Las empanadas llegaron casi dos horas después del primer llamado telefónico a esa ignota pizzería.

A ver… Analicemos la expresión «ya salió». Explicame cómo pasamos de un «ya salió» a semejante demora. ¿Cómo tarda un flaco tanto tiempo en traer cuatro empanadas? Mi casa está a treinta cuadras de la pizzería.

Dame la oportunidad de decirte «suspendeme el pedido, que ya me llené con aceitunas y tomates cherry». No es necesario mentir, no te iba a suspender el pedido. Pero ahorrame la mala sangre de estar preocupada

por si te olvidaste o el flaco se estrelló contra algún tacho de basura.

No comí esa noche las empanadas, lo hice el mediodía del martes. Calentadas en el microondas, se convierten en una pelota de goma en tu boca.

Por eso no hay nada como un «lo de siempre» en tu lugar preferido.

No hay nada como un «ya salió» sincero. O un «pasalas a buscar si podés, porque si no comés a las 3 a. m.».

Me cagaron el lunes y el mediodía del martes.

Tengamos sumo cuidado en el uso de la expresión «ya salió». Ya es YA. Soy amante de la puntualidad, mucho más si se trata de comida.

Por un mundo con menos «ya salió».

Casi pero no

Mi viaje con Dei

Era el día. Por fin había llegado. ¡Me voy de vacaciones!

Las últimas las pasé con mi hermano Marcos en Porto Seguro. Bue, en realidad, fueron las únicas en toda mi vida. Tanto trabajo, tanto ahorro, tanto sacrificio.

Por fin me había dejado cebar por un gran amigo que tiene más viajes que un remisero. ¡Cómo viaja este Chiquito, mi Dios! «Culo inquieto», le digo yo. Él va de Vietnam a Carapachay en un santiamén.

David para todos, para mí es Dei.

Esas personas que te invitan a mandarte a hacer cosas, pero no a hacer cagadas (aunque alguna que otra sugerencia haya terminado en una cagada), sino a animarte. A animarte a hacer algo que sabés que podés hacer. Sin embargo, algo siempre te frena, te paraliza. El miedo.

—¡Vámonos de vacaciones juntos! —me dijo—. Vámonos a Brasil, peguémonos un viaje de amigos inolvidable.

—¡Y dale, papaaa!

Hizo todas las averiguaciones. Hablábamos cinco veces por día de todos los lugares a los que íbamos a ir. Él ya se había comprado siete cajas de preservativos para utilizar, y no conmigo, obvio. Yo soñaba con encontrarme a Ivete Sangalo, una gran cantante brasileña. Soñaba con ir a verla en vivo y gritarle de abajo del escenario: «¡Yo quiero cantar con vos!».

Me compré cuatro bikinis y aceite para broncearme como una brasileña al segundo día de haber llegado. Elegí la valija con corazones para estar fachera en el aeropuerto. Metí tres pares de ojotas, aros y vestidos blancos para la playa. ¡Tenía la valija armada dos semanas antes! Me iba con todo, menos con mis uñas: me las había comido de la ansiedad que tenía. Era una niña de 4 años esperando a que llegara Papá Noel.

Y se acercaba el día. El 1 de enero estaríamos arriba del avión comiendo garotos.

El jueves 30 de diciembre me llama una amiga mía, Gaby, «mi dentista».

—Ortiva —me dice—, vamos a comer. Así festejamos el fin de año, que después te vas de vacaciones.

—Y daleee…

La paso a buscar y nos vamos a El Ñandú, un lugar divino en el Bajo de Martínez. Íbamos siempre porque era barato, no por lindo.

Nos comimos unas fajitas entre las dos. Me la di en la pera con la comida.

Vuelvo a casa y trato de dormirme. Al otro día tenía que ir a la radio a despedir el último programa del año y ya nos íbamos con Dei.

5:45 a. m. estaba con todas las pilas para terminar lo más rápido posible y volver a casa para sentarme al lado de la valija y esperar a que se hiciera la hora de salir para el aeropuerto.

Hablé todo el programa al aire de mi viaje. Los oyentes llamaban y contaban sus anécdotas de los viajes locos que habían hecho.

Todo muy lindo hasta que… empezó a dolerme mucho la panza. Pensé «quizá fue el mate», «quizá comí demasiado ayer». «Quizás, quizás quizás», como dice la canción.

Fui al baño. Me senté en el inodoro para ver si podía despedir algún amigo de mi interior, pero no pasaba nada.

Fui en cada corte al baño, pero nada. Y en un momento el dolor ya era insoportable. Nunca en mis diez años de radio llamé a un médico al laburo o me retiré antes por sentirme mal.

Y como enferma del laburo que siempre fui (una estupidez que me inculcó mi padre), ese día me la banqué hasta el final. Cuando terminó el programa, lo miré al productor y le dije:

—Llamá a una ambulancia porque siento que me voy a morir.

Y sí, si no me llevaban urgente, me iba a morir. Se me habían vuelto a obstruir los intestinos.

Resulta que la cáscara sagrada que había tomado esa semana para agilizar el tránsito lento del cual sufrí toda mi vida, como el ochenta por ciento de las mujeres, me arriesgaría a decir, me había reventado los intestinos. Nuevamente se me ocluían.

¿Qué significa eso? Que se te paralizan los intestinos y tus desechos empiezan a pasear por tu organismo y visitan al resto de tus órganos, y te podés morir de una infección o de lo que sea.

¡Que mierda TODO! Literalmente.

No podía creerlo. Estaba arriba de la ambulancia y lo único que pensaba era que Dei iba a estar solo en la playa. ¿Y ahora qué?

—¿Pueden solucionarlo ya que mañana me voy a Brasil? —les pregunté a los médicos.

Y al rato, sintiéndome cada vez peor, pero siempre en positiva, insistí:

—Tenemos un par de horas, chicos. Metan sondas, vacíen esto y llamen después a un remís para que me lleve a casa a buscar la valija, porfa.

Ya quisiera… Quince días después salí de la clínica.

Le pedí a Dei que se fuera igual, que no se quedara, que le vendiera mi paquete de hotel a un amigo y se fuera con él. No quería irse, le daba

culpa. Le dije que la culpa la metiera en la valija. Si él suspendía el viaje, yo me iba a sentir peor.

Con sus contactos de viajero, lo logró. Se fue con un amigo que se ve que tenía menos planes que un político, porque al toque le dijo que sí.

Volvió a la semana y juntos programamos otro viaje para el futuro, mientras mirábamos las fotos de los increíbles lugares que íbamos a visitar juntos.

Aún no lo hicimos, pero ya lo haremos. Son esos asuntos pendientes, y no te querés morir sin resolverlos. El mío es el viaje con Dei. Pero no. No pasó. ¡Casi, pero NO!

Me indigna

La amiga que reclama

«Pasaste por mi barrio y no viniste a casa.»

«Vi que fueron al restaurante ese que les gusta y no me invitaron.»

«Te compraste ropa y no me avisaste, así iba con vos.»

¡Qué manera de reclamar, hermana! ¡Pará un poco, querida! Es tedioso no saber nada de vos durante la semana y, cuando recibo un mensaje, siempre viene con un reproche incluido. ¿Te hiciste monotributista y no me enteré? ¡No parás de pasar factura!

Todas tenemos amigas así, que tienen esa puta manía de reclamar, pero nunca se preguntan «¿por qué será que ya no me invitan como antes?».

Yo tengo un par de pistas para darte, pero antes te sugiero lo siguiente. Aprovechá los *black friday* de descuentos en productos para la casa y comprate un espejo, mami.

Nosotras tenemos un grupo de WhatsApp y organizamos juntadas. Para ver Netflix, por ejemplo, porque la mayoría somos mamás y no nos metemos en un bocliche (salvo que haya una suma de dinero por ir o esté Alejandro Sanz soltero y en pelotas).

También nos mandamos fotos, en su mayoría memes, tomándole el pelo a algún ex. El tamaño del pene es algo que se repite mucho en los chistes, también alguna foto o algún video de alguna vieja que se parece a nuestras suegras, vivas o muertas.

En un momento creo que fue el grupo de Whats App más concurrido por las pibas. Pero ese grupo se perdió, está último en la lista. Ya nadie escribe, salvo para hacer preguntas relacionadas con la vacuna del sarampión o alguna emergencia: «Me quedó un forro adentro, ¿voy al hospital o meto garfio de pirata?».

Y resulta que una de las pibas se puso de novia. Luego de tinderear como loca todo el año, encontró a su «príncipe azul». ¡Pooobreee! Lo único que tiene azul es la remera que usa para jugar al fútbol con su grupito de amigos. Pero ella está enamorada, y por supuesto nos pusimos contentas por ella.

Pero ¿es necesario desaparecer del mundo, creando una especie de enfermedad siamesa con tu pareja? Desapareció no solo de las reuniones «inocentes» que tenemos, sino directamente del grupo de Whats App.

Y la cara rota encima pasa factura, reclama que no se la invita. Y la

invitación le llega siempre a su teléfono. Lo que pasa es que ella siempre tiene una excusa elegante para decir que no.

«Hoy ceno con mis suegros.» (¡Ay, qué divertido, amiga! ¡Es un replan, eh!)

«Hoy es el acto de la sobrinita de él en el country.» (¿*What*?)

«Pedro está enfermo y lo voy a cuidar.»

Siempre tiene algún plan para no ir con nosotras a cualquier lugar.

«Bueno, chicas, me puse de novia. Las quiero ver a ustedes si se enamoran…»

No, mi amorrr, ya estuvimos de novias. De hecho, una está casada, pero no castrada. Y ya aprendimos que estar en pareja no es perder la libertad, tus planes, tus amigos. Estar en pareja es ESTAR EN PAREJA y punto.

Y si esa es la vida qué querés llevar, dale para adelante. Te queremos igual, pero, por lo menos, no reclames. Hacete cargo de que sos vos la que se cruza de vereda cuando nosotras estamos jugando a la mancha.

En mi larga experiencia con parejas aprendí que los chongos van y vienen. En cambio, las amigas y los amigos de verdad están siempre. En las malas, pero más en las buenas.

Tomate un ratito para pensar antes de reclamar, mirate al espejo y preguntale a esa bella cara que tenés:

A: ¿Mis amiguis me hicieron a un lado?
B: ¿O yo me corté solita?

Si elegiste la opción B, aún estás a tiempo de remediar tu error. Mandá un meme al WhatsApp. Tirá un plan de pochoclos y serie de Netflix, que ahí estaremos. Pero no cuando tu «príncipe de camiseta azul» juega al fútbol con sus amiguisss…

Porque ojalá sea el amor de tu vida y los entierren cual película de Disney, uno al lado del otro. Pero si en unos meses o años se separan, adiviná quién te va escuchar llorar como niña encaprichada por un huevo sorpresa… (Además de tu mamá, obvio.)

Nosotras, tus queridas amiguis…

Querida amiguis

La hipocondríaca

Estas líneas son para ti, que siempre somatizas todo lo que sucede a tu alrededor.

Amiguis, todos tenemos problemas, pero tú los absorbes cual Bob Esponja. Y tu cuerpis siempre reacciona con molestias o dolores que te impiden disfrutar tu vida normalmente.

Ver el noticiero, mínimo, te da acidez, dolor de cabeza y fractura de tibia y peroné.

Tienes que dar un final y flasheas gastritis, oclusión intestinal y desmayos repentinos en plena vía pública.

Tu madre te cuenta que la vecina toma pastillas anticonceptivas, pero igual le inflaron el bombis, y tú ya arrancas con falsos antojos, náuseas y tus pechos repletos de leche. Entonces vas a comprar un test de embarazo y te da negativo, tal como era lo esperado, pero igualmente tú pides turno con tu ginecóloga para que te ordene un análisis de sangre y confirmar si es varón o nena.

Padeces de otitis antes de tirarte al agua de cabeza. Eso te ha impedido desde tu tierna infancia meterte en el mar.

Te pica un mosquito y flasheas dengue.

Vas por la calle y te paras a acariciar a un hermoso gatito que sale de abajo de un auto, disfrutas de cada caricia que le brindas. Cuando el animal se aleja de ti, ya te empiezas a rascar tus partes, imaginando que esa pulga que tenía hace cría en tu cabello y, seguramente, terminarás pelada como el Indio Solari de los Redonditos de Ricota.

Amiguis, resetea el disco rígido y llénalo de mantras y pensamientos positivos. Repite conmigo: «Soy salud, soy luz».

Nam miojo rengue kio. Namasté.

Atte. Tu mejor amiguis.

Filosofía urbana

Gente que no

Gente que quiere enseñarte cómo criar a tus hijos.
Gente que habla mal de vos cuando te vas antes.
Gente que te dice que te ama, pero te caga.
Gente que se burla de tu apariencia física.
Gente que no se pone feliz por tus logros.
Gente que compite constantemente.
Gente que te valora por lo que tenés y no por lo que sos.
Gente que prejuzga sin conocer tu sacrificio.
Gente que está en las buenas siempre, y en las malas desaparece.
Gente que solo te escribe para Navidad.
Gente que pide constantemente y no te da nunca nada.
Gente que estaciona en tu garaje y se va a comprar al chino.
Gente que te dice «adelgazá que sos una ballena».
Gente que te dice «comé porque das asco».
Gente que miente.
Gente que utiliza la frase «te envidio sanamente».
Gente que promete, pero nunca cumple.
Gente con doble discurso.
Gente que incluso con paraguas camina pegada a la parecita.
Gente que no levanta la mierda de su perro y a vos te queda el estúpido consuelo de haberla pisado: dicen que trae dinero.
Gente a la que le afanaron de su diccionario las palabras «gracias», «por favor» y «perdón».
Gente que se caga en la senda peatonal cuando maneja.
Gente que no le da el asiento en el bondi a una viejita o a una embarazada.
Gente que te señala con el dedo.
Gente que levanta 100 mangos de la calle y se los guarda sin preguntar primero si son tuyos.
Gente que cuando estás en la lona no atiende el teléfono, pero cuando te empieza a ir bien, te llama para ver en qué le podés servir.
Gente que cierra la ventanilla cuando un nene de 6 años le pide una moneda.
Gente que odia a los animales.

Gente que utiliza la palabra «mogólico» como un insulto.

Gente que nunca regala lo que no usa y prefiere guardarlo.

Gente que dice «las minas son todas putas».

Gente que «hoy por ti y mañana por mí» se lo pasa por el opi.

Gente que no saluda a la mañana. Bue, gente que no saluda.

En fin, GENTE QUE NO.

Y me faltan miles de ejemplos. Solo tené en cuenta que esta gente siempre va a existir. Y seguramente te tire para atrás en cualquier cosa que hagas. Lo importante es que sepas detectarla para llenarte el cuerpo de vaselina y que resbale cuando pase por tu lado.

Cuidate mucho de esta gente porque, demás está decir, esta gente NO te va a cuidar.

A la gilada ni cabida. Vos mirala desde arriba.

Chongos

Que un pedo no te arruine la cita

Existe un lugar en Palermo que tiene mucha onda, y yo iba. Iban músicos, bailarines y se armaban *jams* en el escenario. Una tocada, una sapada, para ser bien argento. Y había una banda de músicos con mucha onda, que eran los fijos de ahí. Y a mí me ponés un bobo delante, con guitarra, bajo o cualquier instrumento colgado, y es como ponerle a Isa un huevo sorpresa de chocolate delante de sus ojos. ¡Me arrojo sobre ellos!

Iba todos los domingos a hacerme la linda. Y había fichado a tres. En esa época no era mamá, por ende, ¡mi cuerpis daba que hablar, eh! Estuve buena en una época.

Y ahí me tenías, abajo del escenario, cual fan de Justin Bieber, tratando de que me vieran.

Y me vio uno que me gustaba. Ese día me lo chapé. ¡Rápida yooo!

Y como ya lo conocía de hablar, y era conocido de otras amigas, un día me invita a comer fuera de ahí. ¿Adónde? A la casa… ¡Ay, Dios mío! ¡Qué nervios!

Me preparé todo el día, le conté a todas mis amigas que iba a la casa del bombón del boliche. Me acuerdo de que en esa época no había aplicaciones de celulares como el Waze o Google Maps, así que llegué preguntando a todos los taxistas que me cruzaba. La casa estaba en el bajo Flores.

Al fin llegué. Me temblaban las piernas. Nunca había ido a la casa de un pibe que había conocido en un boliche. (Mi viejo me dijo que estaba mal hacerlo sin antes pedir antecedentes jajajaja.)

El flaco me abre la puerta y me encuentro con un PH diviiinooo. Todo pintadito, decorado modo Utilísima. Las guitarras colgadas, música *cool*, onda Jamiroquai, esas cosas que yo no escucho. (Pero digo que me encantan para quedar bien con el pibe.)

Cuando llega el momento de comer, el pibe me había cocinado. «Nooo», pensé. «Chau, este se quiere casar.» Como otras veces, de entrada, ya flasheé hijos, familia… Y obvio, me vi cambiándole el color a una de las paredes de su hermoso PH. (El rosa fuerte no iba con él.)

Cuando me siento a comer en una mesita baja frente al sillón, pone los platos. ¡Ay, Dios mío! Se me llenó el asterisco de preguntas.

Había hecho hamburguesas de lentejas con ensalada de rúcula y para

tomar me ofreció birra. ¿Sabés la hinchazón que eso me da? Me vi inflada, llena de gases, al toque. Pero no podía decirle «no tengo hambre». Porque, de hecho, estaba cagada de hambre.

Comí, él también, y al rato…

Entre la posición de estar doblada al comer, más los nervios, más las lentejas y las hojas de la rúcula, mi panza comenzó a sonar.

Fui al baño a tirarme pedos. Recuerdo haberme puesto la toalla de mano sobre mi trompetero para que no sonaran.

Volví a sentarme rogando que no hubiera escuchado nada.

Él también se paró varias veces para ir al baño. Y no tiraba la cadena. Pensé: «Este va a introducirse cosas en sus fosas cual el Diego o la está pasando mal como yo».

La cuestión es que, al rato de hablar sin un solo beso, lo miraba y veía su incomodidad. Yo había ido con la panza chata chata, a lo Nicole Neumann, y ya estaba inflada como Carmen Barbieri.

Pensé «ojalá lo blanquee, así podemos descomprimir esta situación y avanzar». Pero no pasó.

El pibe transpiraba como testigo falso. Roja su cara, y la mía ni que hablar.

Me paré y le dije:

—¡Qué tarde, che!

Al toque él me dijo:

—La verdad que sí.

Me abrió la puerta y me fui.

Cuando me subí al auto, me tiré todos los flatos que alguien puede eliminar. Y no dudo que, del otro lado de la puerta de madera de su hermoso PH, ese bombón con guitarra colgando también lo estaba haciendo al ritmo de su música *cool*.

¡Mirá qué bosta! ¿No?

Nos perdimos ambos una noche de pasión e intercambio de ideas en su lecho del amor. ¿Y por qué? Por no blanquear «tengo pedos».

Soy partidaria de «legalizar el pedo». Es un tema tabú que arruina momentos por no blanquearlo.

Yo no digo que nos caguemos en la cara del otro, pero sí decir «oíme, tengo muchos gases porque las lentejas a mí me matan, a vos también por lo que veo, no entiendo por qué hiciste justo hoy esta comida, pero tirémonos cada uno en un rincón los pedos que guardamos dentro y después amémonos».

No pasó, y me parece que nunca va a pasar. Igual no pierdo las esperanzas de que algún día se legalice el pedo y se borre la frase falsa «las mujeres no se tiran pedos».

Un pedo puede salvar tus intestinos de una oclusión intestinal, pero también un pedo tirado en el momento justo puede abrirte el camino hacia

un encuentro feliz con un chongo.

La Sagrada Familia

Ser mamá

Si alguna vez dijiste «te dije que te ibas a caer», «tomá agua», «no toques eso».

Si tus hijos se fueron de vacaciones y lloraste los cinco primeros días.

Si escuchás un tema de amor y siempre ponés de protagonistas a tus hijos.

Si decís «quiero un tiempo para mí» y, cuando se van, no sabés qué hacer con tu tiempo libre.

Sos mamá.

Si saliste a comprarte un par de zapatos y volviste sin los zapatos, pero con medias y bombachas para tu niña.

Si una noche te dijeron «te odio por no dejarme salir» y al otro día te pidieron disculpas y vos las diste sin dudarlo.

Si tu cama nunca más fue TU cama.

Si muchas veces te quedaste despierta toda la madrugada solo para controlarle la fiebre.

Sos mamá.

Si viste Frozen mas de 56 veces.

Si tardás menos de cuatro minutos en bañarte y te enjuagás el pelo con los ojos abiertos para chequear qué esta haciendo.

Si escribiste el *Código da Vinci* completo al lado del pelotero.

Sos mamá.

Si estás corta de guita y te quedás con hambre para que ellos coman.

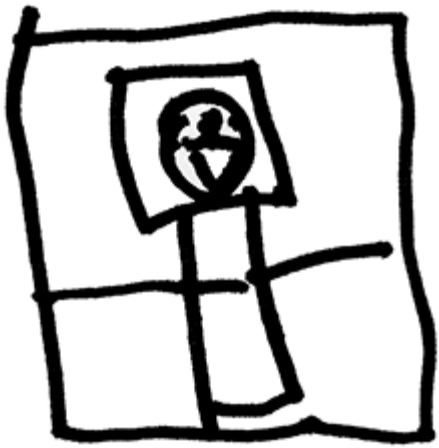
Si por cada lágrima que ellos sueltan sentís que se te desgarra el corazón.

Si te derretís cuando te dicen te amo.

Si das tu vida por ellos.

Sos mamá.

Semana 4



Que nadie te cague el lunes

Bendita guardia

Este lunes arrancamos tempranito: 2 a. m. en la guardia.

¡Ay, mis oídos, mamita! Nos parte el corazón a todas las madres ver sufrir a nuestros hijos. La envuelvo cual cebolla y la llevo a la guardia.

Siete lucardis pago por mes de obra social. A cambio, nos privamos de muchos placeres, como ir al cine, comprarnos una botita de moda en invierno, ir a algún barcito y tomarme una fresca o simplemente meter *delibery* cada vez que no tengo ganas de cocinar. Lo único que pido a cambio es que me atiendan antes de las tres horas de espera.

Una clínica más cheta que un *all inclusive* de Punta Cana, y ponés a atender solo a dos médicos en pleno invierno. ¿En serio? Hasta mi gato sabe que los niños se enferman dos veces por semana entre mayo y agosto.

Después de una larga espera con Isa dormida a upa, y recibiendo los virus de los demás niños presentes con sus madres en la sala de espera, logramos entrar al consultorio. La médica de guardia, una chica joven, muy joven, con cara de «quién me mandó a estudiar medicina», nos da la bienvenida.

—Carné por favor y numerito —dice de corrido, sin respirar ni mirarnos.

El numerito que me habían dado en la recepción se me había caído. No lo tenía.

—Uh, no lo tengo…

—No la puedo atender —me dice.

—¿What? Hace tres horas que espero… Se me cayó.

—Necesito el papelito —repite.

—Y yo necesito que atiendas a mi nena, por favor. Salí a la puerta y preguntá si alguien tiene ese número y tema solucionado.

—No puedo, señora. Necesito el papelito.

—No perdamos más el tiempo, que hay veinticinco madres afuera que te van a saltar a la yugular a vos y a mí si no salgo rápido.

—No puedo —me dice.

Entiendo que hacer guardia debe ser un pijazo, en un hospital, en una clínica o donde garompa sea. Pero yo no tengo la culpa de que estés ahí, vos lo elegiste. No te pido que me recibas con globos de las princesas de Disney, pero por lo menos ponete media pila. Tengo a la nena dormida en

brazos y mis bíceps ya tienen el tamaño de las piernas de Rambo. ¡Atendé a la nena!

Pero no la atendió. Tuve que ir hasta la recepción y amenazar de muerte rápida al chico que bostezaba detrás del escritorio. Me miraba con una sonrisa socarrona que generaba que todos mis intestinos se anudaran como mis piernas cuando bailo bachata.

En ese instante invoqué a Dios y le pedí que me llenara la cara de sonrisas. Con la ternura de un osito cariñoso, le dije al recepcionista:

—¿Sería usted tan amable de volver a imprimirme el papelito que perdí para entregárselo a la doctora de guardia y que así pueda atender a mi hija? Porfis… Encima me estoy haciendo caca y no puedo hacer en otro baño que no sea el de mi casa.

El recepcionista esbozó una sonrisa y me dijo:

—Mi novia es igual, no hace si no es en casa. Ya te lo imprimo.

Ganas de romper la clínica entera no me faltaron, pero ¿ven? Con una sonrisa, aunque no la merezcan, a veces se logra lo imposible.

Que nadie te cague el lunes, ni siquiera la médica de guardia ni el recepcionista de la clínica más cheta de tu barrio.

Casi pero no

Por culpa de Jennifer López

—Viene Marc Anthony a la Argentina —me dice una amiga.

—Wouuu. ¿Y? ¡No me puedo pagar la entrada! —le digo.

—Nooo, boluda. No viene a cantar, va a hacer un *casting* de cantantes.

—Bue… Marc Antony, salsa… Me encanta, pero yo tengo menos sabor en mi vida… No quedo ni loca.

—Tenés que ir, porque buscan cantantes locales, de Sudamérica, que representen la música de su país.

—Apaaa —dije yo—. ¡Entonces voy!

Removí cielo y tierra para llegar al contacto del que hacía el *casting*. Y lo conseguí.

Una vieja argolluda, mala onda. Si hablando por teléfono era tan despreciable, no imagino lo que sería en persona. Pero yo suelo ponerle mucha onda a la gente que me cae como el ojete y después terminan queriéndome. No sería el caso de esta vieja, pero igual le puse toda la onda. Y me dejó ir al *casting*.

Fui como siempre muy producida… ¡Mentiraaa! Me clavé mi histórico jean, mis zapas de siempre y me tiré mucho rimel. ¡Maquillada doy un 8, eh!

Entro al *casting*… Todos cantando salsa… ¡y cómo cantaban!

Recuerdo a una pelirroja con unos rulos tremendos, muy Patricia Sosa, con unas caderas repletas de sabor… Cantó una de Marc Antony, otra de su entonces mujer Jennifer López y después un bolero. La rompió, y me miraba de *coté*, cual… «mirá cómo se canta, enana».

Yo pensé: «Uh, me rebuscaste y la vas a tener toda». Odio esas minas que compiten. Aunque el *casting* es una competencia, no lo demuestres así…

«Cuando esta termina, me toca a mí. Es ahora, es ahora. Tengo que romperla», flasheé.

Recuerdo que canté delante de una cámara que casi se metía en mi nariz. Canté «Naranjo en flor».

De lejos, la pelirroja me miraba con desagrado. La vieja del *casting* debería estar escuchando el partido en ese momento. Pero yo cerré los ojos e imaginé a Marc Antony escuchándome en una cabaña, al lado de un hogar. En bolas, obvio. Y a J.Lo haciéndole una escena de celos conmigo…

Y no estaría tan lejos, ¿eh? No digo lo de estar en bolas, sino que él me escuchara. Porque resulta que él sí me escuchó, y un mes después me tomó un *casting*… ¡Marc Antony en persona!

¡Ay, la sensación de estar cantándole a él ahí… y que me aplaudiera! ¡Que supiera que me llamo Daniela, Dios mío!

La otra también estaba ahí, J.Lo. Y ella no me miró ni un instante. Se fue mientras yo cantaba. ¡Típico! Envidia de mis curvas seguramente, de mi dinero, y bue, ¿para qué seguir?

A los cinco meses yo hablaba todos los días por Skype con dos productores, un americano y un colombiano. Renové el pasaporte. Iba a terapia muy seguido, porque ¿sabés qué? ¡Había quedado elegida para viajar a Las Vegas como representante de la Argentina! ¡Representante de tango! Iba a ser parte de un *reality* que terminaría en un mega espectáculo en Las Vegas. Los ensayos se iban a hacer en Los Ángeles. ¿Whattt?

Esos cinco meses de espera y preparación fueron un flash. Imaginate… La piba de Boulogne, que nunca se había quedado a dormir en la casa de nadie, se subía a una violenta clase turista y se iba a Los Ángeles, nada más y nada menos que con Marc Antony (a ella no la quiero nada jajaja).

Hasta que un día suena mi celular… Yo estaba en Monte Grande, en la casa de una amiga. Era de Endemol, una productora de acá que colaboraba con ellos en la organización y no sé qué más. La mina me dice lo siguiente:

—Hola, Daniela. Mañana tenés que ir a sacar la visa para viajar…

—Yo no necesito visa, tengo pasaporte europeo… —le contesto subida a la loma.

Y la chica me responde:

—A ver… Dejame ver, y al toque te llamo.

Nunca más me volvió a llamar. Nunca. Nunca más, ¿entendés?

¡Cómo puteé! ¡Cómo lloré! ¡Qué impotencia! ¡Qué dolor! Hasta había llevado a mi perro a una guardería para que se quedara a vivir todo ese tiempo con una familia amiga.

Mis viejos trataban de hacerse los felices, pero estaban destrozados desde hacía cinco meses.

Me había depilado, me dejé de comer las uñas, me puse a estudiar inglés, empecé a pronunciar las eses. ¡Estaba muy ilusionada!

Llamé a los productores americanos con los que había hablado.

—¿Qué mierda pasó? —les pregunté en mi inglés pedorro, entre flema y flema, entre moco y moco, y llena de odio.

—Él te eligió, pero ella no… —me contestaron.

Desde ese momento, nunca más tarareé «No me ames». Bueno, en realidad sí. Sólo la parte de él. La de ella la anulé.

¡Casi pero no!

Me indigna

Reírse de otro

«Eh, ¿qué te hiciste en el pelo? ¡Ese flequillo te resalta bastante la nariz! Te falta una materia y sos Pinocho…»

«Che, andás flojita de piernas… Metele ritmo al bife de chorizo, porque un viento fuerte… ¡y nos vimos en Disney!»

«¿Ese vestido lo compraste en Pompis? ¿Alguna otra marca de niños? ¿Porque no hay de tu talle no?»

«Ay, tus dientes… ¿Para cuándo ordenamos el comedor? ¡Tenés la heladera en la pieza!»

«¡Hay que cogerse a ese pibe, eh! ¡Vos sí que tenés estómago!»

«Che, tu nena es divinaaa, pero ¿cómo la dejás ponerse un vestido arriba de calzas y sandalias con medias? ¡Es la Floricienta del conurbano!»

Esto delante de todos… de todos los que están sentados alrededor de una mesa compartiendo un asado.

Cuando escucho el primer comentario, me río, porque yo me río de mí misma. Al segundo, ya mi risa se achicó como su pene debajo de la ducha con agua caliente. Y al tercero… ¡ya basta! ¿Vos ves que me estoy riendo? ¿Alguien se ríe, además de vos, de esos chistes? ¡No! ¡Entonces pará!

¿Cuál es el límite de reírse del otro y no con el otro?

Entiendo que en los grupos de amigos varones muchos tengan este humor de bardeo asesino y que yo muchas veces me comporto como un varoncito. Pero ya, ¿sí?

No solo me pasa a mí, vi padecer a varias víctimas de esta gente. Y hasta a veces es un familiar tuyo el que hace este tipo de chistes, alguien a quien le parece súper gracioso bardearte delante de los demás.

Yo no sé si esto pasa en otros países, en otros lugares del mundo. ¡Tengo menos viaje! Pero esta manía de ir por la calle mirando y riéndose del otro es muy argentina, ¿o no?

«Mirá ese gordo… no se puede ni mover.»

«¡Cómo le va a poner eso a la hija! ¡Qué ridícula!»

Y me parece que tirar abajo esta pésima costumbre empieza por casa. Por cómo nos educan, lo que vemos y escuchamos desde pibes.

El otro día llevaba a Isa al jardín. Caminando, porque la nafta está muy cara. Siempre vamos charlando. Y me dice:

—Mami, mirá tu pelo. ¡Estás despeinada! Parecés mi compañero

Mateo…

—¿Por qué Mateo? —le pregunto.

—Porque Mateo cada vez que sale al patio viene todo despeinado y transpirado, y todos le decimos «Mateo el despeinado». Es regracioso.

Giro mi cabeza cual el exorcismo de Emily Rose, y la miro fijo. Ahí ella, que la tiene más que clara, se da cuenta de que se viene un sermón. Entonces se adelanta y me dice:

—Pero yo no me río, eh…

Le digo:

—Yo sé que te reís, Isabella. Y te pregunto algo… ¿Mateo se ríe con ustedes cuando lo cargan por su pelo?

—No, mami. Se enoja.

—Entonces dejá de reírte. Acercate y ayudalo a peinarse. Porque algún día vas a caerte, o te vas a despeinar, o no te va a salir una palabra, o se te va a caer un vaso de leche en el jardín y Mateo se va a reír… ¿Y a vos te va a gustar?

—No, mami…

—Reíte si a él le parece divertido, de lo contrario no te rías de él.

Creo que fue mucha información para sus cortos cinco años. A veces siento que no entiende lo que le digo. Pero sí entiende.

Yo salía con un flaco que tenía un hijo adolescente. Recuerdo que estábamos en la playa. Necochea, las mejores playas de nuestro país. Yo estaba tirada como una morsa asesina, encallada en la arena, disfrutando del sol, y escuchaba a cada rato.

—Mirá, papi. Ese gordo se va a tirar a la pileta del balneario y la va a vaciar.

Y a los diez minutos:

—Mirá, papi. Ese pibe juega en la hamaca… Parece que tiene 8 el pelotudo.

Al décimo comentario, el padre lo mira y le dice:

—Basta, Fernando. Dejá de hablar así. ¿Por qué te reís de la gente?

Cuando el pibe se para y se aleja hacia el mar, me dirijo al pelotudo de mi ex y le digo:

—El nene repite lo que vos hacés, que delirás a todos tus amigos. Te escucha cuando me decís que tengo celulitis, que la señora de la carpa de al lado no para de comer tortas fritas y otros desagradables comentarios que hacés. Fácil, tu hijo repite. Y ahora que ya tiene 14, se complica bastante enseñarle que no está bueno. Aunque no es imposible… Pero si yo fuese el pibe, te preguntaría: «¿Por qué vos sí podés hacerlo, papi, y yo no?».

Ese nene y muchas personas más, la mayoría adultos, seguramente son los que en una fiesta se sientan a criticar los vestidos, los pasos que tiran en la pista, a los tíos del campo. Y muchos de ellos son los que entran a

una red social solo para agredir o criticar. Dan vergüenza.

Querida amiguis

La superada

Estas líneas son para ti que acabas de separarte y has pasado de desaparecer como Houdini de todos los grupos de WhatsApp a ser la RR.PP. de todos los bares y boliches de la *city* porteña.

Amiguis, yo no te digo que te tomes el duelo, como lo hice yo, a pura pizza, helado y Netflix, viendo una serie de cuatro temporadas por semana, pero tampoco el otro extremo… a puro birra, fernet y tequilazo, y toda clase de chongos y chongas que te hagan cubrir el vacío que hay en ti.

Hoy lunes, ya tienes armado un *tour* bolichero de cinco noches. No hay pera que resista. Y arrancas con un desayuno de jugo de naranja con vodka a las 9 a. m. y a la salida del laburo, a las 17 horas, ya estás golpeando enfurecida la puerta del bar que yace a la vuelta de tu laburo, donde asistes de manera vitalicia a sus *after office*.

Te sugiero que bajes un cambio, antes de que termines dándote de frente contra una cabina de peaje.

Dispón de cinco minutos, tómate un té y reencuéntrate contigo misma.

Permítete ese llanto liberador para vaciar esa angustia que te colma y así puedas llenarte de nuevas alegrías.

Te recomiendo que no saltees los dramas, las películas de desamor basadas en hechos reales, para poder llevar a cabo esa catarsis que tu corazón está necesitando.

Una vez realizado el proceso curativo, me llamas y nos la damos en el fémur.

Atte. Tu mejor amiguis.

Filosofía urbana

Todo vuelve

Ya es de público conocimiento que arranqué a hacer videos porque me quedé sin laburo. La radio se vendió y, de repente, los exdueños regresaron a España y yo a mi casa. Con una nena de 2 años y sin un mango encima, porque acabábamos de mudarnos a nuestra casita. Habíamos comprado hasta la canilla del lavadero en doce cuotas. La historia de la mayoría, ¿o no?

La desesperación me llevó a mandar treinta mails por día. Llamaba a todos y a cada una de las radios, gerentes, recepcionistas… A todos los contactos que algún día tuve al pertenecer a ese mundo. Y te juro, salvo uno o dos, nadie me contestaba. No me atendían.

¿Viste que cuando te quedás sin trabajo parece que tenés una enfermedad que se contagia telefónicamente? ¡Bueno, así era! Los que antes me decían «sos una capa», «qué genia, Chepi» nunca más contestaron un mensaje. ¡Desesperante!

Yo pensaba «mi nena… ¿quién le va a dar de morfar?». La desesperación de toda madre, de todo padre cuando estas cosas suceden.

Me puse a hacer espejos artesanales. Mi amiga Xue me metió a laburar de moza en la pizzería donde ella era recepcionista. ¡Ay, qué mal la pasé, Dios mío! Nunca pensé que sería tan difícil recordar un pedido. De la mesa al mostrador había solo diez pasos y yo me olvidaba de lo que me encargaban los clientes. La gente a veces es cruel y algunos me deliraban. El dueño de la pizzería era italiano, no le entendía un choto cuando me hablaba. Por eso, si sos mesera y estás leyendo esta página, ¡te admiro, loquita!

Y un día me entero de que hay un *casting*. Fui y… ¡quedé! No podía creerlo. Cacho Castaña me eligió para cantar con él en su bar. Wouuu, Cacho, el ídolo de mi viejo. El tipo al que mi viejo me hacía escuchar de chica y analizar sus canciones. ¡Y de repente estaba cantando con el chabón! Delante de Susana Giménez, Marley, Tete Coustarot… No podía creerlo. ¡Y la gente me aplaudía!

Y al mes, me llaman de una de las radios en la que había insistido tanto. Creo que les gané por ser insistente. A lo mejor se cansaron y al fin me contestaron.

Y después de otra. De repente, pasé de no tener ningún trabajo a estar

haciendo de todo. Después de dos años de desgracia, frustración y enojo, ¡se me dio! ¿Y sabés cuándo se me dio? Cuando dejé de quejarme y llorar por la situación.

Cuando me levanté de la cama y dije: «Pará, loca. Relajemos, riámonos de esto». Sí, empecé a reírme de mi situación, que seguramente era parecida a la que fue o es la tuya.

Acostada en la cama, llorando, no iba a venir la solución a sorprenderme. Empecé a pensar: «Yo quiero hacer esto y lo voy a lograr».

Y yo no soy una acomodada, ni mostré mi poco culo para lograrlo. Me lo propuse y, con ingenio y mucho esfuerzo, lo hice. Siempre saliendo del enojo y de la frase que todos hemos dicho alguna vez: «¿Por qué a mí?». «¿Y por qué a mí no?», sería la pregunta. ¿Por qué no me puede pasar lo que a él o a ella les pasa? Digo lo bueno, no lo malo.

Y me paré y lo busqué.

Al tiempo, suena el teléfono. Era un tipo que me había cerrado la puerta en la cara (no literalmente, pero maso). Reapareció con esto:

—Chepi querida, vi que estás cantando con Cacho y que la estás rompiendo en las redes. Tengo una banda, ¿me hacés la promo? Son pibes que están empezando…

¡Ay, qué satisfacción escuchar eso! Ahora era él quien me necesitaba… ¡Y qué ganas de mandarlo a cagar! ¡Qué ganas de decirle: «Ay, qué pena, pero no puedo… ¿Te acordás de cuando me cerraste la puerta en la cara?».

Pero no. ¿Sabés qué hice? Dejé la sed de venganza a un costado y le dije:

—Claro, con gusto lo hago. Porque esos pibes seguramente están tocando puertas como yo alguna vez toqué la tuya pidiendo laburo. Claro que lo voy a hacer.

Nunca más me llamó. La promo no se hizo. Posiblemente porque al vago no le gustó dejar de ser el poderoso y escuchar «ahora me necesitás vos a mí». Su ego y su machismo no se lo permitieron.

Allá él. Por mi parte, ¡qué placer constatar que la frase que le escuché decir muchas veces a mi vieja, «todo vuelve», se cumple posta. ¿O no?

Y lo que mejor me hizo sentir: no le pagué con la misma moneda, pero le recordé que pudo haberme dado una mano cuando lo necesitaba y no lo hizo.

Chongos

Los celos, una enfermedad curable

Tenía un 147 blanco, divino, que yo amaba con locura. Era mi autito y se llamaba Beto por mi viejo… (¡cuántos problemas no resueltos!, ¿no?). En fin, iba a todos lados con mi autito, pero ya estaba medio cachuso.

Un día se me quedó en Palermo. Justo a una cuadra de un telo. Un telo al que yo había ido en varias oportunidades con algún noviecito de Capital que tuve. Esos telos de emergencia a los que uno va en un momento de desesperación. (Esos momentos que ya no tengo desde que nació Isa.)

En esa época no había WhatsApp ni la movida de «todo lo resuelvo desde el celu», así que me bajé y caminé hasta el telo.

Le pedí al conserje si podía llamar al seguro para que me acarrearan a Beto. Y lo hizo. Claro, me conocía el vago jajaja. Eso quedó como una anécdota que conté varias veces, onda «chistosa».

Mucho tiempo después, ya entradita en años, me pongo de novia con un pibe y le cuento esta anécdota. De manera graciosa, con la única función de que se ría conmigo. Pero no se rio, se puso muy mal.

Te preguntarás por qué. Porque resulta que habíamos pasado por ese telo con el auto, como todo el mundo que va por esa calle. Es posible que él también haya ido alguna vez… Bueno, la cuestión es que me hizo un escándalo. En un momento me llegó a decir lo siguiente:

—Yo me acuerdo de ese día que fuimos a comer a plaza Serrano y recuerdo perfectamente que miraste hacia el telo y esbozaste una sonrisa…

¿What? ¿En serio?

Una hora y media explicándole que no pasó eso. Dos días sin hablarnos. Le rogué que entendiera que no fue así. Pero él arrancó a fabular situaciones con ese telo. Relacionaba cualquier video que yo hacía con ese lugar, cualquier cruce de miradas con amigas, y demás pelotudeces. ¡Un maldito celoso!

Una piensa qué le pasa por la cabeza a una persona celosa. Nunca lo sabrás. Son predecibles: vos ya te imaginás lo que se viene, qué te va a decir a partir de ciertas situaciones.

Una dice: «Pero si yo no le doy motivos… Si no hice nada… No tengo intenciones de cagarlo, no estoy dejándolo de lado…». ¿Qué le pasa? Y te desespera, te da impotencia. Te enferman esos minutos, horas y hasta días enteros en los que se ofende por celos.

Le pasa inseguridad por sus venas. Ese miedo inexplicable de quedarse afuera, de que quieran más a otro que a él.

Andá a saber qué relación tendrá con sus padres, o de qué relación viene. Y ahí arrancás haciéndote cargo, pensando «pobre, voy a tratar de explicarle que está equivocado, que no lo hice a propósito».

La verdad es que, aunque te esfuerces en incluirlo, en hacerle sentir que también es una persona súper importante en tu vida, en convencerlo de que no lo invitaste esa tarde porque querías estar con tu amiga sola, que no te pusiste ese jean para calentar a alguien sino porque te gusta… No lo va a entender.

Y así podría seguir dándote más ejemplos. Seguro viviste este tipo de celos alguna vez y sabés que, le digas lo que le digas, no va a entenderlo nunca. Y vos igual pensás: «Pero yo lo amo y no me quiero alejar. ¡Quiero ayudarlo!».

Hay una sola manera de solucionar este tema, si es que la persona se hace cargo de lo que le pasa, de que tiene un problema. Se soluciona con TE-RA-PIA. Tres sílabas básicas.

Y hasta que no haga terapia, lo único que te pasará con él es que sufrirás eternamente tratando de hacerle entender algo que nunca entenderá. Porque el celoso solo ve lo que quiere ver, por más que le estés mostrando una foto y le expliques:

—Ese de la foto que me abraza es mi hermano, ¿no lo ves?

Y él te va a decir algo por el estilo:

—Sí, pero el de al lado te mira con ganas el culo.

—Está mirando a la hija, que está abajo y no salió en la foto… —le decís.

—Mentira, te tiene ganas y vos estás sacando el culo… —puede llegar a retrucarte.

Será una conversación interminable y desgastante. Imposible.

Puede curarse, porque realmente es una enfermedad. Y en ese sentido, escuché muchas veces decir que «el que más sufre es él». Y sí, puede ser…

El celoso sufre imaginando algo que no existe, pero vos también sufrís, y mucho. Sentirte culpable de un crimen que no cometiste es una sensación horrible e injusta, que seguro no merecés.

«¡Salí de ahí, maravilla!», diría un amigo. Por lo menos, hasta que se cure, si es que se hace cargo. Quién te dice, en diez años se cruzan de nuevo y arrancan otra vez la relación.

La Sagrada Familia

Hija de padres separados

Ya llevo medio departamento gastado en terapia con este tema. Dicen que cuanto más crecen los pibes, más grandes son los problemas. No es un consuelo esa frase de otros padres.

Me separé del padre de Isa cuando ella era una beba, así que Isa se crio con una realidad distinta a la de varias de sus amiguitas.

Tiene dos casas, la de mamá y la de papá. Ella va a lo de su papá dos días en la semana, y el resto está conmigo.

Hasta los 3 años, más o menos, fue una niña con esta rutina, pero cuando cumplió 4, apaaa, parece haber sido abducida por una nave llamada «manipulación». Esto lo entendí en mi bella y codiciada TERAPIA.

Todos los martes lo primero que hablo en terapia es de algún tipo de reacción de Isa que me deja boquiabierta. Y había algo que no podía manejar. No sabía si estaba haciendo bien las cosas. Bueno, la realidad era que ella me estaba manejando a mí.

Te doy un ejemplo, seguramente te pasa o te pasó.

Estábamos en un local al que siempre vamos a comprar alguna tontería para la casa: un adornito, un portarretratos, esas cosas que nos encantan para seguir poniendo en un depto. donde ya no entrás ni vos.

Estaba eligiendo una maseta, e Isa viene corriendo con un manojo de sorbetes con dibujos de Pony, seguramente importados, que salían más caros que la maceta de porcelana.

Isa me mira y me dice:

—¿Me comprás estos, ma?

Giro mi cabeza y mirándola fijo le digo:

—¡No! Ya te compré recién juguito y papitas.

Primero eligió poner la cara de un cachorro *goldem retriever* y me dijo:

—Porfa, ma.

Volví a girar mi cabeza y le dije nuevamente, muy seria:

—¡No, Isa!

Ahora eligió otra cara, la de odio, y me dijo:

—No me importa, ¿sabés? Me lo compra Pame, la novia de papá. Ella tiene plata, más que vos, y me compra lo que quiero.

¡Ay, Dios mío! Fue un puñal en mi pecho… Pero le volví a decir que no se lo compraba, ya al borde del enojo. Entonces optó por llorar y patalear

frente a la vendedora. Un verdadero escándalo.

Y adiviná qué hizo la mami…

¡Se lo compré! ¿Adivinaste?

¿Para qué mierda le compré diez sorbetes importados que pagué un huevo de codorniz? ¡Pero ella estaba feliz!

La llevé al jardín, y a la salida me dice:

—Mami, ¿me comprás una sorpresa?

Le dije que no, muy firme. Y volvió a hacer un berrinche. Esta vez la escena completa, a lo Norma Leandro, como gran actriz que es. Y encima utilizó esta frase:

—¡Llamá a mi papá! ¡Quiero que me busque él y me quiero ir a su casa, no quiero estar más con vos!

¿Y que hizo la mami? Adiviná…

Sí, le compré el maldito huevo sorpresa que trae un juguete con el que nunca en la vida ningún pendejo vuelve a jugar.

Estas situaciones se repitieron varias veces. Demasiadas. Acompañadas de este tipo de comentarios:

«Papi me lleva a McDonald's… ¿Podemos ir también?»

«Papi me sigue dando mema… ¿Me das mema?»

«Papi esto…» «Papi lo otro…»

Me rompía los ovarios escuchar estas frases y ver que cada vez que le decía NO, ella utilizaba esta estrategia para conseguir lo que quería.

Isa ya entendía bien cómo era el juego: «Si lloro o le digo que la novia de papá o papá me lo compran, mi vieja me lo da al toque. Voy a seguir por ahí».

Y es todo un ejercicio decirles que no. Es un ejercicio constante tratar de salir de las garras de la estrategia manipuladora de nuestros niños. Pero hay que salir, sobre todo por ellos.

Como madres, queremos que nada les falte y que sonrían con nosotras siempre. Cumplimos sus caprichos porque queremos que nos amen con locura y ser las heroínas, las más geniales del universo. Pero si les consentimos todo, y encima por miedo a perderlos o a que no nos quieran, no les estamos haciendo un favor.

A los 4 años, el capricho es un huevo sorpresa. Mañana puede ser un jean, al rato un auto y a los 18… ¡te embarga la casa para irse a New York con los amigos!

Semana 5

Que nadie te cague el lunes

En la dulce espera

Levantá la mano si sos mamá y estás leyendo esto. Ahora apoyá el libro en tus rodillas. Levantá la otra mano si tu hija o tu hijo va a un estatal y dos veces por semana, por lo menos, abrís el chat de «Mamis del jardín» y te encontrás con este tipo de noticias:

«No hay clases porque no hay agua…»

«No hay clases porque no hay luz…»

«No hay clases porque no hay transporte…»

En fin… no hay clases.

Vos, querida mami, te anotaste en un papelito que pegaste en la heladera todo lo que ibas a hacer hoy, lunes. En esas cuatro horas que la niña iba a jugar en el jardín, vos ibas hasta a depilarte la cueva con la cera que tenés en la alacena de la cocina. Y te encontrás con esta novedad.

Decís: «¡Apa! Tengo dos caminos…».

Uno: dejás todo para mañana, lo cual te complicaría un poco, ya que el martes tenés un turno para hacerte la mamografía…

Dos: hacés todo con la nena.

Elegís la segunda opción.

11 a. m. ya estás en la puerta de Edenor. Delante tenés setenta números. Hace 32 grados de temperatura y no da esperar en la vereda. Tampoco salir de ahí y matar el tiempo de espera caminando por el centro comercial cercano al establecimiento. Por dos motivos.

Uno: puede ser que alguien se canse de esperar como un pelotudo y se vaya.

Dos: caminar por el centro comercial es una misión suicida. Tu hija seguramente te pedirá un helado, agua, otra agua, otro helado, upa, otro helado y un agua más. Costo: varios billetes y la cintura destrozada en menos de cinco minutos.

Mejor esperás adentro.

A los tres minutos de haber apoyado tus nalgas en la silla fría de plástico típicas de este tipo de organismos, tu hija ya está aburrida.

Le das el celular para que se entretenga.

Le das tu billetera para que juegue al supermercado con los billetes y las tarjetas.

Le das tus anillos y pulseras para que juegue a ser una princesa.

Falta que te saques el corpiño y flashee pirata, con su parche de *push up*.

Por fin llega tu turno. Estás más estresada que la orca de Mundo Marino, pero igualmente le ponés toda la onda.

La señora que te atiende —entre 50 y 60 años— te pregunta en qué te puede ayudar. Mientras tu hija te interrumpe incansablemente, vos tratás de resumirle el reclamo. Pero ella está más pendiente de que tu nena no le toque sus preciadas lapiceras descartables. A la mitad del relato, ella también te interrumpe, pero no para darte una solución, sino para decirte que la nena no le toque las biromes.

Le llamás la atención a tu hija. Le volvés a dar tu celular para que se entretenga los cinco minutos que durará esa agradable charla. La nena vuelve a tocar la birome sin tapa y chupada que se ve que la señora aprecia tanto.

—Si no puede controlar a su hija, le voy a pedir que haga el reclamo telefónicamente, señora —me dice con tono imperativo.

¡Para qué! Te está tocando una birome del orto, no está prendiendo fuego el edificio, cosa que estaríamos encantados de hacer las setenta personas que llevamos acá adentro casi una quincena. Encima tenés una cadenita con cinco muñequitos de oro que delatan tu familia numerosa. Vos también sos mamá y sabés que lo que me estás planteando es una terrible pelotudez. Entonces jugá un rato para mi equipo y terminemos con esta agonía.

Me mata la gente que sentencia a una madre de «mal educar a sus hijos» cuando lo único que ocurrió fue ver a un niño aburrido intentando jugar con una birome. No con la cartera de la gerenta de tesorería del banco. Una birome. ¿En serio?

Recordemos que alguna vez todos fuimos niños. Si nos cuesta esperar a nosotros, los adultos, ¡qué tortura debe ser para un menor!

Esto se soluciona fácilmente.

1- No me cortes más la luz del jardín de infantes, así vengo sola.

2- Poneme un pelotero en cada organismo de mierda del Estado.

3- Meté un recambio de personal. Hay ciertas personas que están más para comentar un chimento de la tele que para atender a otros seres humanos.

Y así ayudarían a que el mundo fuera un lugar más agradable para todos.

¡Feliz espera y que nadie te cague el lunes!

Casi pero no

Un lobo vestido de cordero

Una vez me enamoré perdidamente de un flaco que era todo para mí. Obviamente no era mamá aún (el sentimiento hubiera sido otro). Posta sentía que era todo para mí.

Hablábamos por horas como amigos y después la seguíamos por teléfono. Algo que nunca me pasó con un tipo. Comíamos juntos, nos bañábamos juntos, salíamos juntos, algo que tampoco es común en mí porque soy bastante independiente y me gusta tener mi espacio. Pero con él era como una droga. Lo necesitaba conmigo siempre. Tenía una adición por su cuerpisss.

Y un día me animé y le dije:

—Quiero que vengas a vivir a mi casa.

Y el dijo que sí. Agarramos sus cosas y, como dos adolescentes, las mudamos en su auto y en el mío.

Cuando se enteró mi vieja…

—Danielaaa, ¿vos estás en pedo? ¡No aprendés más! Esperá un poco más, esperá un año por lo menos… ¡Hace cinco meses que lo conocés!

—Ay, mamá —le dije yo—, vos no lo conocés. Es un sol de persona. Mirá, con él me volvería a casar…

—Pero Daniela, ni siquiera tiene trabajo, lo mantienen los padres…

—¡Qué tiene que ver! Lo amo perdidamente, y además esta es mi casa y hago lo que quiero.

Claro, después de haber pasado una vida prácticamente castrada en la casa de mis viejos, más tres años casada con un castrador como mi papá, me sentía como un cachorro al que soltaban en la plaza. ¡Libre!

Y se vino a vivir conmigo.

Pero no se trajo todo, y eso me hacía un poco de ruido. La excusa que puso es que, como tenía que devolverle el auto a su mamá (estamos hablando de un pibe que me llevaba siete años, y yo tenía 28 ya…), no podía cargar todo y no quería pagar un flete. Me dijo que con el correr de los días las iba a ir trayendo.

No le di mucha importancia y viví el momento.

Se levantaba a la mañana y me hacía el café para que yo me fuera a trabajar a la radio. Volvía y me hacía el almuerzo. Paseaba a mi perro. Hacía la cama. Para mí todo era romántico e ideal.

Hasta que engancha un laburo en un gimnasio. Tenía que manejar el Facebook del lugar haciendo promociones y cosas creativas que llamaran la atención de más clientes. Y como yo necesitaba el auto para ir a laburar hasta el centro, muy temprano, él se iba en tren.

En esa época no existía la gloriosa SUBE, había que tener monedas para sacar el boleto en la máquina. Entonces siempre me pedía cambio. Bien pelotuda como suelo ser, yo le daba las monedas para el viaje. Obvio, se acostumbró, y él mismo sacaba las monedas directamente de la lata de galletitas, donde yo guardaba monedas para ahorrar.

Al mes, ya casi no había monedas. ¡Cuánto viaje metía este pibe! Desaparecían. Me hacía ruido, pero me ganaba el amor ciego que tenía por este espécimen hermoso que se me había cruzado por delante.

Todo era perfecto, pero sus cosas seguían en su departamento. Así que un día nos sentamos a comer en el piso (yo aún no tenía mesa), y le pedí que trajera sus cosas y que, como sus padres lo ayudaban, viera la manera de que la guita del alquiler que le pagaban cuando vivía solo se la dieran a él. Así, de paso cañazo, colaboraba comprando, aunque solo fuera, un tomate cherry para alguna de las cuatro comidas diarias.

Pero me dijo que no, que le daba vergüenza. Que aún no quería decirles a sus viejos que vivía conmigo.

Otro ruidazo en mi cabeza.

Pasó una semana y volvimos a hablar del tema. Y él me dijo que quería traer todas sus cosas, pero que no tenía el dinero. Así que yo, muy amablemente, le propuse:

—Hagamos una cosa… Yo pago el flete con parte de mis ahorros.

Me trepé en la cama y saqué del placar, de mi escondite, un par de pesos y volví a guardar el resto de mis ahorritos, que no eran muchos. Pero con el dólar a 15, eran mucho más que ahora. Le di la plata y nos fuimos a dormir.

Al otro día, cuando vuelvo del trabajo, él estaba esperándome con la cara de Winnie Pooh. Pensé «ok, murió alguien, entró mi viejo y lo amenazó, llamó mi mamá y le contó todas sus anécdotas por teléfono…».

Así, como si nada y de la nada, me dice que lo pensó bien y que no va a traerse sus cosas, que fue todo muy rápido y que prefiere esperar. Es más, me dijo que necesitaba un tiempo para estar sin mí y pensar qué quería hacer de su vida.

Me explotó el alma como un Chaski Boom en Navidad. Sentía que la parca me había venido a buscar y que yo no estaba lista aún. Se me derrumbó el castillito de arena que había construido a los ocho con mi viejo en una de las pocas vacaciones que tuvimos. ¡Noooo! Lloré como en telenovela venezolana. No sentía mis piernas, me quedé sin aire.

—No podés hacerme esto —le dije.

Él, frío como nunca lo había visto antes, me dice:

—Ahí te hice unas milanesas para que comas, yo me voy.

¡Mila que? ¿Hay una cámara oculta? ¿Es una joda? ¡Metete las milanesas en el ojete y explicame qué onda!

Al instante suena el timbre. Atiende él, porque yo lloraba a lo Arnaldo André en la habitación, y escucho que abre la puerta y a los dos segundos entra un amigo que lo ayuda a llevar las cosas. Yo no quería salir de la pieza de la vergüenza que tenía.

La cara, deformada de llorar. Me sequé las lágrimas y fui hasta el *living*, y me quedé mirando la situación. Creo que necesitaba sentir más dolor aún. Muy masoquista lo mío.

La cuestión es que al fin se van, él me entrega el juego de llaves y me da un pico.

Muy psicópata, le mandé dieciséis mensajes de texto en una hora. Te los cobraban. Me quedé sin crédito y fui a comprar una tarjeta para seguir mandándole. No me contestó ni uno.

Llamé a mi amiga porque sentía que me moría. Me desahogué y esperé. Y seguí esperando los días siguientes, pero nunca contestó.

¿Por qué? Era el hombre de mi vida, yo quería que fuera el padre de mis hijos. ¿Por qué de repente, así?

Pasaron los meses y me fui calmando y superándolo, pero estaba herida como Penélope, sentada en la estación, con su bolso de piel marrón y sus zapatos de tacón…

Un día una amiga llama y me dice:

—¿Viste el Facebook de tu ex?

—No —le digo—, ya entro.

Me tiro como palomita desesperada arriba de la compu y entro a su Facebook. Primera foto de su perfil: él con unos amigos y amiiigas en una playa. ¿Qué es lo primero que piensa una? ¡Qué rápido se le pasó! ¡Qué hijo de mil… está de joda! Pero mi amiga, viéndolo desde afuera, me dice:

—¿No era que no tenía un mango?

—Se lo pagarán sus amigos…

—Dani, ¿te dejó cuando se fue la plata que le diste para el flete? —me pregunta mi amiga, y en chiste me clava—: ¿Y la lata con las monedas? ¡Boluuudaaaa!

Nos reímos como para ponerle onda y cortamos la charla telefónica. Pero al rato hago memoria y me doy cuenta de que, efectivamente, no me había devuelto la plata del flete.

Voy en busca de la lata… Estaba vacía. Vacía como mi vida en ese momento. Una mano imaginaria me pegó un cachetazo y me hizo mirar hacia arriba. Me trepé cuál Tarzán para buscar mis ahorros. Mis poquitos ahorros. Y adiviná… ¡No estaban!

Con desesperación di vuelta la casa. Revisé hasta la cucha de Simón, mi perro, que me miraba revoleando los ojos, como diciendo «pobre mina,

qué ilusa». Mis ahorros también habían desparecido.

Lo llamé y no me atendió. Así que le escribí solamente: «¿Sabés dónde están mis ahorros?». Y él me contestó: «¿Ahora vas a inventar que te los robé? Ya no sabés qué hacer para que vuelva con vos pero no va a pasar. Medicate».

¡Medicaaate!

No sabía qué hacer. Quería decirle a mi viejo que me había robado, pero eso era reconocer que tenía razón desde el día número uno. Además de que mi padre seguro iba a ir a buscarlo y eso era darle un cuchillo a un mono. ¡Alto quilombo se iba a armar!

Llamé a su hermana, con quien yo había pegado onda y el casi no hablaba. Acordamos un encuentro.

Cuando me senté en un café de Recoleta, cerca de donde sus padres vivían, antes de que yo le contara, me dice:

—¿Te robó no?

—Sí —le digo con los ojos llenos de lágrimas.

—Olvídate, nunca más la vas a recuperar.

Y arrancó a hablar del hermano como yo hablo del turco Menem. Con un odio, un asco, que sentí hasta pena de él. Que una hermana hable así de vos. Que tus viejos sepan que sos un gatero, un vividor, un mitómano… ¡Qué horror! Eso sí que era una terrible y triste realidad.

Nunca recuperé el dinero. Me dolió mucho porque había trabajado bastante para ahorrar unos manguitos. Pero aprendí algo: si todos ven que te vas a caer de ahí, bajate de la baranda, porque seguramente te vas a caer.

Pensé que había conocido el amor verdadero. Me equivoqué otra vez. Otro casi pero no.

Me indigna

Gente larguera

A la única persona que se le banca que hable durante una hora y media para contarte algo que se podría resumir en cuatro minutos de charla, es a tu vieja. Cuando mi vieja me cuenta algo, lo hace como si fuese una guía de turismo.

—¿Viste lo que le pasó a Cacho Castaña? Le robaron… —arranca.

—No me enteré, ma.

—Sí, le robaron. Entraron a la casa… Según dicen, por el costado… ¿Porque viste que tiene una puerta chiquita al lado de la grande? Bueno, entraron por ahí. Ah, y no sabés, yo lo estaba viendo y justo me suena el teléfono y era Norma… ¿Te acordás de Norma? Tenía una pescadería en Martínez, en la calle Edison, al lado de la mercería… Ah, y me enteré hace poco que la de la mercería es lesbiana… Y hablando de lesbianas…

¡Ay, Dios me libre! ¿Cuántas flechas podés abrir? ¿De dónde sacaste esa capacidad narrativa? No eras así cuando era chica. Te preguntaba «mami, ¿por qué tengo que comer las lentejas?» y me decías «porque sí».

Y desde que pasó los 50, te explica cada chisme, cada película, cada episodio del barrio en formato *best seller*… Y entonces le decís:

—¡Mamá, por Dios! ¡Andá al remate y listo!

Pero es tu vieja, y hay que escucharla y bancarla como ella lo hizo con cada anécdota que le contabas cada vez que volvías del boliche.

Y ahora hablemos de los amigos… ¿Cómo hacemos cuando un amigo es tan larguero como tu vieja? Esas personas que te cuentan cosas quizá muy poco interesantes para vos, como «llevé el auto al chapista» y ahí arranca con la explicación técnica que le dieron para cambiar el paragolpes del auto. Eso puede durar cuarenta y cinco minutos, y vos no querés escucharlo porque NO TE INTERESA. Pero ¿le decís «no me importa, andá al grano»? ¡No! Porque es la misma persona que te va a poner el hombro cuando te pelees con el padre de tu hija, o cuando le hables de los desplantes de tu niña de 5 años.

¡Ojo! ¡También podés ser víctima de una anécdota sopresiva en una farmacia, eh! Una vez fui a la farmacia a comprar anticonceptivos. Una señora mayor me escucha cuando los pido y otra que estaba detrás dice:

—¿450 pesos? Es un robo a mano armada, habría que hacer un quilombo en la puerta de los laboratorios, así los escarchamos porque nos

roban.

Las dos se pusieron a destilar mierda dentro de la farmacia. Yo lo único que quería era que me cobraran e irme. Era como tener a mi mamá en duplicado en mi cerebro. ¡Muy fuerte!

Pagué y me fui, pero en la esquina, con el semáforo en rojo esperando para cruzar, se me para al lado una de las señoras. Me castigó con una anécdota sobre métodos anticonceptivos que duró diez cuadras, condimentada con quejas políticas, sobre todo hacia el intendente de mi localidad.

Cuando ya estaba a salvo, a media cuadra de mi casa, le digo:

—Bueno, un placer haber hablado con usted.

Se lo dije de buena onda, aunque las diez cuadras escuché el monólogo de ella.

—Yo vivo acá a una cuadra —le conté—, ¿y usted?

—Yo vivo al lado de la farmacia, pero me hace bien caminar… —me contestó.

Me di cuenta de que, mientras ella hablaba, yo puse mi mente en blanco y solo pensé en todas las cosas que iba a hacer en el día. Así logré convertirla en una radio con piernas que caminaba a mi lado.

Esa experiencia me dio tela para cortar, se hizo la luz en mi mente. Pensé que esas situaciones las sufrimos a diario con amigos, familiares, compañeros de trabajo. Y la solución se me ocurrió gracias a la señora anticonceptiva de la farmacia.

Así que acá te voy a mostrar mi táctica para «parecer interesada» cuando una persona larguera te atrapa:

1- Buscar una posición cómoda para escucharla. Quizá en la cama, acostada o cenando mate.

2- Mirarla siempre a los ojos. Nunca desviar tu mirada de sus ojos.

3- Asentir con la cabeza. La bajada de mentón va a hacerle creer que estás de acuerdo con lo que dice.

4- Mover la cabeza como diciendo «no te lo puedo creer», como si hasta estuvieras compungida con la situación.

5- Achinar los ojos. Eso lo va a interpretar como un signo de concentración.

6- Utilizar palabras estratégicas, no importa dónde las metas: «qué bárbaro», «claro» (infaltable), «era obvio», «no te lo puedo creer», «qué tremendo», «sí, sí» (esta frase le va a copar mucho), «¿y vos que pensás?» (la dejas regulando), «¿y que vas a hacer con eso?», «son cosas que pasan».

Y por supuesto, mientras tanto, pensá en otra cosa, en algo realmente interesante.

Querida amiguis

La negativa

Estas líneas son para ti, que vives boicoteándote todo el tiempo.

Entiendo que la vida tiene situaciones buenas y malas, pero tú ves e imaginas las malas constantemente, incluso cuando no existen.

Comienzas un nuevo trabajo y sientes que algo malo va a suceder, que no eres suficiente para ese nuevo desafío. Y tanto lo piensas que termina sucediendo.

Debes rendir un examen y has estudiado mucho. Pero se activa esa vocecita que te dice que te va a ir mal, que desaprobarás. Que la carrera no es para ti y que tu profesora te odia. Terminas sacándote un 2 grande como la inflación, producto de tu cabeza boicoteadora.

Lo mismo te sucede en el amor. Sientes que has encontrado a esa persona que es para ti, diferente a tus anteriores relaciones, y que te hace feliz. Hasta que comienzas con el boicot furioso y empiezas a pensar: «Este mañana desaparece» o «Me va a cagar con la recepcionista del gimnasio». Incluso has llegado a pensar que, como juega a la Play con tu hermano, seguramente gusta de él.

¡Ay, esa cabecita, amiguis!

Cuando te sucedan cosas buenas, no pienses que eso implica que van a venir detrás las malas. ¿No crees que ya has vivido varias malas y es momento de recibir y disfrutar de las buenas?

Amiguis, te lo digo porque te quiero.

Apaga el botoncito negativo, y así tu vida cambiará para bien.

Atte. Tu mejor amiguis.

Filosofía urbana

Los opuestos se atraen

¿Dime con quién andas y te diré quién eres?

Todos saben que mi mejor amiga se llama Xue. Sí, así como lo leés. Es colombiana, un personaje. De esos personajes de los que te enamorás, pero a la vez te sacan de quicio en miles de oportunidades.

Nos conocimos en una obra de teatro donde ella era una de las protagonistas y yo… la bailarina. Desde el día uno pensé «qué chapa está esta mina» y ella pensó lo mismo.

Yo quedé embarazada y dejamos de vernos. Seis meses después nos reencontramos y no nos separamos nunca más. Dijimos «vos y yo vamos a compartir hasta el trabajo, juntas vamos a vivir de lo que nos guste».

Trabajamos juntas de mozas cuando yo me quedé sin laburo. Ella era la encargada del restaurante y yo, la mesera.

Por donde nos mires, somos totalmente diferentes. Ella es una bomba, hermosísima, sexy, con un lomo de esos que los gorriones se dan contra la ventana por mirarla. Vive producida. Creo que se maquilla hasta para dormir.

La mirás y pensás «loco, es como estar hablando con Miss Colombia todo el tiempo». Las pestañas largas, pintadas a la perfección para tomar sol o ir al chino. Sus uñas impecables. Hasta en *jogging* da producida.

Y yo… Si pudiese ir en pijama al banco a hacer un trámite, te juro que lo haría.

Somos diferentes en todo.

Ella es un desastre con su casa. La puerta del baño se le salió de la bisagra hace seis meses, y hoy sigue rota. La heladera la tenemos que abrir entre cuatro porque se le cae la puerta. Cierra el horno con un palo de escoba. No hay una torta que levante volumen porque le entra aire. Le pedís un toallón para secarte y tenés que buscar en una torre de tres metros de altura, porque nunca dobla la ropa limpia.

¡El baño, la cocina, el parque, el autooo! Dios mío, no le dura un auto más de un año. Entrar a su auto es como estar en una morgue. El olor a talón de Aquiles que hay.

Tiene dos perros, diez gallinas (todas tienen nombres peronistas), dos conejos, una gata que se cree tigre porque te ataca si no la acariciás, una oveja… Sí, leíste bien. Tiene una oveja que se llama Mandela. Raro que no

se llame Cristina o Eva (la gata se llama Evita).

Y yo nada más tengo un gato.

Te pregunta algo, se lo decís y, pasados tres segundos te dice: «¿Entonces en qué quedamos?».

Y yo… tengo un Excel en el cerebro.

Fuma marihuana, toma alcohol, sale a bailar como si tuviera 15.

Y yo… me tomo media copa de tinto y estoy del orto.

No quiere ni piensa en tener hijos. Con mi hija le sobra para sentir una cercanía de lo que sería ser madre. Dice que lo suple con su oveja.

Y yo… si pudiese tendría cuatro hijos más (no me da la economía, pero lo haría).

Festeja sus cumpleaños como si fuese el primer año de vida. La casa se llena de gente, cocina, baila, contrata toros mecánicos inflables…

Y yo… apago el celular para que no me saluden.

Viene a mi casa y me pide un buzo. Me desordena el placar solo por un buzo. ¿Me entendés?

Y yo… voy a su casa y le ordeno los calzones al marido.

A veces siento que tengo dos hijas, Isabella y ella. Pero ¿sabés qué? Somos iguales en algo.

Las dos somos bondadosas, buenas amigas. Amamos a los animales. Nos apoyamos en todo, nos bancamos en lo bueno y en lo malo. Las dos festejamos los logros de la otra, las dos amamos a mi hija, las dos nos enamoramos, las dos sentimos que somos hermanas porque así lo quisimos. Las dos tenemos principios distintos, pero claros y bien puestos.

Ella es un bardo. Yo no.

Ella no va a dejar de fumar porro porque esté conmigo y yo no voy a fumar porro por estar con ella. Por eso una frase que deberíamos desterrar es «dime con quién andas y te diré quién eres». Hay excepciones, y esta es una.

Somos hermanas que nos elegimos. Y no es fácil, la remamos a diario. Como en una relación de noviazgo, donde tu pareja te deja la toalla con olor a ano colgada en el baño y, aunque le digas veinticuatro veces que no lo haga, y que la saque al patio para orearse, el tipo lo sigue haciendo como si no escuchara.

Lo mismo es en la amistad. ¿Se puede ser amigo de alguien totalmente diferente a vos? ¡Sí! Se recontra puede. Porque cuando pesa más el amor que le tenés al otro, lo demás es cotillón.

Hay un par de tips para no perder la paciencia cuando se descontrola el rancho. Por ejemplo, reírte de lo totalmente opuesto que sería si vos fueses la protagonista del quilombo.

Por ejemplo: Xue un día me llama desesperada. Por enésima vez se olvidó el portón abierto de la casa y se le escaparon los perros y las gallinas. Lo más insólito del planeta. Gallinas caminando por la calle: eran

de ella.

Su pareja en San Isidro, laburando, y ella en Capital. La casa queda en Benavides.

Ella lloraba por teléfono diciendo «no quiero perder a mis perros y mis gallinas, son mi familia». Y yo escuchando del otro lado con ganas de decirle «jodete, primero por creer que tu casa es un zoológico en medio de la cuidad, porque no podés ser tan colgada y dejar de nuevo el portón sin traba». Pero no. Respiré profundo, la calmé y la ayudé a buscar una solución.

Le pedimos a una vecina que, a cambio de un asadito, silbara desde adentro de su casa cual flautista de Hamelin para atraer a los animales. Mientras yo la acompañaba por teléfono. Nos reímos y le dije que era una chapa y una colgada.

Ella no se enojó y yo tampoco.

Chongos

Mi perro el justiciero

Gonza, mi hermano más grande, una vez me dijo una frase memorable: «Los tipos queremos enamorar porque nos gusta ver a la mina así». No sé si es tan cierto, pero en el caso que voy a contarte, esa idea estaba muy cerca de la realidad.

Cuando me mudé al barrio donde vivo, yo era una bomba. Pelo largo, mucha teta y un trompetero que daba que hablar.

En la esquina de mi casa había una garita donde estaba casi todo el tiempo un señor llamado Antonio, proveniente de Perú. Era un capo Antonio y muy chusma. Sabía todo lo que pasaba en el barrio. Imaginate, sentado ahí escuchaba y veía TODO. Discutía por teléfono con mi vieja y cuando salía, al toque me tiraba: «Ta difícil con la vieja, ¿no?».

¿Cuál es el límite del chusmerío?

Yo, como siempre, me hago amiga de todos, y con Antony teníamos una relación casi como de mejores amigos.

Y un día me aviva y me dice:

—El pibe de enfrente te quiere entrar…

El pibe de enfrente era un pibe solterito. El típico canchero, con su autito tuneado, al que se lo escuchaba llegar a tres cuadras de distancia. Salidor, pero estudioso. De una familia bastante conservadora. Esos típicos vecinos que durante diez años te saludan dos veces. Los que yo llamaría «maleducados que se creen mil».

Yo trabajaba de noche, como casi toda mi vida. Llegaba tarde, pintada como un grafiti de La Boca, y salía a pasear a Simón, mi perro. Y ahí lo tenés a él. Me espera un día en la puerta y me encara.

Charla va, charla viene, me termino enamorando del pibe sin haberle dado siquiera un beso. ¡Qué pelotuda era en esa época! Yo ya flasheaba con hijos y una casa con una Pelopincho. Él amaba a mi perro, que en ese momento era como mi hijo, y eso me enamoraba aún más.

Vino a casa dos veces y después de un mes, maso, de hacerme la linda, le entrego el cofre de la felicidad. ¡Ay! Ese fue el moño que le faltaba a esta relación clandestina. Clandestina para nosotros, que pensábamos que nadie sabía. Su familia y Antonito ya lo habían visto cruzar varias veces.

Después de dos meses de loca pasión, me cita en La Farola de Olivos, un legendario lugar, abierto las veinticuatro horas, para tomar un café.

Raro, pero real. A las 18 horas en punto me siento, y me dice:

—Tengo algo para darte…

Y me da un anillo de compromiso… Yo no sabía qué decir, pero me encantaba. ¡Ay, qué emocionante! ¡Iba a ser la novia formal de este chico!

Vuelvo a mi casa feliz y llamo enseguida a mi amiga para contarle, a mi mamá, etcétera… Hasta borré los nombres de los chongos de emergencia del celu. Y al otro día, tal cual, salgo a la mañana y ahí estaba Antonio.

—¿Te enteraste? —me dice.

—¿Qué pasó? —le digo.

—Ayer tu maridito se peleó con sus padres a los gritos. Parece que volvió la novia de Europa y se enteraron de lo tuyo.

Se me cayó la mandíbula al sopi, se me llenó el culo de preguntas. Lloré desconsoladamente preguntándome una sola cosa: «¿Puedo ser tan pelotuda?».

A la semana veo muchos autos en la puerta de su casa… Y recurro al chusma número uno del barrio.

—¿Qué onda, Antonio?

—Una fiesta —me dice.

—¿Fiesta de qué?

—De compromiso de tu maridito.

Se iba a casar… ¡La vergüenza que sentí! Quería mudarme, quería desaparecer del barrio por arte de magia. Y ahí Antonio me dice:

—Dani, él se había separado, pero sus papás le decían esa noche «no sabés de qué trabaja esa chica, viene maquillada a las 6 de la mañana, es una putita, ¿no te das cuenta?». Vos, Dani, estás para otra cosa…

Volvía maquillada de los eventos que hacía. ¡Eso hacía!

Dejé pasar el tiempo, y mientras planeaba qué le iba a decir cuando me cruzara con él y su novia. ¡Lo quería hacer explotar! ¡Quería que su novia se enterara!

Llegó el día en que salí a pasear a mi perro, y Simón se le tiró encima para saludarlo. La novia no entendía por qué el perro lo conocía tan bien. No necesité siquiera levantar la cabeza. Solo dejé que las cosas pasaran.

Al rato, se escuchaban los gritos de ella. Imagino que estaría puteándolo porque se dio cuenta de que en su ausencia él había mojado su chaucha en otra ensaladera, mientras mi perro miraba.

Vos fijate… Por más que planees las cosas, el universo se acomoda siempre para el lado que se tiene que acomodar. Por eso, si estás hecha bosta por un chongo, llena de ira, pensando cómo planear la venganza del siglo, no desesperes, que las cosas caen por su propio peso.

La Sagrada Familia

Mágicas vacaciones

Mi familia —papá, mamá, hermano grande, hermano chico y yo— nos habremos ido de vacaciones… ¿cuánto? ¿Diez veces? No sé si exagero con ese número.

Mi viejo decía que las vacaciones son un invento para sacarle guita a la gente. Lo mismo decía de los Reyes Magos, de los cumpleaños y de toda festividad que implicara un gasto.

Vos dirás «qué miserable, ¿no?». No, cero miserable. Cambiaba el auto todos los años, gastaba bocha en el supermercado, nunca nos faltó nada. Solamente que él pensaba así. «Son inventos», decía.

De chicos fuimos a la costa un par de veces y después se cortó la bocha. Y mi viejo arrancó a alquilar una quinta para vacacionar. Vacacionar entre comillas, porque él seguía laburando durante la mañana y llegaba al mediodía, y mi vieja cocinaba y limpiaba como cuando estábamos en casa.

Iban todos los amigos de mi hermano (de diez, me bajé a ocho) y todas mis amigas (de las cuales mi hermano mayor se bajó a todas). Yo metía algún que otro *show* a la noche. Mi hermano grande ya laburaba, y el chico se traía a alguna víctima de su edad, a la que nosotros agarrábamos de punto.

La pasábamos súper, pero cuando volvíamos a nuestra casa, ninguno de la familia sentía que habían sido vacaciones. Mi vieja llegaba detonada como si hubiese corrido una maratón de jubilados. Y mi viejo seguía en short, pero con la camisa del laburo puesta.

En casa no hubo Disney ni Cataratas del Iguazú. Incluso en temporada de verano, había que seguir laburando. Pero cuando mi hermano Marcos creció, decidimos cometer una rebeldía. Nos fuimos a Porto Seguro a disfrutar de unas vacaciones como Dios manda. Nos costó ahorrar, pero lo logramos.

Eran nuestras primeras vacaciones juntos y solos. Nos sentíamos dos rebeldes, Thelma y Louise. Dejamos a mi padre en el aeropuerto saludando ofuscado y preocupado. No por nuestra integridad física, sino porque íbamos a gastar plata en un invento de la sociedad llamado «vacaciones».

¡Lo pasamos de diez! Nos tomamos hasta el agua de los floreros del hotel. Gastamos toda la guita que llevamos.

Cuando volvimos, mientras le mostrábamos fotos de los lugares

paradisíacos que visitamos, nuestro padre nos preguntó con tono enojado:

—¿Se la gastaron toda?

—¿En serio, papi? —respondimos—. ¡Obviooo!

Pero por dentro, yo sentí una culpa tan grande por haber gastado en disfrutar. Nunca más se me pasó por la cabeza generar un gasto así. De hecho, cuando Isa tenía 2 años recién cumplidos, alquilé una quinta. ¡Lo pasé como el orto!

El padre de Isa, ya separados nosotros, se instaló cual perro callejero. Mi celular no paraba de sonar y yo seguía laburando mientras Isa corría alrededor de la pileta sin protección, al borde siempre de la tragedia.

Mis amigos iban los fines de semana con las manos vacías, y se iban con la panza llena. Al igual que los huevos que no tengo.

A los veinte días llamé al dueño y le dije:

—Tengo diarrea estival. Me tengo que retirar.

Fue la manera más sutil que encontré para no decirle «me cago en mis viejos, que me hicieron creer que la quinta era sinónimo de felicidad».

Recién ahora, luego de años de terapia y de repetidos llamados de mi cuerpo pidiéndome «flaca, pará porque no llegamos», me permití huir de mi casa y de cualquier quinta amiga. Y no lo cambio por nada.

Ver la felicidad de Isa, corriendo, disfrutando, creciendo… Y ella viendo a su mamá feliz y orgullosa de poder darle a su hija un poco de «silencio», tras tanta vorágine que vivimos día a día… Todo eso no tiene precio. Fue la mejor inversión que hice en mi vida.

Mi viejo acertó en muchísimas cosas. De hecho, colaboró en crear a tres hijos con códigos y principios admirables, pero no siempre los padres la pegamos. Entre todo lo que creemos que es lo mejor para nuestros hijos, alguna que otra se nos puede escapar. Esa se le escapó a mi viejo.

Todo lo que tenga que ver con la felicidad no es un gasto, es una inversión. Quizá lo entendí tarde, pero fue a tiempo. Ojalá vos también lo entiendas.

Semana 6

Que nadie te cague el lunes

Me cortaron el polvo

Arrancan las clases del jardín y arranca la temporada de polvos. Son cuatro horas que tu hija o tu hijo no está en tu casa, y las querés aprovechar al mango.

Volviendo del jardín, le mandás un mensaje buscón a tu chongo para combinar un encuentro para las 15.

En la primera hora le metés repaso a toda la casa: baño, cocina. Pasás el plumero. Lavás ropa, la colgás en la terraza. Vas al chino y volvés.

Te quedan tres horitas por delante.

Le dedicás cuarenta minutos a un capítulo de tu serie favorita.

Los veinte restantes te depilás los bigotes, las axilas y el borde de tu cueva. Y clavás ducha.

El reloj marca las 15. Te quedan dos horas antes de que tu niña salga del jardín.

15:01: ya mandás un desesperado «¿por dónde andás?».

Te tira «en 10 llego».

¡Nooo, no me hagas eso!

15:11: mientras caminás por las paredes cual Correcaminos, lanzás otro mensaje: «¿y papu?».

15:30: llega el tan esperado «puerta».

Mientras le vas a abrir, ya le pedís por WhatsApp que se vaya desabrigando.

Entramos en casa.

15:32: cual Vin Diesel, arrancamos un rápido y furioso.

15:33: se escuchan golpes en la puerta de casa. Trato de no desconcentrarme y anular el sonido.

15:38: los golpes siguen sonando cada vez más fuerte.

15:40: se agregan a los golpes voces y aplausos. «Danielaaaa, Danielaaaa.»

15:42: la situación es insoportable. Sobre todo, porque a él ya se le deprimió el muñeco.

Me paro. Me acerco a la puerta pensando que algo grave ha sucedido. Tal vez se prendió fuego el edificio o quizá me afanaron el auto.

Pero no, era Luisa, la presidenta del consorcio. Esa señora que no tiene vida y cuenta con un don: romper los ovarios.

—Daniela, sacá la bici del pasillo o voy a proceder a denunciarte legalmente.

Luego de intentar incansablemente que Lucía se retire de la puerta de mi casa, al fin lo logro. Pero ya son las 16:15.

Cuando vuelvo a la habitación, él ya está vestido y con el abrigo encima. Llave del auto en la mano y más frío que Walt Disney.

Lanzo un tímido «porfi, no te vayas, aún quedan quince minutos de gloria…».

Pero no, ya la situación es irremontable.

Se va sentenciando «lo dejamos para otro día, Dani».

Y ahí entendí una vez más que ciertas cosas hay que agendarlas para otro día de la semana, cualquiera que no sea lunes.

Igual, que nadie te cague el lunes.

Casi pero no

Un cachetazo en la nuca

A lo largo de mi vida me fui acostumbrando a que ciertas cosas que anhelaba no se concretaran por diferentes razones, siempre negativas. Una enfermedad inesperada, un mal negocio, un sueldo que nunca llegó, un mal de amores… En fin, todas malas noticias que impedían que yo lograra cumplir algún sueño o alcanzar alguna meta que me había propuesto.

Pero esta vez fue distinto.

Me llaman de una revista líder en Argentina. Esas revistas en la que todos los artistas desean salir, aunque sea en un cuadrito chiquito, debajo de una publicidad de algún gel íntimo masculino. Y se me da.

—Hola, Daniela. Queremos invitarte al cóctel de…

Bla bla bla.

—Sí, sí, sí, puedo, obvio, quiero, sí, claro —respondo emocionada.

¡Por fin me llamaban ellos a mí para aparecer en la revista y me iban a hacer una nota!

Anoté la fecha en la heladera y todos los días chequeaba el almanaque para que no se me pasara el día.

Mientras tanto, mi vida no se detuvo, obvio, y continué con mis actividades. Entre ellas, organizar mis vacaciones y las de mi hija.

Como ya te conté, no soy habitué de las vacaciones. Y desde que nació Isa, menos. Al año y medio de ella, me quedé sin laburo y recién cuando cumplió los tres, arranqué a cobrar un sueldo. Así que el plan «vacaciones» lo tenía como un deseo, pero no lo veía muy cercano.

Isa conoció el mar con su papá. Algo que me pone feliz, por supuesto, pero no te voy a negar que es una espina que tengo clavada en el ano desde hace años.

Yo quiero hacer el castillo de arena con mi hija.

Yo quiero verle la cara cuando una ola la tire de culo en la orilla.

Yo quiero ver el atardecer abrazada a lo más lindo que me dio la vida.

Yo quiero juntar caracoles y escuchar juntas el sonido del mar.

Yo quiero relajar una semana por lo menos lejos de mi casa, pero cerca de Isa.

Pero no se me daba. No se daban los tiempos ni la guita.

Pero esta vez, con mucho esfuerzo, fui guardando peso por peso para poder hacerlo. Y lo logré.

Cuando le mostré a Isa las fotos del lugar al que íbamos se volvió loca de felicidad y su sonrisa me iluminó la cara. El orgullo que sentía por poder darle esta oportunidad me emocionaba igual que cuando la vi a ella por primera vez pedalear su bicicleta o escribir su nombre.

Colgué los pasajes al lado del almanaque y fui tachando los días que pasaban cual preso de Devoto.

Faltaban dos días para la nota de la revista y una semana para rajarnos a Brasil. Y suena el teléfono. Era el flaco de la revista.

—Hola, Daniela. Te llamo de la revista. Te queremos avisar que la nota se pasó para el jueves que viene.

—¿What? No no… No puede ser. Yo me voy el miércoles a Brasil y vuelvo una semana después. ¿Se puede hacer el martes? Hagámosla antes de que me vaya.

—No va a poder ser, qué pena. No te procupes, será en otra oportunidad. Te mando un abrazo.

¡Qué abrazo ni qué abrazo! ¡La que me parió! ¡Qué mala leche! Mirá con la templanza que me dice «no te preocupes». Y claro, le importaba un choto al vago. Enseguida seguro llamaron a otra. Si tienen una cola de dos mil flacas esperando salir ahí, y hasta pasa que muchas pagan para les hagan una nota.

Me quería matarrr… Yo sabía que nunca más me iban a llamar. ¡Qué angustia me agarró!

Mientras yo seguía puteando por lo bajo y golpeando despacito las cosas que se iban poniendo en mi camino, se acercó Isa y me preguntó qué me pasaba. Le expliqué tal cual lo que había ocurrido: que no podía hacer una nota porque un día antes nos íbamos de vacaciones. Isa me miró con esos ojazos que tiene y me dijo:

—Pero nos vamos de vacaciones… Por fin, mamá. Y JUNTAS.

Fue como un cachetazo en la nuca. Un «eh, flaca, ¿que estás haciendo?, ¿qué te pasa?».

Casi hago la nota que tanto había esperado… Aunque esta vez el «CASI PERO NO» fue totalmente distinto.

No se me dio, es verdad, pero tenía algo mucho mejor que hacer. Ver las estrellas al lado del mar, de la mano de mi hija.

Me indigna

La queja

Esa típica actitud argenta. Todo el tiempo nos quejamos.

Si no tenemos porque no tenemos, y si tenemos queremos más. Siempre hay una *queja*.

Parece un trabalenguas, pero en verdad es nuestro lenguaje cotidiano trabar todo lo que hacemos o hacen los demás.

Seguro sos así o conoces gente así.

Yo tengo un par de amigas y familiares que son el fiel ejemplo de esta tendencia argenta.

Gabriela es una amiga joven y talentosa, madre de tres niñas, y buena mina. Clase trabajadora. Tiene su autito, vive en una casa que heredó, trabaja incansablemente para lograr llegar a fin de mes y darse algún que otro gustito para ella y para su familia. Y lo logra.

En enero se fue de vacaciones. Un día la llamo para saber cómo lo estaba pasando.

—Y… laburando desde acá… Porque si paro, cuando llegue y me encuentre con las facturas de la luz, del gas, del teléfono…

—Bueno, pero ahora estás de vacaciones, disfrutando con los chicos…

—Sí, pero viste que no son vacaciones si vas con los chicos… Ponerles a cada rato el protector, hacer la comida… Igual me toca limpiar el baño, porque estamos en una casa y no hay mucama…

—Bueno, Gaby, pero estás de vacaciones.

—Sí, sí, pero no sabés el calor que hace…

—Bueno, pero estás de vacaciones —le dije por enésima vez, para recordárselo— y en un lugar con playa y mar.

—Sí, Dani, pero la playa queda como a quince cuadras y no puedo estar gastando nafta todo el tiempo yendo y viniendo.

¡Ay, qué ganas de quejarte al pedo!

Así me tuvo media hora por teléfono. Quejándose del lugar, de la guita que estaba gastando, del sol, de los castillitos de arena… Y cortamos porque ya se estaba empezando a quejar de lo que le iba a venir de celular.

Y yo me puse a pensar… ¿Será que lo hace porque siente culpa de estar pasándola bien y que yo estoy en un depto. de dos ambientes, con un turbo que me apunta al ano?

Podría ser… Así que, antes de juzgarla al dope, esperé a que volviera y

me fui a tomar unos mates a su casa.

La casa estaba diferente. Pintada de colores. Y había colgado unos cuadritos nuevos en el *living*.

—¡Wouuu, qué lindo cambio! —fue lo primero que dije cuando entré —. Pintaron… y los cuadros están buenísimos. Vi unos iguales en el local de artesanos. ¡Son divinos! ¿Pintaste vos la pared?

—Quedó genial, ¿viste? Pero los pintores caían re temprano… Me dijeron que en dos días lo hacían y tardaron una semana. Y la guita que me salió… Igual les pagué, pero me quedé en cero. Entre las vacaciones que no fueron tan vacaciones, los pintores y los cuadritos que se me ocurrió comprar… No sé, Dani. ¿Qué querés que te diga? La estamos pasando mal…

A los treinta segundos entró el nene más grande con unas zapatillas que valían lo mismo que mi celular. Y el marido pasó por el *living* gestionando el cambio de su camioneta por una cero kilómetro.

¿En serio? ¡Hay gente que realmente la pasa mal y no se queja tanto como ella! Esa necesidad de aparentar miseria cuando no la hay.

Y esto viene de nuestros antepasados. Por ejemplo, mi viejo entraba en casa y decía:

—Nadie le dice a nadie que voy a cambiar el auto.

—¿Por qué? ¡Explicame por qué! —le decíamos algunos de mis hermanos o yo.

—Porque van a pensar que estamos bien.

—¿Y cuál sería el problema?

—Ese… No cuenten nada. Que la gente no sepa que estamos bien.

¿Posta? Y yo que me preguntaba en terapia por qué a veces siento cierta incapacidad para el disfrute… He aquí la respuesta.

Querida amiguis

La alcohólica

Estas líneas son para ti, que tienes el sí muy fácil cuando se trata de beber cualquier bebida alcohólica.

Entiendo que te guste tomar, pero de vez en cuando está bueno plantearse un límite o un criterio para hacerlo. Eres tan rápida cuando hablamos de burbujas…

Celebro que tomes en una previa, en un bar o en un boliche, pero en un bautismo… ya me parece mucho. El cura tuvo que rellenar el cáliz porque ya le habías entrado antes de comenzada la misa.

En el último Bar Mitzvá al que fuimos, terminaste encarándote al padre del homenajeado y te tuvo que sacar el rabino.

En la puerta de cada evento que compartimos siempre prometes no zarparte. Pero la frase «fondo blanco» activa en ti una neurona dispuesta a vaciar cuanto vaso se te cruce. Todo bien, pero con la mema de la nena te fuiste de tema.

El día del velorio de tu abuelo lloraste a mares, y mientras te consolaba, miraba la cara del muerto y pensaba: «Qué poco se parece a las fotos que vi de su abuelo… Quizá se hizo hippie o motoquero, y se dejó crecer el pelo cuando le dijeron que le quedaban solo seis meses…».

Le di el pésame a ochenta personas que nunca había visto en mi vida. Pensé «qué familia numerosa, cuánto dolor en sus rostros…». Pero la mayor sorpresa ocurrió cuando me sonó el celular y escuché a tu madre gritándome desconsoladamente:

—¿Dónde están? ¡Ya estamos por enterrarlo!

Tu GPS cerebral, totalmente alcoholizado, nos hizo despedir y llorar a un melenudo con mortaja de cuero, *made in* Entre Ríos, de quien no sabíamos ni siquiera el nombre.

Amiguis, es imposible contar contigo como conductora designada, simplemente porque está designado de antemano que, adonde vayas, te vas a tomar hasta la presión. Siempre termino manejando yo tu auto, que tiene menos dirección que tu vista cuando bebes.

Amiguis, te lo digo porque te quiero.

Y como dice el número uno, Pablito Lescano: «No tomés si no sabés tomar».

Atte. Tu mejor amiguis.

Filosofía urbana

Regalar y ayudar

¡Qué lindo es regalar! Sobre todo, si una se desprende de algo propio, que quiere y le gusta. Doble valor.

Me crie con una madre que cada vez que venía una amiga de ella o mía siempre le daba algo. Lo que fuera, eh. Por más que su amiga o la mía estuviesen en una posición económica que les permitiera comprar lo que quisieran, ella igualmente regalaba.

Y no solo se trataba de cosas materiales. También ayudaba en lo que fuera. Si alguna persona del barrio le contaba que buscaba laburo para el hijo, si alguien se había quedado encerrado en la casa y necesitaba un cerrajero, si un vecino se sentía mal o se le había quedado atravesada una bocha de *bowling* en el ano, ella salía a buscar la solución. Ayudar siempre fue su lema.

Y por esas cosas la vi llorar más veces de las que la vi ordenar la casa. Y mirá que el TOC del orden lo heredé de ella, eh. TOC *heavy metal*. Puedo estar durmiendo y si veo una telaraña, soy capaz de levantarme a las 3 a. m. a limpiarla.

¡Cómo la cagaron y la siguen garcando a la pobre vieja! ¡No aprende más! Las veces que le digo:

—Vieja, te están usando… Está todo bien con tu generosidad, pero ya pasaste de ser buena a ser la más pelotuda del condado.

Y ella se enoja, me discute y me dice:

—No es así, Dani. Esa persona es tan buena…

Pero nunca veo que se lo retribuyan. Y eso me enoja, me entristece por ella. Me da bronca que la gente se aproveche y que ella no haga nada para cambiarlo.

Y adiviná… Yo soy igual, esas cosas se heredan.

Mi casa, como era la de mis padres, es la casa del pueblo. Y eso que vivo en un depto. de 45 metros cuadrados. Pero llega Navidad, invité a cinco y viene cada uno con cuatro invitados más, alta fiesta en el Gran Rex. Se van todos y yo sigo acomodando la casa, y termino el 3 de marzo.

Una amiga necesita ropa y yo le doy el vestido que me compré en Versace, el que aún no estrené, y me lo devuelve cuatro meses después. Sin lavar y con olor a seco desenfrenado.

Me piden guita y yo les hago un cheque, aunque no tenga chequera.

Recomiendo a cada pelotudo y pelotuda que me cruzo, aunque lo haya conocido en el colectivo hace cinco minutos.

Me llama una amiga que se quedó en la ruta yendo a Mar del Plata y si no puedo tramitarle una grúa, me voy hasta allá para acarrearla, aunque no sepa cómo mierda se hace un nudo marinero.

Las parejas… ¡Qué tema! ¿Qué me pasa que siempre flasheo perfil de madre?

¿Es vegano? Bueno, le compro las mila de soja, le hago arrocito si tiene hambre a las 5 a. m., después de haber intercambiado fluidos toda la noche.

Y adiviná… Mi hija es igual.

Cada vez que viene una amiguita, Isabella le regala un juguete, un par de zapatillas, una remera, un collar. Y cuando ella va a la casa de la nena, la madre me manda un mensaje para que le lleve al jardín la gomita de pelo que se olvidó cuando vino a jugar a mi casa. ¿En serio? ¿Te llevaste regalos como si fuésemos Papá Noel y me pedís la gomita del pelo?

Vienen las nenas a pasar el día y ninguna cae con un paquete de galletitas. Y cuando se van, parece que pasó un huracán por la heladera. ¡Vacíaaa quedó!

Así somos y así seremos siempre. Mi madre, yo, Isa. Y muchas otras personas a las que les encanta regalar, dar, ayudar, compartir.

Por mi parte, por más que diga miles de veces «soy una boluda, yo sabía que me iban a cagar», siempre seré igual.

Porque podemos modificar detalles de nuestra personalidad, pero la esencia siempre será la misma. Y nuestra esencia es dar y ayudar.

Chongos

Y un día él se puso de novio

Un día, sin que estés preparada, llega el momento en el que te enterás por tu hija de que el papi está de novio. ¡Ay, qué felicidad! ¡Mentiraaa! Nos retorcemos de bronca, pero no por celos de que otra se coma ese paquete. ¡Ni en pedo! Es porque al toque pensás «ah, para eso sí que tenés tiempo, pedazo de estiércol».

Porque estar en pareja lleva tiempo, esfuerzo, dedicación. ¡Mucho tiempo! ¡Dinero! Eso que a tu ex siempre le falta, no para vos, que ya es tarde. ¡Para tu hija!

Cuando te separaste, seguro tuviste alguna (o todas) de estas discusiones:

—Daniela, yo no puedo tenerla más días, trabajo.
—¡Yo también, man!

—Achicá los gastos, Dani, este mes estoy corto de guita.
—Flaco, ¡estoy garpando todo yo! ¡Hacete cargo de algo!

Y entonces, un día cualquiera ahí llega la nena y te dice:
—Papá me llevó a McDonald's con Vero…
—¿Quién es Vero?
—La novia, mamá.

¡Ay, qué dolor! Porque lo primero que sentimos y pensamos es «ahora comparto a mi hija», «otra persona la lleva a upa cuando se cansa en la calle». Sí, de alguna manera sentimos celos. Y a partir de ese momento pasan un par de situaciones de las cuales quiero hablarte.

Cuando te acostumbrás y conoces a la «novia» del papá, relajás y pensás: «Okey, está de novio. ¡Yo no! Claro, a mí no me dan los tiempos. A ver, ¿es que no tengo tiempo para sostener una pareja? ¡No, es peor! ¡No tengo pareja! ¿Dónde mierda consigo una?».

Ya ves, el problema es mucho más grave y empezás a maquinar:

«¿Meto Tinder? Mm, qué peligro…»

«¿Por Facebook? Mm, qué peligro…»

«Ya sé, voy a un bar. ¿Cuándo? Si no tengo tiempo ni para bañarme sola.» Si te bañás sin la presencia de alguno de tus hijos, te aplaudo desde

acá… Y estoy aplaudiendo, eh.

Okey, esta es la realidad. ¡Afrontémosla! Y al ponerle el pecho, nos topamos con varios tipos de reacciones de manual. Elijo las dos más extremas y te pregunto: ¿cómo actuarías vos? ¿A o B?

A- Te alegrás porque ahora tu hija va a ver a su papá y ya no llora cuando le toca volver con vos, porque hay una mujer en la casa que juega con ella, que la cuida (quizás hasta es mamá), que la peina, y le dobla la ropa y se la guarda dentro de su mochila. Y si tiene fiebre, sabe qué hacer y no te despierta a las tres de la madrugada para decirte «tiene 37.1, ¿qué hago?».

B- Le hacés la vida imposible a tu ex. Empezás a buscar peros y le ponés todas las trabas que se te ocurren para cagarle el tiempo que tiene con su nueva pareja. Lo bombardeás con preguntas y advertencias: «¿dónde duerme?», «¿comparten la cama?, que la nena duerma sola, eh», «¿los hijos son grandes?, no se te ocurra dejarla sola con ellos», «¿cómo que está con ella y vos en el súper?».

Si reaccionás con el formato B, ¿qué querés que te diga? Primero te confieso que los primeros meses yo actué más o menos así. Después me fui acercando al modo A. Porque conjeturo:

Vos querés que tus hijos sean felices…

Vos deseás que compartan tiempo con su papá…

Vos sos feliz si tu niña o tu niño regresa con una sonrisa en la cara a tu casa después de haber pasado un finde con su papá (la que tiene esa suerte)…

Si no la pifié y eso es lo que deseás, toca privilegiar la felicidad de tus hijos.

Los adultos nos equivocamos seguido, ya lo sabemos. Me pregunto y te pregunto: ¿podemos correrno del enojo y velar por la paz y la felicidad que nuestros niños merecen?

La Sagrada Familia

Los mandatos familiares

Cuando tenés 15, lo que buscás en un noviecito es que sea popular en el colegio. Que sea lindo, el canchero capo del curso. El que quema pupitres, el que se ratea y usa la corbata muy lejos del cuello de la camisa.

Cuando tenés 20, te fijás si se viste a la moda. Si entra gratis en el boliche, si ya tiene auto o usa el del padre genial. Que sea deportista, copado.

A los 30, ya pretendés que no viva con la madre o, básicamente, que la madre no viva. Que no trafique ninguna sustancia ilegal, que ame a los animales y que no juegue con sus amigos los jueves al fútbol.

Cuando sos madre, todo eso cambia.

Te reunís con tu amiguis para contarles que conociste a un flaco y que te gusta. Si tu amiguis es mamá como vos, las preguntas que hace son las siguientes: «¿Es bueno?», «¿Tu hija lo conoce?», «¿De qué trabaja?», «¿Se droga?», «¿Te trata bien?».

A mí me llegó ese momento y ojalá te sirva leerlo si viviste lo mismo.

Sobre este tema, los mandatos familiares que yo tuve toda mi vida fueron los siguientes:

El tipo tiene que ser el sostén de la casa.

Tiene que tener auto y pasarte a buscar él.

Tiene que tener un título. En lo posible, mejor que sea contador, abogado, médico. Y si es político y no tiene título, por lo menos que gane bien.

Tiene que ser propietario o, mínimo, que esté pagando un depto. en zona norte.

Tiene que ser blanco.

Tiene que tener doble ciudadanía o, al menos, posibilidad de adquirirla.

Si te lleva a un telo, que esté dispuesto a pagar arriba de una luca y media la habitación.

El sujeto debe hablar varios idiomas, también el mandarín.

Tiene que poseer guita, mucha guita.

Nunca en mi vida tuve a alguien así, pero debo admitir que me fijaba en eso cuando los elegía. Y si no tenían algunas de estas condiciones, inventaba excusas para dejarlos.

Recuerdo a un flaco que conocí, dueño de un boliche. Laburaba de noche y durante el día también se lo pasaba laburando para tener todo listo a la noche. Un pibe bueno, de una familia tana, de esas que llegás y hay ocho abuelas vivas de 180 años cada una que siguen cocinando ñoquis los domingos y todos los bisnietos y nietos van. Un pibe súper atento, estaba enamorado fuerte de mí, eh.

¿Y qué hice? Le empecé a buscar el pelo al huevo. Y en sus huevos no había pelos, lampiño era. Pero cuando les conté a mis familiares sobre él, uf. Arrancaron con «¿boliche de qué?».

El boliche era un boliche gay.

—Listo —dijo mi viejo—. Trafica merca ahí. Seguro debutó con un trava.

Otro día acotó ante una foto familiar:

—¿Este de la foto es el padre? Tiene pelo largo… ¿y el pibe también? Daniela, ¿adónde vas a llevar a este pibe? ¿Lo vas a traer acá? ¿No usa traje? ¿Pantalones apretados? Compite con vos a ver a quién se le marca más el culo.

Mi mamá:

—¿Cinturón blanco? Grasa, Dani. ¿Qué título tiene?

—No tiene, ma…

—¿No tiene? ¡Ay, Daniela! ¿Te mandamos al colegio privado para esto?

Bue, toda esa info entró en mi cerebro como subte a Constitución sin frenos.

A la semana, al flaco le inventé una enfermedad terminal y lo dejé.

Así fui llevando a varios especímenes a mi casa y ninguno reunía todos los requisitos. Hasta que llevé a un médico. Un pelotudooo, pero blanco y con título.

Mi viejo estaba chocho. Claro, el tipo era médico. De familia de *country*, y el padre del flaco también era médico. Otro pelotudo. Pero mi viejo estaba chocho. Porque tenía un flor de título.

Nunca le conté a mi viejo cuando me preguntó por qué me separé de él. Porque no quería que se sintiera tan mal. Pero el pibe era un violento desagradable, que me decía «mogólica» como un insulto delante de cualquier machito amigo de él que tuviese cerca. Un pibe que me hizo un planteo porque yo no quería «soplarle la quena» después de que me operaron los intestinos. Pero tenía título, eh…

Cuando tuve a Isa, todo eso cambió. Y llegó el día en que conocí a una persona totalmente diferente de todo lo que ellos deseaban para mí. Un señor con todas las letras.

Sin título, morocho, artista, con moto. Sin laburo fijo, de familia de clase media y trabajadora, que vive con su madre, que se viste tan relajado como yo, que no le importa la guita más que para vivir, y con una única ambición: ser feliz. Un tipo que ama a mi hija como me ama a mí y al que

mi hija acepta y disfruta tanto como yo.

Me enamoré perdidamente y él de mí. No sé si saldrá bien o saldrá mal. Pero cuando estuve casi por pensar «esto no es para mí», me pregunté «¿y por qué?».

Hasta ahora los mandatos familiares relativos a la pareja no me llevaron más que a poner en primer lugar las guirnaldas antes que lo que realmente importa.

Cagate en esos mandatos familiares. Elegí a alguien que te ame y acepte como sos. Lo demás es cotillón.

Semana 7

Que nadie te cague el lunes

Lunes… y encima te está por venir

Las tetas te explotan. Los ovarios y las piernas te duelen como si hubieses empezado el gimnasio. Los granos que tenés en la cara parecen los de una pendeja de 16. El olfato se te potencia. La vista se te agudiza y te convertís en un lince. Te molestan los ruidos, la gente, los animales… hasta tu hija.

¡Sí! Te está por venir. Y qué casualidad, es lunes y tenés reunión de madres en el jardín.

Las que no tienen dónde dejar a sus niños, los llevan con ellas.

Hay 1 padre, 16 madres y 4 niños en la reunión.

La maestra saca el cuaderno y empieza a pedir las cositas que hay que llevar para el arranque. Guardapolvo verde, cuaderno verde con lunares blancos, lápiz, cartuchera… y otras boludeces. Pero cuando vas a comprar todo te gastás una luca.

Una reunión que podría haber llevado solo una hora de tu tiempo se convierte en una conferencia de prensa de Cristina Kirchner. Dos horas dentro del jardín, sentada en una sillita de niños que te parte la espalda… y tus ovarios se te subieron a los omóplatos.

Encima que tenés paciencia cero, y lo único que querés hacer es agarrar el papelito e irte a tu casa, tenés que aguantar a las madres con preguntas como estas:

«El cuaderno a lunares… ¿Los lunares tienen que tener alguna medida especial o puede ser cualquier tipo de lunar?»

«El guardapolvo verde… ¿Verde musgo o más claro?»

«¿El lápiz negro para escribir puede tener dibujitos?»

¿En serio, chicas?

Es un jardín del Estado, donde cada padre y cada madre lleva lo que puede y tiene. ¿Vamos a detenernos en el diámetro del lunar? ¡Me agarra un ataque! ¿Posta?

Andá a Once y comprá cualquier guardapolvo color verde y pegale el nombre de tu hijo y listo.

¿No tienen una vida? ¿Ninguna está indispuesta o le está por venir?

¿Nadie se percató de que la maestra está a una materia de pegarse un tiro en el clítoris?

Pregunten cosas relevantes…

Termina la reunión, y salís con un dolor de cabeza y una mala onda tan evidente que es probable que todas se hayan dado cuenta y no te saluden nunca más.

Y cuando llegás a tu casa después de caminar diez cuadras con una comparsa en los ovarios, abrís el WhatsApp y… ¡ah, mátenme! Te encontrás con veinte mensajes de las mismas madres que se llevaron el papelito con las indicaciones que dio la seño preguntando lo mismo que preguntaron en la reunión.

Una puso: «Chicas, ¿y si compramos todas el mismo guardapolvo, así no están distintas?».

Daleee, ya arreglo un encuentro con todas en mi casa y vamos en tren a Once a buscarlos y elegirlos. Pero por favorrr, estoy indispuesta… ¿Y vos escribís semejante estupidez? Pongo en silencio al grupo por un año. ¡No! Mejor por dos.

¿Querés que estén iguales? Pagá una cuota de 17.000 pesos de arranque y mandala a un privado.

Una madre llegó a escribir: «Chicas, cambien la foto de perfil que mi nene ese día no fue y no está en la foto».

Bueno, cerrame la 8. Me va a dar un ACV en 3… 2… 1… Se supone que las mamis somos expeditivas, pero parece que en el grupito de WhatsApp nos empelotudizamos. Y los lunes volcamos todo el aburrimiento que nos pegamos el domingo.

Lunes, y si encima te está por venir… No hay que concurrir a reuniones ni a cenas con suegras, no hay que hacer pedidos de aumento, ni nada que pueda producirte una explosión de odio contra el mundo.

Tenelo en cuenta y que nadie te cague el lunes.

Casi pero no

Uno de sus gatos me persigue

¿Creés en lo sobrenatural? Yo no hasta que…

Cuando vivía con mis viejos, teníamos una vecina que criaba gatos siameses. Pensábamos que los vendía, pero no. Ella vivía con más de treinta gatos en su casa, que era igual a la nuestra. Un dúplex. Con una gran diferencia… El olor.

¡Dios mío, se metía por las paredes! Y los ruidos… Cuando los gatitos estaban en celo, lloraban y gritaban toda la noche. Y cuando les daban murra, te tenías que poner algodones en los oídos.

Hicimos varias denuncias y no pasó nada. Con mi hermano tratamos de entrar en la casa y afanarle los gatos. ¡Ya no sabíamos qué hacer! El que peor la pasaba era mi viejo. Alberto odiaba los gatos.

Después de diez insoportables años de guerra olfativa, la vieja se murió. Vino un familiar a la casa. Me acuerdo de su cara como si lo estuviera viendo ahora mismo. Un señor muy grande, que olía a muerto. A morgue. Era un ataúd viviente. Daba miedo. Entró en la casa y empezamos a escuchar a los gatos gritar como bebés. Ese maullido de la gata cuando intercambia fluidos con el gato. Muy fuerte.

Pasó un rato y no los escuchamos más.

Mi viejo tira la frase aterradora:

—Los mató a todos, por fin.

Mi vieja y yo, amantes ambas de los animales, refunfuñamos por la frialdad de Alberto y no despegamos el oído de la pared para ver si escuchábamos qué era lo que pasaba. Pero no se escuchaba nada.

Nos prendimos a la ventana como dos garrapatas para ver si el hombre salía al patio, que podíamos ver desde mi habitación por como estaban construidos esos dúplex. ¡Menos privacidad tenés!

Pero no salió, entonces nos dividimos tipo escuadrón de guerra.

—Vos al frente. Yo acá atrás. Y me avisás si aparece él o algún gato —me dice mi vieja.

—¡Hecho! ¡Al ataque!

Me quedé un rato largo mirando el patio y nada. Hasta que en un momento veo moverse algo. Y en medio del asco que era ese patio, veo un gato o una gata. Uno solo. Levanta la cabeza y me mira fijo. Para mí pasó una eternidad, pero quizá fueron solo tres segundos. Y se murió. Así como

lo leés.

Yo no estaba en pedo ni drogada. Era aún muy chica para eso. El gato se quedó seco delante de mis ojos.

Al instante sale el señor, el cadáver viviente ese, lo envuelve en una manta y lo alza. Y empieza a hacer un pozo con las manos en el desastre de yuyos del patio.

Voy corriendo al cuarto de mi vieja que daba a la vereda y le digo:

—¡Mami, se murió un gato delante mío recién y me miró y ahora el viejo lo está enterrando!

Mi vieja me dice:

—Shhh, mirá esto… El señor está hablando con la policía…

—Nooo —le digo—. El tipo está en el fondo. Vení.

—Daniela —me dice—, está ahí… ¿No lo ves?

Voy corriendo a mi cuarto y vuelvo a mirar. ¡Y ahí estaba el mismo señor, que seguía haciendo un pozo con el gato muerto al lado!

La llamo a mi mamá en voz baja para que viniera, pero no venía…

Voy corriendo nuevamente a su cuarto, ya muy asustada, y le digo:

—Mami, vení a ver…

—No —me dice—. Está hablando ahí, parece que algo pasó.

Y sí, efectivamente el señor, o su doble, estaba hablando con la policía. Agarro a mi mamá de la mano y la arrastro hasta mi cuarto. Pero ya no estaban ni el pozo ni el gato ni el señor.

—Juro que lo vi… Lo vi con mis propios ojos, mami.

—Vamos a ver qué hace la policía, Dani.

Obviamente no me creyó o pensó que lo había imaginado.

No dormí en toda la noche. Mi cuarto daba al patio de la vieja de los gatos, así la llamábamos. No quería subir la persiana para mirar. Me aterraba la idea de ver al viejo, al gato, a la vieja revivir… qué sé yo. «Tantas películas de terror que vemos, quizá me esté haciendo la cabeza al pedo», pensé. Y me dormí.

Al día siguiente, mi viejo me despierta temprano para ir al colegio. Él me llevó desde jardín hasta quinto año hasta la puerta del colegio, religiosamente. Pero siempre me dejaba quince minutos antes del horario de entrada. Yo esperaba en la vereda del colegio con alguno que otro hijo víctima de un padre impuntual, pero no por llegar tarde, al contrario.

Entre aburrida y dormida, siento que me estaban clavando la mirada, esa sensación de que te observan. Y efectivamente, debajo de un auto había un gato que me miraba fijo.

Cuando lo miro con atención, veo que es un siamés. Un gato igual al que me había mirado fijo desde el patio de la casa de la vieja. ¡Qué cagazo me dio! Pestañeo y el gato no está más.

Entre que no me gustaba ir al colegio y que prestaba menos atención que mi hija cuando le explico cómo se hacen las milanesas, ese día

directamente sentí que no fui.

Así estuve durante una semana, viendo al gato en todas partes. Donde iba, el gato me miraba desde abajo del auto, detrás de un árbol. Aparecía en el patio de la vieja. Siempre.

Yo estaba aterrada, hasta que un día no apareció más. Nadie del barrio sabía quién mierda se había llevado los gatos. Nadie vio salir a nadie con jaulas de la casa. Nadie tampoco se preocupó demasiado por esos pobres gatitos.

Sacaron muebles que cargaron en un camión y pusieron un cartel de venta y vendieron la casa. La compró una familia que la remodeló y la dejó hermosa.

Pasaron los meses y me voy al río en rollers. ¿Te acordás de que en una época eran furor esos patines? Yo me había comprado unos negros, a los que le había pegado muchas calcomanías de personajes de dibujitos animados y me creía mil.

Arrancamos con una amiga y un vecino a patinar. Teníamos un tirón hasta el río. Íbamos muy tranquilos. Yo ya le había agarrado la mano y me creía una patinadora profesional.

Llegamos a la calle que bajaba empinadísima hasta el río. Íbamos todos los fines de semana, y el momento glorioso era tirarse por ahí. Bueno, muy cancheros los tres, nos tiramos.

Mientras íbamos haciendo ochos, nos sentíamos Superman. Siempre mirando para abajo, porque estaban las vías del Tren de la Costa, lo habían inaugurado hacía poco. Y cuando visualizo las vías, lo veo.

El gato estaba paradito sobre las vías del tren. Y me miraba muy fijo. Me asusté muchísimo y me quedé sorda. Juro haber perdido la audición por completo. No sentía ni el ruido de mis patines. Solo veía al gato que me miraba.

Me fui acercando a las vías del tren sin poder escuchar nada. Sentía mucho miedo, pero necesitaba acercarme más a él y mirarlo de cerca. Hasta que me pegan un golpe en las costillas y me tiran como una bolsa de papa.

Era mi amigo.

Dicen que ellos dos me gritaban desesperados y también la gente que estaba esperando para cruzar. Gritaban porque venía el tren. Aunque no venía muy rápido, igual era probable que el conductor no me viera y el tren me hiciera pedazos.

Mi amigo se tiró prácticamente encima mío y me hizo bosta contra el piso para frenarme. Los dos quedamos debajo de la barrera. Ahí, a centímetros del tren.

Nadie de los que estaban ahí, ni siquiera mis amigos, vieron un gato.

Casi me pisa el tren. Casi me muero ese día por seguir a un gato que solo yo vi. Casi casi, pero NO.

Me indigna

Amigo intenso

¿Cuántas veces comiste ensalada de rúcula o papa y huevo con perejil y te quedó en el medio de las dos paletas delanteras? A mí es algo que me ocurre muy seguido, ya que tengo dientes que se ven a dos cuadras.

Y llegás a tu casa, vas al baño, te mirás al espejo y decís: «Pero será de Dios… ¿Estuve con este ficus entre mis dientes y nadie me dijo nada?».

Estornudás y te sonás la nariz, y te queda un moco en el medio de la fosa. Reunión de trabajo. Cuando te estás sacando una *selfie* con el grupo… ¡A la mierda! Ves que tenías un iceberg en la napia y no te dijeron nada.

¿Cuántas veces salís con el desodorante en la cartera? No muchas seguramente. Y cargaste a la nena, fuiste al súper, anduviste en bici para no gastar nafta y te encontraste con alguien en la calle. Abrazo de oso, y te canta el ala de una manera tremenda. Tenés una heladera apagada del súper chino en la axila. Y no te dicen: «Che, no sé si estás resfriada, pero deberías meter desodorante».

¡Cuánta maldad! ¿Lo hacen a propósito? ¡No! Les da vergüenza decirte algo tan natural como «señora, tiene un moco en la nariz», «señora, tiene manchadito ahí atrás, me parece que debería chequear en el baño…». ¡Solidaridad con el otro!

Y más difícil resulta la cuestión cuando tenés un amigo o compañero de trabajo «intenso». Esa gente que no se da cuenta del grado de pesadez que tiene.

Te mandan audios de cinco minutos, te escriben a las 6 a. m. si están de viaje, sin siquiera pensar que, en el otro lado del mundo, cambia el horario, ¿sí?

Les decís «por favor, voy a dejar el celular en el auto porque voy al cine». Mentira, no lo dejás. Solo se lo decís para que deje de escribirte. Y él sigue como si no leyera lo que le estás poniendo.

Te cruzás a personas que lo conocen y te dicen «qué bueno es, pero pesado como collar de melones».

Viene a tu casa y se instala hasta las 0 h y tu hija está revolcándose del sueño en el piso, llorando por cualquier estupidez, y no se da por aludido. No entiende que «es hora de abandonar la casa de Gran Hermano».

¿No se dan cuenta? ¿Se llevaron autocrítica a marzo? ¿No tienen parejas, hermanos o mamás que les digan «loco, ¡aflojá!»?

Se hunde el barco, queda él solo vivo y la palmera se suicida para no escucharlo.

¿Hablarán solos en la casa?

Preguntas sin respuesta… ¿Por qué sin respuesta? Apaaa, he ahí el quid de la cuestión. Porque no nos animamos a preguntarles…

Yo un día me animé con uno.

Lo conocía todo mi grupo de amigos y compañeros de trabajo. «Habría que decirle», me decían. Pero nadie le decía. Le clavaban el visto, lo dejaban en el freezer sin respuesta, porque pensaban que así se daría cuenta. Pero eso no ocurría.

Y venía a mí y me decía:

—Che Dani, me parece que Agustín se fue de viaje o se enojó por algo porque no me contesta… Le mandé cinco audios largos y no contesta…

Y un día lo llamé, porque si lo invitaba sabía que iba a ser un día interminable, y le dije:

—Querido amigo, te lo digo con amor. Sos muy pesado. Vas a lograr que la gente te bloquee en sus celulares, que no te inviten a una puta reunión. Creo que sos capaz de levantarte del cajón en tu funeral para seguir hablando. Por favor, te lo digo con amor, aflojale o andá a algún grupo de autoayuda para adictos al habla. O hacé radio, que seguro tenés tela para cortar ahí.

¿Y sabés qué? No se enojó, me agradeció.

Sin embargo, al otro día tenía un audio de 2:34 contándome algo que por supuesto no escuché. Pero yo me dormí con «el culo limpio», como decía mi padre. Por lo menos lo intenté.

No deberíamos sentir ningún tipo de vergüenza en decirle a alguien: «Tenés un moco en la napia», «Sos insufrible, hermano», «Sos un collar de pianos», etcétera. Porque le hacemos un favor a él, primero que nada, y nos hacemos un favor a nosotros mismos y al resto de la sociedad.

Querida amiguis

La afirmativa

Estas líneas son para ti, que siempre dices que sí a todo. Amiga, tú no sabes decir NO.

Te llama cualquier conocido a las 3 a. m. desde la ruta 8 para que le lleves unos cables para hacer puente en la batería de su auto y, en vez de decirle «llamá a la grúa porque estoy durmiendo», cual Flash vas de Luján a San Martín y lo asistes como Sergio Company a Mirtha Legrand.

Pagas las empanadas del forro que dice siempre «¿ponés por mí, que después te lo doy?». Ya estás 25 lucas abajo de repulgue.

Te llaman a las 2 a. m. por un favor y no te importa si es tu cumpleaños, arrancas igual como un Mercedes.

Haces sobre turnos porque tu jefe te lo pide y nunca cobras horas extras. Pero cuando tú le pides cambiar los días de las vacaciones, con un pestañeo lento él te hace entender que lo que pediste nunca va a poder ser cumplido.

Estoy segura de que, si te pido que me regales tu celular, me lo das y vuelves a usar el teléfono de línea. Y además me pagas el abono.

Pero no, amiga… Negarse no es un delito. También hay que saber decir NO.

Nadie dejará de quererte por escuchar «no quiero», «no puedo», «no tengo ganas», «prefiero quedarme en casa», «me siento mal», o un simple «esta vez no, la próxima contá conmigo».

Y si la otra persona se ofende, festéjalo. Porque quiero contarte algo: si eso ocurre, te habrás sacado un sorete de encima.

Atte. Tu mejor amiguis.

Filosofía urbana

Gente que sí

Gente que ama.
Gente que se la juega por sus sueños.
Gente que reflexiona y busca corregir sus errores.
Gente que puede mirarse al espejo y hacerse cargo.
Gente que se acuerda de saludarte para tu cumpleaños.
Gente que te escucha cuando estás mal.
Gente que se alegra por tus logros.
Gente que, si te trae un problema, te ofrece la solución.
Gente que da sin esperar nada a cambio.
Gente que adopta animales y no los compra.
Gente que regala lo que le sobra.
Gente que invita una birra solo para pasar un buen rato.
Gente que de la nada te cae con un chocolate.
Gente que te recomienda en un laburo sin miedo a que lo hagas quedar mal.
Gente que confía.
Gente que siempre te tira buena onda.
Gente que ama a tus hijos.
Gente que te potencia y te hace brillar más aún.
Gente que te lleva a compartir un domingo de ñoquis con su familia.
Gente que te invita.
Gente que se fuma una hora de charla escuchándote hablar de tu ex.
Gente que te hace reír.
Gente que para y te ayuda a cambiar la rueda del auto.
Gente que da más de lo que tiene.
Gente que no toma alcohol si tiene que manejar.
Gente que te dice «estoy orgullosa de vos».
Gente que te hace masajes sin esperar que se los devuelvas.
Gente que paga sus deudas.
Gente para la que su familia y sus amigos son lo primero.
Gente que valora tu esfuerzo.
Gente que si te hace llorar es de emoción.
Gente que te hace sentir que la vida es bella.
Porque la vida sí es bella y la hace esta gente.

Rodeate de buena energía y elegí a quien te haga mejor persona.

Chongos

El surfer *de Boulogne*

Todas tuvimos un amor en el colegio. No digo un novio, sino un amor platónico. Con un profesor, con un compañero de curso o con ese, el de 5to., con el que todas soñábamos estar. ¿O no?

Yo lo amaba en silencio. Él ni sabía mi nombre. Yo era su novia, el detalle es que no estaba enterado.

Ese pantalón gris de colegio religioso subvencionado por el Estado. ¡Ay, cómo le quedaba! Se le marcaba esa manzana prohibida. Esa corbata verde musgo, la lucía como un modelo de Versace. Y solo a él le quedaban bien los brackets.

¡El pelo… bue! Morocho de nacimiento, pero aguaoxigenado desde los 14. Ese rubio artificial daba *surfer* de Canadá, pero el tipo era de Boulogne.

Era el único que caía al cole en auto. Tenía un 205 rojo tuneado a lo rápido y furioso, con calcos que decían «Bariloche», «Grisú By Pass». Y la calco más grasa de todo Warnes, que cubría toda su luneta trasera, decía: «No corro, vuelo bajito».

Ah, yo cerraba los ojos y me sentía Olivia Newton-John en *Grease*, y él era mi John Travolta teñido hasta las raíces.

Nunca me miró siquiera. Nunca me saludó. En fin, nunca se dio cuenta de que fuimos al mismo colegio.

Pasaron los años, y un día caigo en una concesionaria de autos porque quería cambiar mi amado 147 gasolero modelo 96. Yo me encontraba en un tire y afloje constante con el vendedor asignado, cuando ya harto de mi insistencia sobre un descuento, sentencia:

—Yo más no puedo hacer. Lo tengo que consultar con el dueño.

—Llamalo —le dije yo, agitándosela como barra brava de Chicago.

Y ahí baja por la escalera el dueño… Caete de culo. Era él. El *surfer* de Boulogne. Con trece años más, pero con esa melena rubia teñida e inmaculada. Y esa manzana prohibida que se veía firme como en aquel pasillo del recreo en el cole.

¿Y podés creer? ¡Me reconoció! Sabía bien quién era yo. El sorete que me hizo parir un amor no correspondido durante años siempre supo de mi humilde existencia.

Logré el descuento, pero fui víctima del plan canje. Un descuento por una cita. Dije que no. ¡Mentiraaa! Tiré un sí camuflado cual el grasa de

Arjona, que me dio como resultado un golcito hermoso y una cena en uno de los lugares más chetos de San Isidro.

Y ahí estábamos los dos a la luz de la vela, y yo imaginando cómo serían nuestros hijos, corriendo por nuestro jardín, acariciando nuestros ponys. Tenía la foto de la felicidad en mi cabeza.

Cenamos y nos fuimos a un lugar más tranquilo. Lugar tranquilo quiere decir «telo».

No sé si viste *Dirty Dancing*, la escena en la que hacen el amor por primera vez Patrick Swayze y Jennifer Grey. Yo flasheaba hasta que tenía rulos como la minita de la peli.

No podía creer la perfección de la situación. Soñada. Me apoya en la cama suavemente, me saca la pollera… En fin, me pone en bolas y yo a él. Quedamos como Dios nos trajo al mundo.

Y cuando arranca la previa, ese ida y vuelta de favores, tomé la posta. ¿Para qué? ¡Dios mío! Aún me pregunto por qué agarré por esa ruta, por qué no dejé que él comenzara el juego.

No me entra en la cabeza cómo un príncipe azul se puede convertir en sapo tan rápidamente.

Era *surfer*, sí, pero de un mar de mierda. Tenía un aroma a muelle que ni el pesquero más cagado de hambre se hubiera animado a tirar su caña ahí.

Cómo se puede ser tan sorete. Meté un polaco en la bacha si sabes que te van a visitar el pesebre. O al menos roceá la zona con un Old Spice para disimular la situación.

Hasta el día de hoy recuerdo las consecutivas arcadas que convirtieron una noche soñada en mi peor pesadilla. Simulé un principio de desmayo que me permitió zafar de la situación y mantuve el secreto conmigo siempre, hasta hoy.

Nos volvimos a ver solamente para firmar el 08 y terminar la transacción del auto. Ese día que lo volví a ver tuve una sensación de desencanto. En mi adolescencia siempre había sido He-Man, pero a partir de esa noche siniestra, lo agendé como Skeletor.

No todo es lo que aparenta ser.

La Sagrada Familia

«Con la nena no»

Dicen que de joven mi viejo Alberto era un ponedor incansable. Se bajó literalmente a medio barrio. Le daba a la novia y de paso a la madre, y de paso a la abuela, aunque estuviera en silla de ruedas.

De chica me encantaba escuchar a sus amigos, que se venían con el tetra abajo de un brazo y debajo del otro la dentadura postiza, contar las barbaridades que hacía mi padre. Para mí era muy gracioso y obviamente lo veía como un héroe.

¿Viste la película *El gran pez*? Bueno, igual. Nada más que yo les creía todo. Y mis hermanos varones los escuchaban con la boca abierta y los ojos como dos huevos fritos. Para nosotros era como ir al cine.

Pasaron los años y todos crecimos. Venían mis hermanos contando a quién le habían dado, cómo, dónde, cuándo. Competían entre los dos como si estuvieran corriendo una carrera.

¡Y mi viejo orgulloso de sus hijos varones! ¡Qué machos los dos! Dándoles a todo lo que se les cruzaba.

Y un día me toca a mí llegar a casa llorando.

—¿Qué pasó, Mema? —me dice mi viejo.

—Nada…

Le di la respuesta típica de cualquier mujer entre los 18 y los 97 años, que traducida es «todo». Y me refugié en mi cuarto.

Mi viejo sube las escaleras. Aún escucho el chillido que hacía el cuarto escalón y su respiración, que se le acababa cuando llegaba al sexto.

Entra en mi habitación, porque por supuesto siempre la puerta estaba abierta (estaba prohibido cerrarla), y se sienta al lado mío y me pregunta nuevamente qué me pasaba. Y no me quedó otra que contarle, ya que sus ojos delataban una cariñosa amenaza.

—Papi, me enteré de que Rodrigo se curtió a otra mina. Y que cada vez que va a bailar se levanta pibas y se las chapa.

Se paró y me dijo:

—Mema, ese pibe no vale la pena. No te valora. A la mujer hay que respetarla. Si te comprometés en una relación, seas un adolescente o un adulto como yo, tenés que saber que estas cosas tienen consecuencias. Por eso, ahora lo vas a llamar y le vas a decir que no llame nunca más y que vos merecés otra cosa. Hacete valer, Mema.

Y se fue.

Por supuesto, no hice lo que mi viejo me dijo y seguí siendo cuerneada, tanto que no pasaba ya por debajo de la puerta sin tener que agacharme.

¿Y sabés por qué no lo dejé al amor de entonces? Porque yo pensaba que un hombre que hacía eso era un capo. Si mi viejo, mi héroe, el mejor tipo que conocí en mi vida contaba sus chanchuyos con orgullo y sus hijos varones seguían sus pasos… Esa era la imagen de hombre macho que yo tenía.

Ahora, con 39 pirulos, me pregunto qué le hubiese dicho mi viejo al viejo de una de esas noviecitas de mis hermanos si lo encaraban y le decían «tu hijo la cuerneó mal a mi hija». ¿Le hubiese dicho lo mismo que a mí?

Porque esa noviecita era la única nena de otro papá como él.

Como cuando ves las noticias y decís «que vaya preso si se afanó un televisor», pero si tu hijo se manda una cagada así por hacerse el canchero delante de sus amigotes, no creo que digas lo mismo con tanta liviandad.

Todo muy lindo, hasta que te meten el dedo en el culo a vos. ¿O no?

Semana 8

Que nadie te cague el lunes

El robo del celular

Caminaba con Isa por la calle. Aún no iba al jardín, así que durante el día la llevaba diariamente a una plaza cercana a mi casa. Dos años recién cumplidos.

Íbamos en su triciclo, esos que empujás de atrás mientras tu nena mira el paisaje porque lo que menos hace es pedalear. Pero era una salida que le encantaba y que además no implicaba dinero, algo que me faltaba muchísimo ese año. Me acababan de rajar del laburo.

Mientras ella jugaba en el arenero del horror, yo mandaba veinticinco mails rogando una oportunidad laboral en cualquier disciplina que estuviese disponible. Moza, vendedora, paseadora de perros, lo que fuera para juntar unos mangos y poder morfar.

Ya hacía videos en todas las plataformas que tuviese a mi alcance. Los hacía con un celular pedorro que tenía. Los editaba y guardaba ahí porque ya no contaba con mi compu: la había vendido para cubrir algunos gastos.

Después de un buen rato de hamacarla en todas las hamacas de la placita, se hacen las 12 del mediodía y emprendemos la vuelta a casa.

En el camino, cruzo una barrera. La difícil tarea de pasar las vías del tren con un triciclo, la nena, la mochila, el agua, los baldecitos, las muñecas y demás utensilios con los que las mamás vamos no solo a la plaza, al médico básicamente.

Me pongo el celular en el bolsillo y cruzamos. Un individuo a quien ni siquiera le vi la cara me choca de manera inexplicable. Tenía mucho espacio para pasar, pero él se las ingenió para que no le alcanzara.

Como educada que soy, le pido disculpas al grito de «perdón, se complica con todo esto encima». Él levanta la mano, saludando sin darse vuelta, y sigue su camino.

A las dos cuadras, me di cuenta de que me faltaba el celular. Empecé a buscarlo como Frodo tras el anillo.

Recorrí el mismo camino que había hecho. Isa y yo éramos Hansel y Gretel siguiendo las migas en medio del bosque. Pero no lo encontramos. Corrimos a casa y llamé incansablemente al celular, que sonaba y sonaba, pero nadie contestaba.

Hasta que en un momento dejó de sonar. ¡Qué angustia sentía! Fue la primera vez que Isa me vio llorar desconsoladamente. ¿Cómo me iba a

comunicar si alguien me llamaba para anunciarme que por fin tenía una entrevista de trabajo? ¿Cómo iba a recuperar esos videos y cómo iba a grabar otros nuevos que ya tenía pensado hacer?

Acababa de pagar la sexta cuota de ese maldito celular. Mientras de rodillas lloraba llena de ira e impotencia, me doy cuenta de que ese hombre, al cual le pedí disculpas por chocarlo, era a quien se le había quedado pegado mi celular.

Y ahí, en ese momento, miro los ojos de Isa. Llenos de lágrimas. Con la inocencia que tienen los niños, con el dolor que sienten al ver a sus padres tristes, me dice:

—Mami, ¿por qué te robó el celular? No era suyo… No llores más, que me pongo triste.

La abracé fuerte y le dije:

—Comemos y vamos a comprar otro, y ya está.

Me tuve que comprar otro celular. En doce cuotas. Un celular malísimo, porque no me daba el bolsillo para invertir en algo mejor.

Ni bien lo tuve, hice un video hablando de lo que me había pasado. No solo hablé sobre el robo, sino que conté la actitud que Isa tuvo conmigo, como si ella fuese la madre en ese momento y yo la hija. Fue uno de los mejores videos que hice. Muchísimas personas compartieron sus experiencias y se compadecieron de la situación.

¿Por qué a mí? ¿Por qué no?

Estuve un año pagando dos celulares. Uno lo usaba yo y el otro, un individuo sin cara para mí. Alguien que recontra me cagó el lunes, es cierto, pero no hay patada en el culo que no te saque para adelante.

Casi pero no

Vencer el miedo y animarse

Un día me llama José, mi mánager.

—Dani, te escribieron de Editorial Planeta para proponerte escribir un libro.

—¿What? ¿A mí? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Y de qué voy a hablar? Yo no sé cómo se escribe… y menos un libro.

—Pero Dani, vas a tener una editora a tu disposición y yo te puedo ayudar a organizarte.

—Pero yo soy un 4 de copas… Eso dejémoslo para gente importante, para gente grosa, para famosos, para escritores básicamente. Además, yo no puedo ni ir al baño en silencio, menos voy a poder encontrar un momento para escribir un renglón sin tener la interrupción de Isa pidiéndome que le alcance el peluche que tiene al lado de su mano, o tener que parar para cocinar o limpiar o…

Miedo, lo que tenía era miedo. Pero igual arranqué.

Me puse a escribir como loca, y cuando juntaba seis capítulos, los leía a la noche, cuando Isa se dormía. Y luego los borraba.

Dos semanas después volvía a escribir. Lo leía a la noche. Una bosta. Si se pudieran oler las palabras, olían a bosta. Los borraba.

Un día me llaman de la editorial para reunirnos y yo puse mil excusas. Que el jardín, que Isa estaba enferma, que no tenía quien la cuidara, que me dolía la garganta, que bla bla bla y muchos más bla. En realidad, muchos más miedos.

El miedo te paraliza, el miedo puede convencerte de que no sos apta para nada.

Te proponés aprender a manejar y pensás que seguramente, como sos distraída, te vas a hacer mierda contra un peaje el mismo día que te den el registro. Miedo.

Conocés a alguien que te llena plenamente. Le buscás el pelo al huevo y te convencés de que seguro te va a cagar, porque él merece algo mejor. Miedo.

Te ofrecen un nuevo y mejor laburo y decidís quedarte en el tuyo, aunque sea una bosta, porque seguro en el otro te van a bochar ni bien cruces la puerta.

Y así, la vida. Miedo y más miedo.

Convivimos constantemente con esos miedos y a veces ni siquiera nos damos cuenta de que las cosas no salen no porque tenemos mala suerte o porque está todo mal. No salen por nuestros miedos de mierda.

Y si vas a terapia, lo hablás.

Y lo hablás con tus amigos, con tu familia. Pero el miedo sigue ahí. No lo podés manejar.

Te voy a contar qué me pasó a mí y quizá te sirva.

Después de varios intentos para escribir este libro, un día le dije a José:

—No, no puedo escribir. Esto no es para mí. Suspendé todo.

—¡Vos podés, Dani! ¡Dale! —insistió él.

Volví a intentar y directamente no me salía una palabra. Estaba en blanco. ¿Cómo podía ser? ¡Yo, Miss Anécdota!

Y un día suena el teléfono. Era mi editora, Graciela. Me propuso juntarnos en un café para charlar sobre el libro. Le dije que sí, y fui ensayando cómo le iba a decir que no lo iba a hacer.

Ni bien me senté, empezó a tirarme mil puntas para poder arrancar. Me organizó, planeó un esquema de trabajo. Pero más allá de la organización que puso a mi disposición, me cebó. Era como tu amiga en el boliche diciéndote: «Encarate al pibe ese que te está mirando hace una hora».

Puso delante de mi cara todo lo que soy y podía contar. Me dijo qué le pasaba cuando veía un video mío. Las risas, las reflexiones, la identificación, las preguntas que provocan las cosas que yo digo con humor.

Wouuu, una editora me estaba diciendo «vos podés».

A veces alguien que no te conoce puede darte un empujoncito que te lleva para adelante.

Casi que no escribo el libro, pero SÍ lo escribí. Ya ves que me animé. Si no hubiera confiado en que podía hacerlo, vos no lo estarías leyendo.

Me indigna

¿Estás cansada? ¿De qué?

Esas dos preguntas seguramente te las hicieron varios personajes con los que te cruzás diariamente en tu vida. ¿O no?

Recibís un mensaje: «Amiga, ¿cómo estás?». Y como te pregunto, y vos sos educada, contestás. Pero más allá de lo educada, sos sincera. Respondés cómo estás realmente, que creo es el estado habitual de los 365 días del año si sos mamá.

«Muy bien, pero muerta» o «Feliz, pero muerta de cansancio.»

Y ahí viene enseguida la hermosa pregunta y comentario. «¿Cansada de qué?» O la frase «siempre quejándote, agradecé que tenés trabajo».

¡Ay, Dios me libre y me guarde en forma! Dame paciencia y un kilo de ese polvo mágico con el que fueron rociados varios para poder contestar «tenés razón» y seguir con mi vida sin que me afecte la reverenda pelotudez que acabo de leer.

Pero no. Si a vos también te pasa algo así, seguramente tu estómago se retuerce tanto como el mío. Te tomarías un remís desde Carapachay a Tucumán solo para darle el correctivo en la nuca que merece.

Yo me cruzo diariamente con varios especímenes que pueden cagarte el día. Por ejemplo:

1- TU AMIGA SOLTERA.

Ella no repara en tu cansancio, pero no de mala, sino de ignorante. Ve tan lejano mantener en orden una casa y criar a un hijo, con todo lo que eso implica.

Y encima la remata con «¿qué onda el jueves?, ¿vamos a ese bar que se re pone?». ¿En serio, hermana? ¿Salir? Lo único que quisiera es que un africano con una toronja de medio metro me masajee los pectorales.

2- TU VIEJA.

—¡Ay, hija, tenés que parar! ¡No podés seguir diciendo a todo que sí! ¡Te va a hacer mal! ¡Te va a dar algo! ¿Fuiste al médico? ¿Te depilaste por lo menos?

—Mami, si yo digo que no a los trabajos, changas, curros que me salen, no tengo dinero y me parece que a la empresa de luz no le puedo decir «lo que pasa es que mi mamá me dijo que parara un poco».

3- EL PELOTUDO Y/O LA PELOTUDA.

«Dejá de quejarte, todo el día quejándote. ¿Te das cuenta de que hay gente que no tiene trabajo? Hacé memoria… Hace dos años no tenías para comprarle una leche a tu hija y ahora tenés trabajo. Deberías estar agradecida.»

¿En serio? Yo estoy agradecida, muy agradecida. Me hago el nombre del Padre y le rezo a mi Dios (que tiene la cara de John Travolta) todas las noches, imbécil.

Vos me preguntaste cómo estaba y yo te dije. ¿Qué tiene que ver el culo con el esófago?

4- EL MACHISTA.

«Vos no sabés lo que es estar cansada. Yo me levanto a las 6 y estoy parado doce horas en un local sin que entre nadie a comprar. Y me vuelvo a mi casa 20.30 a dormir.»

Ay, tenés razón, chabón. Si eso es estar cansado, sin menospreciar tu performance diaria, no sé lo que es.

Vos llegás y te bañás solo, cagás solo, dormís solo, ves una serie o no la ves solo, te fumás un porro y te acostás.

Yo estoy despierta a las 12 de la noche, después de haber laburado todo el día, esperando que mi hija tenga sueño.

¡Nooo! No sé lo que es estar así de cansado, me encantaría saberlo un día por lo menos.

5- EL QUE MENOSPRECIA TU TRABAJO.

«¿De qué estás cansada? Laburar es otra cosa… Andá a abrir la carnicería… Cortar la carne, atender a las viejas chotas que vienen a comprar y están tres horas eligiendo el grosor de la milanesa… Vos hacés humor, escribís, filmás, te sacás fotos…»

¡Es ciertooo! Te pido mildis. No sabía que trabajar se limitaba a eso. No vuelvo a quejarme nunca más delante tuyo. Perdón por faltarte el respeto, capo.

Moraleja: la próxima vez que te pregunten cómo estás, decí: «La verdad, mejor me perjudica. Destilo energía para todo el país y me sobra para América del Norte».

No te gastes en explicar. Nunca te olvides de que «es al pedo empujar cuando la japi es corta», ¿sí?

Querida amiguis

La hiperactiva

Querida amiguis. Estas líneas son para ti, que estás todo el tiempo pum para arriba.

Buscas que cada segundo del día sea una fiesta para ti y para todos los que te rodean, animando e invitándonos a expresar alegría y felicidad de manera intensa. Eres XUXA 24x7. Y pretendes que todos tus amigos seamos tus Paquitas.

Tus propuestas requieren poseer una resistencia atlética extrema o simplemente ser soltera, sin hijos, como tú.

Pretendes ir a saltar sobre una colchoneta, después andar en rollers por el río, y de ahí, cerrar la noche en un boliche con salsa y reggaetón en el microcentro.

Admiro tu capacidad para estar siempre al tope, pero yo no puedo seguirte el ritmo. Y tú me lo exiges con frases motivadoras como «arriba, amiguis, no puedo verte así», «vamos, que arranca la semana», «la vida es una sola, hoy estamos y mañana no», «¿quién te quita lo bailado?»… y yo no tengo ganas ni siquiera de bailar.

Te pido disculpas, amiguis. Esto es todo lo que puedo dar. Soy madre soltera, tengo casi 40 y, cuando se va el sol, lo único que quiero es escuchar la frase «mami, tengo sueño». Y mientras duermo plácidamente, poder tener sexo platónico con Richard Gere en la época de *Mujer bonita*.

Todo esto me lleva a preguntarme cuándo es que se te acaba la batería. Eres como un celular cargado al 100 por ciento todo el tiempis.

Permítete cerrar por lo menos un día a la semana, cual panadería de barrio. Si no, no hay bocha que llegue a fin de año.

Por eso, amiguis, desconecta el cargador portátil que llevas en el ano y descansa, y así también descansaremos todis.

Atte. Tu mejor amiguis.

Filosofía urbana

La magia del 2x4

Empecé a cantar tango de chiquita. Mi viejo me quemaba la bocha con Roberto Goyeneche, Julio Sosa, Jorge Falcón, Adriana Varela, Cacho Castaña…

Mi vieja odiaba el tango, ella le metía como loca todo el día a Chavela Vargas, Gipsy King y los temas de *Las cosas del querer*.

Y yo, como toda nena de papá, elegí el tango.

Y un día crecí, y se me cumple el sueño de tener mi primer *show* de tango. Un pianista de jazz, un bajista de rock y un bandoneonista. Una mezcla tan rara que solo yo podría formar.

Llamé a dos bailarines de tango, que en realidad no eran de tango porque bailaban reggaetón. Pero le pusimos tanto huevo que salió espectacular.

Llego a casa orgullosa después del primer *show*, que fue en un cumpleaños de algún multimillonario que no sabía ni quién era yo, ni cómo cantaba, pero pagaba lo que le vendía el organizador de fiestas para que los amigos lo envidiaran. Lo primero que hago es mostrarle a mi viejo el videíto donde yo cantaba uno de sus temas preferidos, «Uno».

Vio el video y cuando terminó, me dijo:

—El tango se dice, no se canta, pero estuviste bien. ¿Le gustó a la gente?

¡Mierda, qué expresivo! Mentime que me gusta. Tanta verdad de golpe me hizo garompa.

En la semana había un ensayo, porque teníamos milagrosamente otro *show*. Parece que había gustado. Y en un descanso de café y pucho que hacíamos con los músicos, me acerco al bandoneonista. El único tanguero posta que había ahí. Había tocado con los mejores. Un viejo borracho divino.

Mientras nos tomábamos una Cocucha efervescente, él empinaba del pico un tinto que traía en su morral. Parábamos a descansar porque le dolían las manos de la artritis que tenía, de tantos años de tocar ese bellísimo instrumento.

Me le acerco muy humilde, con mis ojotas compradas en Once y las tiritas de la maya que salían por debajo de mi musculosa, y le digo:

—Maestro, ¿yo canto bien?

Él me miró y me dijo:

—Sí, pero te falta vida para cantar un tango.

¡La pucha que me tiró! Me mató como mi viejo.

Hice el segundo *show* ese fin de semana. Salió de diez, y así hice miles de *shows*. Hasta tuve una orquesta de tango: treinta y cinco músicos de distintas orquestas reconocidas del país tocaban mientras yo cantaba tango.

Y fueron pasando los *shows*. Casamientos, cumpleaños, fiestas multimillonarias donde iba a cantar como una maquinita.

Y también fueron pasando los años, hasta que un día, en un restaurante al que fuimos a comer con mis viejos, un guitarrista tocaba en un mini escenario pedorro, al lado de la cocina. El maestro pregunta:

—¿Hay alguien en la sala que cante?

Mi vieja levantó la mano desesperada y dijo:

—Mi hija, mi hija canta.

¡Qué vergüenza que me da eso, madre de Dios! Mi viejo me miró y me dijo:

—Anda, cantate un tango.

Me subí al escenario y canté «Uno», ese tango que tanto le gustaba a mi viejo.

La gente me aplaudió fuerte. Mi vieja sonreía con orgullo, mirando a mi viejo por arriba del hombro, como diciendo «tomaaa, ¿así que tu hija no canta, eh?». Y mi viejo, con la cabeza medio gacha, miraba la mesa. Creo que levantó la mirada para pedirle un café a la moza mientras yo me hiperventilaba tratando de que él estuviera orgulloso de su hija. Hasta creo se me cayó un lagrimón.

Cuando me siento a la mesa, le pregunto:

—Y viejo, ¿te gustó?

Me dijo:

—Cómo se nota que pasaron los años. Ahora sí dijiste cada uno de los renglones del tangazo este. Los dijiste, no los cantaste. Porque los viviste.

Uno busca llena de esperanzas
el camino que los sueños
prometieron a sus ansias.
Sabe que la lucha es cruel y es mucha,
pero lucha y se desangra
por la fe que lo empecina…

Esos versos, la vida misma, mi vida. La de mi viejo, la tuya, la de tus viejos. Esa vida canté.

La devolución de mi viejo ante el videíto que le mostré a mis 21 años me dolió. No me dolió, me destrozó. Y la del bandoneonista, «te falta

vida», me bajó de un ondazo.

Pero con los años, pude darme cuenta de que lo que sentí como una exigencia o como una crítica cruel no era más que un intento de ambos por demostrarme que todo lo que hiciera en la vida cobra un real sentido cuando se lo siente, cuando te atraviesa, cuando se lo vive con pasión.

Gracias, Alberto Viaggiamari.

Gracias, Carlos Corrales, bandoneonista argentino.

Chongos

A mí finita no me va

Como ya algunos saben, mi viejo pasó mucho tiempo en sanatorios.

Creo que conozco todos los bares que están al lado o enfrente de los sanatorios de Once, Balvanera, San Isidro, Bernal, y puedo seguir completando renglones y renglones si nombro la cantidad de lugares que visitamos juntos.

Si tuviste a alguna persona enferma durante mucho tiempo, sabés que las esperas en la puerta de terapia intensiva o la llegada de la ambulancia para un traslado las organiza el enemigo. Así que es armarse de paciencia, respirar profundo y tratar de contener la angustia y la ira que te provoca la maldita e inexplicable espera.

Pero un día en esa espera me puse a hablar con una amable señora. «Me puse a hablar» es una manera de decir. Hizo un monólogo de dos horas, no la paraba ni un tren de frente. ¿Cómo pueden salir tantas palabras de una sola boca? Tragaba saliva y seguía hablando. Era el demonio…

Pero de lo negativo siempre hay que sacar algo positivo. ¡Siempre! ¿Y qué puede haber de positivo en alguien que te está pisando la cara con unos tacos aguja? ¿Te estás preguntando eso? Bueno, aquí va la respuesta.

Como toda abuela argentina, llega el momento en que saca su celular y arranca a mostrarte fotos de los dieciocho nietos. ¡Ay, Dios me libre! Al instante pensé «si me desmayo, me meten en la guardia y quizá puedo salir corriendo por atrás y la señora no me ve», pero al otro día la tenía que ver nuevamente en la sala de espera de terapia.

Así que respiré profundo y puse mi mente en blanco. Y mientras disfruto de conocer a toda su familia por fotos, llega LA FOTO.

¿Viste a esos flacos que parecen de revista de peluquería? Esos modelos que ni siquiera sospechás que vivan en tu país. Pibes que parecen tener la cara de cera, tallados a mano.

Obviamente lo primero que se me cruzó por la cabeza fue «mirá qué vieja puerca, se ajusticia con fotitos de bombones asesinos». Y escucho su insoportable voz que me dice:

—Este es mi nieto mayor.

¡Apaaa! Me enderecé y por fin, después de tres horas de mantenerme callada, la señora maléfica escuchó mi voz:

—¿Cuántos años tiene su nietito?

—28 —me dijo.

A mí los pebetes no me gustan, pero este era de salmón con Philadelphia y cebollita de verdeo.

—¡Qué lindo que es! ¿Y está casado, o de novio?

—No —me dijo maléfica.

—¿Es gay? —Una pregunta que no puede faltar.

—No.

—¿Y viene a ver al abuelito o no viene nunca?

—Sí, mañana viene.

¡Ay, por fin un SÍ!

Al otro día, me pinté las pestañas, me afeité los sobacos, me clavé un jean y emprendí el viaje. Mientras manejaba, imaginaba el video clip que haría con un pibe así.

Yo ya iba eligiendo los nombres de nuestros futuros niños.

«¿Tendrá los dientes parejos?», me preguntaba. «¡Qué me importa, con esa cara se los acomodo de un lengüetazo!», yo misma me respondía.

«¿Tendrá aliento a morcilla vencida? Algo tiene que tener. Es demasiado perfecto.»

No paraba de pensar… ¡Qué nervios! ¡Qué ansiedad!

Llego al sanatorio y me siento a esperar. Y ahí se abre la puerta del ascensor y lo primero que veo es a… ¡Maléfica!

«Noo», pensé. «Vieja mentirosa, yo sabía… Me lo hizo a propósito.»

Pero pensé al dope, porque detrás de ella venía la bomba de Hiroshima. Imaginate esa salida del ascensor en cámara lenta.

Me hago, obvio, la boluda, como que me llega un mensaje al celular. ¡Mentiraaa, qué va a llegar! Ni agua al tanque me llegaba. Ansiedad, nervios, porque cuando alguien me gusta siempre la cago. O hago un chiste desubicado o me tiro un pedo, o me desmayo.

Y se acerca Maléfica, también en cámara lenta, pero cual león a punto de cazar a la cebra. Y arranca:

—Hola, nena, él es mi nieto.

—Holaaa —le digo—. ¡Qué placer enorme verla! Extrañé sus charlas.

Yo, más falsa que billete de tres pesos, pero era por una causa justa.

Lo miro a los ojos al bombonazo de Brad Pitt del conurbano y me dispongo a escucharlo. Pero cuando abrió la boca, te puedo asegurar que lo que sentí fue la misma sensación que cuando nos quedamos afuera del mundial. Esa decepción, la misma que siente Isa cuando regresa de lo del padre y espera una sorpresa y lo único qué hay son uvas.

La voz del flaco era como si hubiese aspirado dos litros de helio en la vereda antes de entrar. Finiiita, aguuuda. Era la voz de mi hija Isa cuando tenía un año recién cumplido.

Al instante, mi imaginación me llevó a un telo y me vi junto a Alvin y

todas sus ardillas, desnudos, dándole nueces.

¡La voz! Yo tengo el mambo que si tiene esa voz tiene un maní quemado, y encima es de los que flashean porno y te tiran frases como «dámela toda» o «¿te gusta, mami?». En ese tono…

Bueno, ¿cuándo pararía de reírme? ¡No pude!

Entré a terapia a ver a mi viejo y le conté el episodio. Él, que no puede moverse, pero entiende todo, sin sonido, tiraba carcajadas.

Me tuvieron que venir a decir que por favor me retirara porque el horario ya había finalizado. Pero yo no quería porque tenía vergüenza de ver de nuevo al nieto de Maléfica.

En la vereda lo vi, estaba fumándose un pucho. Evidentemente, lo hacía para ver si lo ayudaba a arruinar su voz de helio.

Crucé dos palabras y rajé. Tan rápido como pude.

La Sagrada Familia

Isabella

Tuve una amiga que, con mi misma edad, ya tenía tres hijos. Y quien te habla… solterísima y sin ningún tipo de apuro.

Yo no podía comprender cómo una persona podía estar presa en una casa, sin la libertad de horarios, de comer cuando tuviese ganas, de ir a una estación de servicio a comprarse un helado a las 4 a. m., de tomarse veinte minutos para bañarse, de dormir con su pareja sola, de ajusticiarse con alguna peli de esas que te despiertan la cueva, de ir a un shopping solo a mirar lo que nunca te vas a comprar y pasear sin un bolso de dos kilos con pañales, mamaderas, toallitas y juguetes que llevás al pedo porque ni los tocan.

No podía comprender. Y pensaba «Dios mío, si esto es ser mamá, prefiero vivir en una isla con algún político hablándome del peronismo y del radicalismo».

¡Qué sufrimiento! Primero sus hijos y al final ella… Las manos detonadas… Las lolas ya casi se las pateaba con las rodillas, le habían quedado como paltas muy maduras. Hacía jueguitos con sus tetas y encima se reía de eso. El olor a pañal vencido de esa casa…

Me acuerdo de estar sentada compartiendo un almuerzo, queriéndole contar algo, y que se turnaban los benditos niños para interrumpir la conversación. «Mami, me hago caca.» «Mami, me duele la panza.» «Mami, tengo hambre.» Mami, mami, mami. ¡Qué tortura!

A la nena más grande de mi amiga la conocí cuando era muy beba, pero nunca la alzaba. Me daba impresión lo blanda que era. Yo le decía Miki Moko, igual ella me adoraba y yo a ella. Disfrutaba mucho de ir a verla, pero después se sumó otro bebé y otro más y perros y gatos y vacunas y pediatras y actos escolares torturantes viendo a un grupo de niños vestidos de escarapela haciendo «nada». ¡Qué embole!

¡Y yo, muy soltera! Con una vida completamente distinta a la de ella.

Yo tenía la libertad de tirarme pedos sin explicarle a la niña que en público no se hace. Podía organizar un desfile de chongos si quería. Miraba pelis de terror hasta las seis de la mañana a todo volumen. Me levantaba a las tres de la tarde si había salido el día anterior. ¿Y qué? No tengo hijos, hago lo que quiero… la la la lá.

Nuestras vidas eran tan diferentes que nos dejamos de ver. No

combinaba «mema» con «boliche». ¿Obvio?

Y adiviná qué pasó un par de años después… ¡Pumba!

Conozco a un muchacho y ahí la tenés a ella, a la soltería hecha mujer… Embarazada, con un bombis que tuvimos que sacar la guantera delantera del auto para que yo entrara. Era un escarbadientes de atrás, y me daba vuelta y era un Fitito…

Dejé de fumar y de tomar alcohol. Me cuidaba hasta de decir malas palabras por si la beba escuchaba.

¡Nueve meses preguntándome y ahora qué! ¡Y ahora te cambia la vida, Mame!

Ahí, en un hospital cerca de la casa del padre nació Isa. Una bolita llena de pelos, que lo único que hacía era tomar teta y dormir. Ah, y se cagaba y se meaba doce veces al día.

Los primeros días, solo recordaba a esta amiga, que ya no estaba a mi lado. Y te juro que me la imaginaba en la punta de la cama como en una película de terror, mirándome fijo mientras decía «mirá de quién te reíste, solterita».

Las veces que me habré preguntado si a mi amiga le gustaba eso de ser mamá, cómo podía comer una hora después que sus hijos, cómo hacía para sobrevivir. Pensaba que ella vivía en una cárcel, pero no en Devoto, sino en medio del Sahara.

Pasaron los días y esas preguntas se iban respondiendo solas. Es algo inexplicable, que puede sintetizarse así: «Si esta personita no está al lado mío, no puedo vivir». Es amor verdadero, como en los cuentos de hadas. Ese beso de amor verdadero que esperan las princesas, ¿viste? Esas pelis que veíamos de amor. Ese amor que no se rompe con nada. Sin intereses escondidos, sin enojos, sin reproches.

Basta mirarle la carita para sentir que te arrancarías un brazo para darle de comer si se acabara el morfi en el mundo.

De adolescentes, jugábamos a preguntar «si se cae un avión, ¿a quién salvás primero?». Una pelotudez, pero nos encantaba. Respondíamos «a mi novio», «a mi mamá». Ahora preguntame a quién salvaría yo… Ya ni siquiera te ponés el paracaídas vos, solo querés que ella se salve. Nada te importa más que tu hija. Esa vida depende de vos.

Seguramente tus amigas «solteras, sin hijos» te dirán «salvate primero vos, siempre vos». Y sí, primero vos. Pero cuando sos mamá, no lo interpretás igual que cuando te lo decían refiriéndose a un noviecito que tenías… Sí, ya sé que tengo que cuidarme y ser feliz para que ella me vea serlo y se cuide y esté feliz, y así sigue mis pasos.

Por eso, como en mi caso, y muchos otros que existen, al tomar la decisión de separarte del padre de tu hija, no solo pensás en «tu bienestar», pensás «mi hija necesita a sus padres felices, necesita un lugar lleno de paz y no lo va a tener acá». ¿Ves? Siempre primero tus hijos.

Ahora entiendo a mi amiga, que por cierto ya debe tener tres hijos más y un pony en la casa.

Epílogo

Ojalá todas estas historias te hayan hecho un poquito de ruido para poder replantearte algunas cosas en tu vida. O, por lo menos, verlas de otra manera. Esa fue la intención de este libro.

Que entiendas que quedarte en la queja y la depresión te hunde cada vez más.

Que los duelos los vivís a tu manera, y nadie te puede juzgar.

Que caer te vas a caer mil veces, millones de veces, pero no hay patada en el culo que no te tire para adelante.

Que hoy estamos y mañana no sabemos.

Que hay que decir las cosas cuando hay que decirlas, porque quizá mañana ya sea tarde.

Que quien hoy es tu amigo quizá mañana sea tu enemigo.

Que «para siempre» es una frase mágica que solo tiene sentido con algunas personas. Con tus hijos, por ejemplo.

Que los chongos van y vienen. ¡La familia no!

Que un abrazo vale más que todo el dinero del mundo.

Que hay que tomarse las cosas con más humor porque la risa puede curar, te lo aseguro. Vivir enojado trae más enojo.

Que hay que agradecer siempre. Agradecé, simplemente, que estás viva.

Lo que decía mi viejo es tan cierto que me emociona hasta las lágrimas escribirlo una y mil veces: «Lo importante es ser feliz. Lo demás es cotillón».